Rodríguez Marín, Francisco

Historias vulgares.

F. RODRIGUEZ MARIN

Historias Vulgares

SEGUNDA EDICIÓN, CON UN PROLOGUILLO

DE

EL BR. FRANCISCO DE OSUNA

La colcha verde.
El nuevo Macías.—Un epitafio.
El libro azul.
Yo por vos y vos por otro.
Sísifo.

SEVILLA. 1903

Imprenta de la "Guía Comercial de Andalucía"
García de Vinuesa, 26

Al Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros,
recuerdo afectuoso de su buen amigo Francisco Rodríguez Marín

HISTORIAS VULGARES

F. RODRÍGUEZ MARÍN

HISTORIAS VULGARES

SEGUNDA EDICIÓN, CON UN PROLOGUILLO

DE

EL BR. FRANCISCO DE OSUNA

La colcha verde.
El nuevo Macías.—Un epitafio.
El libro azul.
Yo por vos y vos por otro.
Sísifo.

SEVILLA: 1903

Imprenta de la "Guía Comercial de Andalucía"
García de Vinuesa, 26

PROLOGUILLO

Sí, porque á los cuatro renglones que voy á escribir les vendría ancho el nombre de prólogo.

Algo, aunque poco, tengo que decirte, pío ó cruel lector.

Mi íntimo amigo el autor de estas *Historias vulgares*, hilvanadas cuando Dios quiso y publicadas por los años de 1882 en el folletín del diario hispalense *La Tribuna*, habría hecho muy bien en no volver á las andadas; quiero decir, en no volver á meterse en historias, dejando las suyas casi inéditas, como quedaron. Y en ese ánimo estaba él; pero se las pidió para reimprimirlas otro amigo, D. Vicente Llorens Asensio, y como aquel mi camarada no sabe decir que no, ¡claro! dijo que sí.

Á lo hecho, pecho. Las tales *Historias*, como verás, distan mucho de ser una maravilla, pero tampoco son cosa rematadamente mala. Librejos peores que éste, en cuanto á la invención y al lenguaje, andaban y andan por ahí aplaudidos aun de los maestros; que en los libros, como en las personas, el toque está en nacer con estrella, y nó estrellados; en caer en gracia, más que en ser graciosos. Ya lo dijo quien pudo: «*Habent sua fata libella.*»

Rodríguez Marín, al ver las pruebas de esta segunda y última edición, no ha querido, contra lo que es común estilo en casos semejantes, corregir sino tipográficamente el antiguo texto. Alterarlo, acomodándolo á su más saber ó menos ignorar de hoy, habría sido cometer una falsedad, como la cometió en su retrato cierto amigo mío, hombre de bien á carta cabal, pero esponjoso y pechisacado donde los haya. Hiciéronle el tal retrato cuando, al frisar con los tres lustros, se había graduado de bachiller en artes; doctoróse á los veintiún años, y el pintor le plantó su toga y su borlado birrete; ganó después la medalla de benemérito de la patria, é hizo que se la pintaran en la ya poco *vera efigies;* entróse luego, como por viña vendimiada, por la diplomacia adelante, le dieron, como era de rigor, cuantas cruces, placas y bandas quiso, es decir, un chaparrón de quincalla, y al retrato fué á parar todo aquel almacen de baratijas, en términos que ya el pintorcete á quien mi amigo encomendó estas últimas *adiciones*, como él las llamaba, se vió negro para hacerles sitio. Murió el retratado, y viendo conmigo sus cuadros, que los dejó muy buenos, un pintor tan hábil como ingenioso, paróse enfrente del retrato, lo miró con asombro y díjome: «Para ganar tantos colgajos ese niño, habrá prestado servicios cuarenta años en el claustro materno.»

El autor de estas obrillas literarias no anduvo cuerdo en escribirlas, cuando bien pudo gastar el tiempo en cosa de más provecho y menos trabajo; pero sí lo ha estado en no modificar el texto primitivo. Así se echarán de ver sus ignorancias é inexperiencias de mozo, y, por comparación con otros libros suyos escritos de seis ú ocho años acá, lo poco ó mucho que haya adelantado en el di-

fícil arte de escribir bien; de escribir bien digo: porque escribir mal no es arte, sino maña, y malísima, aunque no improductiva á las veces.

No tengo más que decirte, lector, sino que Dios te guarde y de mí no se olvide.

El Br. Francisco de Osuna.

Sevilla, mayo de 1903.

LA COLCHA VERDE

LA COLCHA VERDE

**Más vale pájaro en mano
que buitre volando.**

Axioma vulgar.

Era jueves, estaba yo en Sevilla y, como siempre que he estado y que lo ha sido, me levanté más temprano que de costumbre, almorcé aprisa y, haciendo recuento de las pocas pesetas que el mezquino bolsillo estudiantil albergaba, me dirigí á buen paso á la calle de la Feria, deseoso de hallar una buena ocasión para emplearlas, bien comprando por dos alguna obra rara ó algún manuscrito curioso, bien dando cuatro por un mediano bronce de Helvio Pertinax, ó por algún objeto de cerámica ó glíptica, ó ya llevándome por seis ú ocho una tabla ó un lienzo que valiera muchas más. En una palabra: iba á caza de gangas, y ningún lugar más á propósito para ello que el semanal y abundantísimo mercado que en Sevilla se conoce con el nombre de *el Jueves*, por ser éste tradicionalmente el día en que se efectúa.

Yo, apreciables lectores, tengo la desgracia—que por tal la tengo y tal soy desgraciado—de no ser rico por mi casa ni por la ajena, y no puedo, por lo tanto, satisfacer á todo costo la afición que profeso á los libros, á los cuadros y á todo linaje de antiguallas; pero como, según dicen, contra siete vicios hay catorce virtudes, suelo obviar la dificultad antedicha acudiendo á *el Jueves* y á otros sitios por el estilo, medio al cual debo el poseer, entre

otras cosas, un ejemplar de la primera edición del *Laurel de Apolo*, que me costó una peseta; unas *Antigüedades de Sevilla*, por Rodrigo Caro, que me costó nueve reales vellon; un cuadrito de Velázquez, adquirido por señas de un duro, aunque no sin la botijuela de ocho cañas de manzanilla, y un precioso cuanto pequeño camafeo romano, por el cual dí dos reales, si bien puede valer trescientas veces más. Y digan lo que quieran leguleyos y moralistas: que ni aquellos contratos se han de rescindir por lesión, ni esos graves señores en mi lugar hubieran perdido el tris de adquirir á tan bajo precio tan preciosos cachivaches; amén de que yo soy aragonés de afición y de carácter, si no de naturaleza, y á un aforismo del derecho aragonés me atengo, según el cual *tanto vale la cosa en cuanto se vende*.

Llegué á *el Jueves* y comenzaron mis disquisiciones. Examinando aquel repleto almacén de baratijas y trastos de todas las formas, de todos los colores y de todas las épocas, echados á la calle, en su mayor parte, por esos dos tiranos inexorables que se llaman la miseria y el crímen, cualquiera puede convencerse de que en el mundo todo sirve, cuando menos, de estorbo. Y ¡á qué consideraciones no se presta cada uno de los innumerables objetos que componen la revuelta confusión de aquel *maremagnum!* ¡De cuántas aventuras galantes, de cuántos crímenes, de cuántas dichas, de cuántas lágrimas, de cuántas miserias habrán sido testigos!

Reparad en aquellas viejas botas de montar, y decidme si sus rotas puntas no parecen deformes bocas que se contraen por una mueca arrancada por el dolor, ó que sonrien triste y filosóficamente. «*Quantum mutatus ab illo!*» parecen estar diciendo con ese forzado gesto á aquel loro que acaba de comprar aquel inglés. Y el loro,

no hace más que gritar desaforadamente: «¡Carmen...! ¡Carmen...!» como pidiendo auxilio contra su nuevo amo. ¿Quien sería esa Carmen á quien el loro llama? Imaginaos una muchacha lindísima, con mejillas como rosas y labios como cerezas; ó una vieja impertinente y regañona de las de que el diablo dijo: «hartas tengo»; ó una maritornes zafia y ajioliente, émula digna de aquella á cuya lascivia el manchego héroe de Cervantes debió ocasión para probar la virtud del portentoso bálsamo de Fierabrás. Imaginaos lo que querais; la voz del loro os suministra el lienzo: pinte en él vuestra fantasía la figura que mejor le plazca.

Aquí, cerca del retrato de un caballero, ejecutado al óleo por notable artista, y colgado de un clavo en la pared, una cuna de nogal; y más allá, entre unos cuantos libros desparramados por el suelo, unos zapatitos de charol, que podrían caberme en la palma de la mano. Posible es que esos objetos estén ligados entre sí por los vínculos de una sola historia: bien puede ser que, muerto el niño para quien se hizo aquella cuna, y muerto después su padre, original de aquel retrato, la inconsecuente esposa, al contraer nuevo matrimonio, haya echado de la casa aquellos dos muebles, y los zapatitos del niño, y los libros del padre, como ha echado de su corazón el amor que al hijo y al esposo profesaba. Mirad, si no: un caballero que da el brazo á una elegante señora se acerca á la vieja manta sobre que están esparcidos esos objetos: la señora, al ver el retrato, palidece; baja los ojos, y tropieza su vista con la cuna; mira á otro lado, y encuentra aquellos libros y aquellos zapatitos de charol. Entónces el rubor de la vergüenza asoma á su rostro y la hace tirar del brazo á su acompañante, exclamando con visible mal humor:

—¡Anda! ¡Qué gusto de examinar tanto trasto viejo!

Ahora bien: ¿quién dice que esa mujer no es la misma que estampó mil cariñosos besos en los labios del original de aquel retrato, y la que tantas veces, al compás de tiernísimos cantares, meció aquella cuna, hoy vacía como nido abandonado? ¿Quién asegura que esa mujer no ha estrechado contra su pecho desnudo aquellos pequeños zapatos, para prestar calor á los piececillos que en ellos se guardaban? ¿Quién afirma que esa mujer no reconoce en aquellos libros empolvados los mismos libros que alimentando primero, en vigilias sin número, la inteligencia del que había de ser su marido, subvinieron despues á las necesidades de la familia? Ni ¿quién podría probarme que aun las comodidades que esa mujer disfruta actualmente, y la carretela en que pasea, y el palco que ocupa en la ópera, y todo, en fin, no se lo debe á aquellos libros que hoy llama *trastos viejos?* ¡Miserable condición humana, qué ingratos nos haces y qué olvidadizos!

A estas y á otras análogas consideraciones iba yo entregado, sin dar con cosa que á mi ver mereciera la pena de sacar algunas monedas del bolsillo—que pena y quebranto me costó siempre sacarlas—cuando hé aquí que, puesto de canto sobre una mesa y descuadernado á puro apretón en que lo tenían la *Summa Theologica* por un lado, y por otro un infolio de las obras de San Agustín, encontré nada menos que un ejemplar de mi libro *semi-verde*, titulado *Entre dos luces*, al que, seguramente, los dos archicristianos libros predichos se habían propuesto castigar con penas *corporis afflictivæ* por los pecadillos cometidos por su autor y, sobre todo, por los que la endiablada lectura de la obrilla hubiera hecho cometer. Y en verdad, en verdad digo que nunca como en aquella ocasión he visto tan justificado el título de ese libro mio,

al cual por primera vez veía *entre dos luces*—y me quedo corto—del más puro y ortodoxo catolicismo. Ajusté el rescate de aquel tan mal parado como mal parido librejo y eché á andar aprisa, pesaroso de no haber hallado cosa más de pró.

Cerca de la calle de Regina, tuve, á mi pesar, que pararme: la gente la obstruía, estrechándose en semicírculo junto á algo que yo no podía ver. Formé parte del grupo y, empujón va y codazo viene, logré ponerme en primera fila, no sin oir algunas originales y picarescas imprecaciones, de esas que tan sólo se dicen en *la tierra de María Santísima.*

Causaba aquella curiosidad una viejecita que, sentada en el suelo y contra la pared, tenía sobre las rodillas una mediana caja de madera, y en ella, mal doblada, una gran tela de raso que quizás había sido verde, pero que á la sazón ostentaba ese color *sui generis* á que, con tanta propiedad como gracia, se suele llamar color de ala de mosca. No había en nada de esto particularidad alguna que justificase, ni siquiera disculpase, la aglomeración de personas en aquel lugar; pero sí habíala en que la viejecita acababa de sufrir un desmayo, del cual había vuelto, según me informó un bien empatillado macareno (1), gracias al sustancioso sopicaldo suministrado por la dueña de una de las casas inmediatas. Al llegar yo, la pobre anciana, aún más trémula por la gratitud que por la debilidad, exclamaba, acompañando sus frases con sendos sollozos:

—¡Dios se lo pague y se lo aumente de gloria á esa buen alma; que ya hacía veinticuatro horas que no en-

(1) Habitante del populoso barrio llamado la Macarena.

traba por esta boca la gracia de Dios! Y de todo tiene la culpa esta maldita colcha..... ¡Maldito trapo, que ha sido la ruina de toda mi vida, y cuando al fin de ella me determino á venderlo, no hallo quien me dé por él ni tampoco una sed de agua! ¡Maldito trapo, y mal haya la pícara hora en que me lo dieron!

Y esto dicho, la pobre mujer rompió á llorar desesperadamente.

—*Agüela*,—dijo entonces con voz aguardentosa el macareno de las patillas, inclinándose con filial solicitud sobre la anciana, y atusando hacia la ceja el pelo de la sien:—*éjese usté e yantos*, que *mos* va *sté* á *poné* el *arma* en un *jilo;* y *manque* yo tengo las *sentrañas e* un *martiyo*, me *jase usté* que *m'acuerde e* la *probesita e* mi *bata*, que era *tamién* una *biejesita* más *saláa* que las pesetas, y... ¡Por *bia e Dió! ¡Pos* no estoy *yorando* lo *mesmito qu'un chorré!*

Y era verdad: por las tostadas mejillas de aquel hombre resbalaban dos gruesas lágrimas.

—¡Ea, *cabayeros!*—prosiguió quitándose el aliancho sombrero:—Aquí no hay más amparo que *ajuntarle* á esta *probe mujé pa* que *puea matá* la *jambre* una *osena e* días. *Ayá* van *tóos* mis *caudiales*, y que *er só* no *m'alumbre* si no es *berdá* que me *queo* sin *jumá toa* esta semana.

Y echando en su sombrero unas cuantas monedas de bronce, comenzó á hacer la colecta entre los circunstantes.

Yo, que, á más de sentirme conmovido por la desgracia de la anciana y las palabras de aquel buen hombre, había vislumbrado, en las exclamaciones con que la pobre mujer apostrofaba á la colcha, una historia quizá curiosa y original, eché en la improvisada bandeja cuanto dinero

llevaba y, cuando se dispersó el grupo, y la anciana, puesta en posesión de la cantidad recaudada para ella, se disponía á marcharse, le dije:

—Buena mujer, ¿tendrá usted inconveniente en contarme la historia de esa colcha?

—Ninguno, caballero,—me contestó,—y menos si, como barrunto, la quiere usted saber para ponerla en letras de molde.

—Efectivamente: no se ha equivocado usted.

—Pues me alegro de que sea para éso; de este modo no será perdido el fruto de mi relación, pues podrán aprovecharlo y escarmentar en cabeza ajena todos esas loquillas que, porque tienen un palmito regular, creen merecer el oro y el moro, sin saber las muy tontas que, como dice el refrán, la flor de la hermosura poco dura, ni que, poniéndose en un lugar adonde los de infantería no llegan y los de caballería pasan de largo, se quedarán para vestir santos, pero no chiquillos. ¡Cuánto más les había de valer á esas atolondradas caminar hacia el *Casar*, aunque tuviesen que pasar por *Consuegra*, y hacer feliz al primer muchacho honrado que les dijese «¡aquí estoy yo!» Si así hubiera yo obrado, otro gallo me cantara, y no me vería como me veo; que más quisiera no verme que verme así.

Parecióme algo zumbona y no desprovista de ingenio la viejecita, quien con su alegre cháchara probaba la verdad de aquel refrán que dice que los duelos con pan son menos; y regodeándome yo con la idea del relato que iba á escuchar, y guardando ella su dinero como oro en paño, emprendimos juntos el camino de mi casa.

Ya en ella, y sentados cómodamente junto á mi mesa de estudio, puse unas cuantas cuartillas sobre mi carpeta, y sin grán prisa, porque la vieja hablaba despacio,

escribí la siguiente historia, en la cual no me he permitido hacer sino muy leves alteraciones en cuanto á la forma, pero nunca en cuanto al fondo.

— No siempre estuvo mi boca hundida y desdentada; estos labios descoloridos cerezas parecieron; esta tez curtida y rugosa fué tersa y tan blanca como el ampo; rubios como un oro fueron los cabellos blancuzcos que ahora cobijo con este viejo mantoncillo, y derecho como un pino y flexible como un junco este desvencijado cuerpo que hoy se inclina rígido sobre la tierra, como buscando siete palmos de fosa. Ni siempre me cubrieron harapientas telas que da grima el mirarlas: muy por lo contrario, en muy buenos pañales me criaron y, aquí donde usted me ve, no he nacido yo en las malvas: abuelos cuento de sangre tan limpia como una patena y tan azul como el mismísimo cielo. ¡Ahí es nada! No, si no, vayan á preguntarle por mi abolengo á aquel viejo escudo de armas que está (¡mire usted en qué ha venido á parar el malaventurado!) tapando la desacristalada ventana de mi vivienda; que él dirá, con sus calderas y sus castillos, con su león y con su zorra subiendo por un árbol, si tengo ó no tengo sangre en el ojo.

Pero ¡cuitada de mí! ¡Cómo el demonio de la vanidad me tienta á ratos todavía por el lado de la nobleza, cuando por muy pagada de la mia debiera darme con hallar quien me prestara un escudo sobre mi escudo!

Mi padre al casarse aportó por buena cuenta, para sostener las cargas del matrimonio, unas cuantas arrobas de añejos pergaminos, amén de un viejo almete y de un espadón mohoso, que habían pertenecido nada menos

que á su vigésimonono abuelo. Con tan pingüe patrimonio, claro es que se hubiera visto precisado á comer sin pan la miel de su luna de *idem*, si mi madre, plebeya hasta dejarlo de sobra, pero hija de un labrador que poseía miles de hanegadas de tierra, no hubiera llevado por vía de dote una buena porción de las mejicanas onzas que se había dado traza de amontonar, á fuerza de economías, su plebeyísimo padre, quien tuvo á mucha honra la de llamarse suegro de un hidalgo que, si bien no podía, como el *ingenioso de la Mancha*, regalarse con duelos y quebrantos, y mucho menos con palomino alguno de añadidura, en cambio ostentaba una prosapia tan ilustre, como que se hacía descender por línea recta de un tal Alejandro el Macedonio, personaje de quien, según me han informado algunos años há, no hubo sucesión.

No duró mucho tiempo el desahogado bienestar de mi familia. Mi padre, hombre linajudo donde los haya, y desenterrador diligentísimo de genealogías podridas de puro viejas, se creyó con derecho á reforzar uno de los cuarteles de su escudo con un bien plantado león que ostentaba en el suyo cierto lejano pariente nuestro; el tal pariente no sólo negó que mi padre tuviese el derecho que se atribuía, sino que trató de usurparle la zorra, que constituía el mejor timbre de nuestra nobleza. Hubo pleito; se huroneó por ambas partes en cien archivos; el rey Artus, un tal Pepino, el Cid Campeador, y otros muchos, rodaron por los autos y, por último, cuando ya mi padre había repartido entre tirios y troyanos toda la hacienda de su mujer, vino á resultar demostrado palpablemente que á él y sólo á él pertenecían en méritos de justicia la zorra y el león objetos del litigio.

Al día siguiente de tan honrosa declaración no hubo en mi casa que comer, y yo, que á la sazón sólo tenía diez

años y no alcanzaba á comprender toda la gloria que para nosotros implicaba tan fausto suceso, pedía pan, llorando á lágrima viva.

Dos años después y con motivo de haber observado mi padre, mientras un barbero le sangraba, que era colorada, y no azul, como él siempre había creido y afirmado, la sangre que corría por sus venas, cayó en tal postración y tan negra melancolía, que sólo pudo sobrevivir dos semanas á tan cruel desengaño.

Viuda mi madre—á quien había levantado de cascos su entronque con la nobleza—y muerto mi abuelo y padre suyo, cuya grande hacienda, por azares de los tiempos, se había vuelto agua de cerrajas, recabó de un su primo, que por lejanas tierras andaba, una pensión anual, modesta, sí, pero bastante á cubrir con decencia nuestras necesidades; y, teniendo por verdadero aquello de que á quien se muda Dios le ayuda, abandonó esta populosa ciudad, en que hasta entónces habíamos vivido, y se trasladó conmigo á cierto mediano villorrio—de cuyo nombre no quiero acordarme—en el que desde luégo se prometía la satisfacción de figurar entre las familias que en tales pueblos como aquel hacen pacto mutuo de honrarse con el pomposo dictado de aristocracia.

No la engañó, á fe, su buen deseo; enseguida que abrimos nuestros *salones*—y cuenta que estos pertenecían á una reducida casa por cuyo alquiler pagábamos tres reales diarios—comenzó á frecuentarlos una sociedad, si no demasiado culta y bien educada, lo bastante divertida para pasar agradablemente las largas veladas del invierno. Durante ellas, los señores formales hablaban de antiguos tiempos de prosperidad y grandeza para sus familias, todas, á la sazón, venidas á menos, y se lamentaban de que ya sólo hacía papel lucido el oro, vil

metal de que ellos tenían la dicha de carecer; las respetables mamás se enseñaban mútuamente recetas caseras contra el mal de madre, contra los ataques de nervios, contra las pulgas, contra las arrugas de la piel, contra la exagerada fecundidad, contra los maridos intolerantes, y, en suma, contra todos los dolores y plagas que afligen á la humanidad, siempre doliente, ó bien hacían cábalas y más cábalas acerca de la problemática colocacion de sus hijas; los jóvenes pasaban el rato relatando sus cacerías y encomiando la destreza de sus perros, ó, dando otro giro á sus ilustradas conversaciones, hablaban del mal precio de los granos, discutian sobre la cría del ganado de cerda, ó sobre cuál era mejor tiempo para sembrar habas, demostrando á cada paso sus profundos conocimientos en materias científicas, con la repetición de máximas de agricultura por el estilo de la siguiente, que por acaso no he olvidado:

«El barbecho de enero
hace á su amo caballero;
y si es de antes,
hasta con guantes.»

Mis jóvenes amigas y yo cuchicheábamos entretanto, rebosando despecho: porque, por entretenida y chispeante que nos pareciese—que no nos lo parecía—la conversación de aquellos guapos muchachos, nosotras hubiéramos preferido que hablasen de amores y que nos dirigiesen requiebros y proposiciones atrevidas.

Pero voy alargando mucho mi relato y, de seguir así, no llevo trazas de llegar en buen tiempo á la historia de la malvada colcha verde. Abreviando, pues, diré á usted que, un poco porque yo estaba aburrilísima de esperar en vano que me hiciese el amor alguno de los insípidos

jóvenes que frecuentaban mi casa, y un mucho porque me gustó cierto muchacho, estudiante de medicina, que todos los veranos iba á descansar de sus tareas entre unos parientes que vivían frontero á nosotros, escuché con mal disimulado regocijo las escogidas frases con que, á deshora y á hurtadillas de mi madre, me confesó su cariño y no titubeé en asegurarle que no habían caido en saco roto sus halagüeñas palabras, ni dado contra un pedernal aquellos sentimientos que yo le había inspirado.

Enteróse mi madre de allí á poco, porque, como dice la copla,

«El dinero y el amor
no pueden estar secretos,»

y se opuso abiertamente á nuestro noviazgo, para lo cual, la verdad sea dicha, había dos muy poderosos motivos: mi novio era extremadamente pobre: tanto, que aquellos parientes suyos y vecinos nuestros le costeaban de lástima la carrera; pero aún había algo peor: ¡mi novio no era *de clase!*

Hice objeciones contra la actitud tomada por mi madre.—¿Por qué me aseguras,—le dije,—que ese excelente muchacho no es digno de nosotras? Es pobre; cierto que sí; pero acaso ¿lo eres tú menos? No es *de clase;* convengo en ello; mas ¿qué nobleza es la tuya? Juan Fernández, á secas, se llamaba tu padre; María Ponce, y pare usted de contar, se llamaba tu madre y abuela mía; ¿igneras que lo sé, y que yo no me dejo engañar por el *de Córdoba* y el *de León*, que añades respectivamente á tus apellidos? Y, en fin, tu hija es quien se ha de casar con ese amable joven, no tú; yo le quiero y no hay más que decir.

Cedió, aunque á disgusto, mi madre, y comenzó para

mis amores una paz octaviana; paz que duró más de dos años, pero con la cual, pasado este tiempo, dió al traste, de un modo bastante particular, la llegada á la península y á mi casa de aquel pariente nuestro á cuya liberalidad debíamos aun lo más necesario.

Hé aquí lo que sucedió. Entre varios curiosos objetos que trajo mi buen tío de las lejanas tierras que había visitado, figuraba en primer término una lujosa colcha de raso verde, que tuvo la bondad de regalarme antes de separarse de nosotros para reanudar sus largos viajes. ¡Tú que tal hiciste! Mi madre, á quien habían dado nuevos humos de señorío este y otros regalos—uno de los cuales consistía en una mediana suma de dinero—creyóse más que nunca perjudicada por mis amores con el mediquito en ciernes, y una tarde, después de hacerme admirar detenidamente los portentosos dibujos de la chinesca colcha, me dijo con acento persuasivo:

—Tú no eres lerda, hija mía, y debes comprender que ahora es más imposible que nunca tu casamiento con ese aprendiz de matasanos á quien en mal hora conociste. Esta preciosa colcha matrimonial está pidiendo á voces una cama digna de su riqueza. ¿Podría comprártela ese chiquilicuatro, recetando lavativas y propinando jarabes...? Tu silencio me dice que no. Pero es el caso que la cama necesita á su vez un bien preparado dormitorio, con cuarto de vestir, baño y otros anejos. Pues ¡bonito papel haría una cama tan suntuosa entre cuatro paredes desnudas y sobre un pavimento sin ricas alfombras! ¡Ya ves que es imposible que se case contigo quien no tenga una brillante posición! Y la verdad de mis palabras será más palpable si consideras que mal puede estar un lujoso dormitorio en un casuco de tres al cuarto. Ha de ser una hermosa casa la en que has de vivir con el que

obtenga el honor de ser tu marido. Además, ¿no te parece un contrasentido que quien con tan rica colcha ha de cubrirse de noche, vista de día un humilde traje de plebeyo percal? Sedas y brocados han de cubrirte; brillantes y perlas han de adornarte; tu hermosura y esta colcha te dan perfecto derecho á ello. Mira, pues, lógicamente demostrado que ha de ser rico, muy rico, y no un pobretón tomapulsos, quien te dé la mano de esposo.

Así se expresó mi madre y fuerza es confesar que no habló *ad efesios*. Pensé en Ricardo (que así se llamaba mi novio) y, por la primera vez en mi vida, me pareció feo; leí algunas de sus cartas y hallé *cursis* y ramplonas aquellas mismas frases que antes encerraban para mí el *summum* de la pasión; me dió náuseas la sola idea de tener que comer con quien viniese de amputar un brazo ó de visitar á un colérico; pruebas indisputables de necedad pareciéronme las que ántes había reputado en él por muestras inequívocas de talento y, por último, convine con mi madre en que había correspondido al cariño de Ricardo como aquel que no sabe lo que se pesca. Y para poner fin á los que ya llamaba mis pasados yerros, sobre la marcha escribí al pobrete una carta llena de fingido sentimentalismo, que bien podía traducirse por «ahí llevas tu pasaporte,» sacudí sobre ella los dedos, mojados en agua, para acreditar de triste llanto las aspersiones, y *pax Christi*.

¿Quería yo á aquel pobre joven? Seguramente sí; pero la viciada educación que me habían dado, segun la cual, á nada debe aspirar una mujer, sino á venderse en buen precio á un comprador á quien se da el nombre de marido; los reiterados consejos de mi madre y de mis amigas, todos encaminados, directa ó indirectamente, á hacerme buscar la felicidad en la riqueza; las pérfidas lisonjas del

espejo, que me hacían creerme bastante hermosa para enamorar á un príncipe y, sobre todo, aquella maldita colcha, que hizo brotar los gérmenes de ambición y de soberbia que estaban escondidos en mi alma, determinaron en mí un cambio radical en ideas y en sentimientos y pudieron más que el cariño que á Ricardo profesaba. ¡Era él tan pobre!

—Decididamente, tiene razón mi madre,—me dije.—Quien una tan rica colcha posee tiene derecho á algo más que á ser la esposa de un médico. Soy joven, soy bella y tengo una colcha de la China: ¿qué más puedo desear? La fortuna me proteje. Debo ser rica, y ¡quiero ser rica! Nada más justo.

Y sin pensar más en Ricardo, comencé, auxiliada por los consejos y la astucia de mi madre, á poner en juego cuantos medios podían llevarme al logro de mi única, pero vehemente aspiración.

Entre los jóvenes que frecuentaban mi casa sólo había uno que tuviese esperanza de heredar cuantiosos bienes á la muerte de sus padres. Tenía gordas, muy gordas las letras; tanto, que no leía porque le estorbaba lo negro; pero, en cambio, tenía más gordas las talegas, circunstancia que le hacía parecer un chico finísimo, simpático, instruido y extremadamente digno de ser amado, sobre todo, por una señorita pobre. Pedro, pues,—que así se llamaba tan adorable sujeto,—fué desde luego el blanco de mis esperanzas.

A miradas, á suspiros, á sonrisas, á marcadísimas deferencias, á todo recurrí para darle á entender cuáles eran mis pensamientos; mi madre, á las vueltas, solía

enderezarle alguna que otra indirectilla á estilo de las famosas del padre Cobos; pero ¡ni por ésas! Yo me desesperaba y atribuía la indiferencia de Pedro á propósito deliberado de no caer en mis redes; mi madre, más conocedora del sujeto, la achacaba exclusivamente á inocencia y candor. Y el tiempo pasaba entretanto, y continuaban siendo infructuosas miradas y suspiros, sonrisas y deferencias. Era necesario, por lo mismo, variar de procedimiento.

Cierto día, después de haber comido Pedro con nosotros, cosa que sucedía con bastante frecuencia, fingió mi madre reparar en mi palidez y me dijo con estudiado sobresalto:

—¡Tú no estás buena, hija mía! Alguna afección moral te trae pesarosa y desmejorada. No me lo niegues: nosotras las madres tenemos ojos de lince para todo lo que se refiere á nuestras hijas, y bien he comprendido yo el mal que te aqueja.

Y dirigiéndose de pronto á Pedro, que allí se estaba hecho, como de costumbre, un papanatas, le dijo, llevándose el pañuelo á los ojos, más para encubrir que estaban secos que para enjugarlos:

—¡Ay, Pedro de mi alma! Mi niña está enferma como planta sin sol; pero esta hija mía ha perdido la franqueza que usaba con su madre, y no permite decirme la causa de su pesar. Amigo suyo eres; bien te quiere ella y mucha confianza le inspiras: por Dios te ruego que no la dejes á sol ni á sombra, hasta arrancarle ese profundo secreto que guarda; que ya conocido el mal, podrá buscársele medicina.

Colorada, roja de vergüenza, escuché yo estas palabras. ¡Qué tiempos aquellos!

Mi madre, mi cariñosa madre, conocido lo que ella lla-

maba candor é inocencia de Pedro, le recomendaba la exploración de mi deseo y me ponía en el aprieto de hacerle una declaracion amorosa.

Así fué: preguntóme Pedro, fingí no poder contestarle; rogó, supliqué; porfió, redoblé mis suspiros, centupliqué mis tiernas miradas, y, por último, con entrecortadas frases, le declaré el supuesto mal; creyóse en el deber de curarlo, pues en su mano estaba la medicina, y todo quedó arreglado perfectamente.

¿Qué va usted á decirme, que deja de escribir y así me mira? ¿Que fuí una miserable? ¿Que procedí como una coqueta sin decoro? ¿Que la prostitución del alma es mucho más criminal que el envilecimiento del cuerpo? Harto están confesando esas verdades estas lágrimas que derramo, y harto me ha castigado la mano de la Providencia por aquel indigno proceder. En cuanto al de mi madre... mi madre era: ¡ojalá Dios la haya perdonado como la ha perdonado su hija!

Mas ¿pensará usted que los planes de mi madre, que eran los míos, llegaron á feliz realización y que vino á sacarnos de pobres la rica hacienda de Pedro? Pues nada de éso; que sabido es que el mal sólo mal puede producir. Después de dos años de relaciones amorosas, y cuando ya comenzaba á pensarse en dar dichosa cima á nuestro negocio—que negocio y no amorosa empresa era para mí el proyectado casamiento—conferenció mi madre con su futuro consuegro y, enterado éste de que toda mi dote la habían de constituir un par de baules llenos de ropa y una colcha, más ó menos chinesca, se rió descaradamente de nosotras, dijo á todo el mundo que quiso oirle que éramos unas pobretonas *cursis* y prohibió terminantemente á su hijo, so pena de rompimiento de costillas, que volviese á pensar en el disparate de casarse conmigo; prohi-

bicion á que se acomodó Pedro, quien, antes que todo, era un obediente hijo.

Quebróse, pues, el cántaro de la lechera, é inconsolables nos quedamos al mirar vertidas y evaporadas las esplendorosas ilusiones de que estaba lleno. Entónces me acordé de Ricardo y pensé con pena que no era tan feo ni tan necio como al despedirle me había parecido. Pero ¿cómo saber su paradero? Y aun sabiéndolo, ¿sería posible que hubiese olvidado mi ingratitud y amase todavía á la ingrata?

—Ancho es el mundo;—díjome al fin mi madre, llena de despecho por el mal término á que habían venido á parar sus esperanzas.—Ancho es el mundo, y tonto será quien se ahogue en tan poca agua. Bien mirado, nada hay perdido y nunca es tarde para salir de un error. Así como así, Periquito es un necio insufrible; su padre, un adorador del becerro de oro; y para él nada supone una hidalguía acrisolada, ni una hermosura como la tuya, ni una colcha de la China, que no tiene rival. ¡Miren qué fatuo; que porque ha llegado á reunir, Dios sabe cómo, unas cuantas talegas, se figura ser un bajá de tres colas! ¡Qué tiempos, señor, qué tiempos! ¡Ya no hay más Dios ni más Santa María que el dinero, y por él se cometen las mayores ruindades! ¡Perdido, perdidito está el mundo! ¡Yo no sé dónde vamos á parar!

Mal, muy mal puesta ante la opinión general nos dejó la ruidosa terminación de aquellos amores; terminación cuyas circunstancias eclipsaron gran parte del falso brillo de que mi madre había sabido revestirnos. Esto no obstante, no desalentamos en nuestra empresa, y á puño cerrado seguíamos creyendo que una buena colcha debe de ser la base de una buena fortuna. Y como el tiempo de mi juventud se pasaba y los pocos años son para los hom-

bres el más poderoso incentivo con que cuentan las mujeres, nos fué preciso descender un tramo en la alta escalera de nuestras aspiraciones.

A contar desde aquella época tuve muchos novios: por término medio, uno en cada mes; á lo cual contribuía ostensiblemente el haber cundido por el pueblo la especie de que mi madre rabiaba por casarme y de que yo rabiaba á mi vez por que ella dejase de rabiar; y esta creencia, confirmada y mantenida por la gran prisa que una y otra nos dábamos á mostrar la colcha de marras á todo bicho viviente, fué motivo más que sobrado para que muchos jóvenes, y aun algunos solterones desahuciados, llegasen á mí con palabritas de Semana Santa, pero con intenciones de Carnestolendas.

No bien había sido presentado en mi casa algún joven de mediano porvenir, y ya mi madre, viniera ó nó á pelo, le metía la malvada colcha por los ojos' acompañando con intencionadas frases, que quiero omitir, la maniobra del doblar y desdoblar y del pasear una bujía sobre cada uno de los chinescos detalles del dibujo. Después, si el muchacho no era tonto de remate, ¿qué había de hacer? Aprovechar la ocasión que se le brindaba, pasar el rato lo más agradablemente posible y tomar calzas de Villadiego tan pronto como sonaba la funesta palabra *boda*. No otra cosa hicieron sucesivamente dos abogaditos, un rico labrador, un oficial del ejército, otro abogado, un alférez de carabineros, otro abogado aún—y no hay que extrañarlo: que ya en aquel tiempo había plaga de ellos,—un boticario, otro militar y varios otros sujetos, de todos los cuales ninguno lo estuvo por mis trazas durante mayor espacio que el de tres meses; quedando mi reputación

tan mal parada en fuerza de estas batallas amorosas, que ya no me fué dable hallar un novio, ni por un ojo de la cara.

Habían contribuido notablemente á este triste resultado, las aún mas tristes circunstancias de haber yo pasado de los treinta años—funesta edad que para las solteras viene á ser sinónima de desesperación,—y de haberse desmejorado mi rostro, á consecuencia de unas malignas viruelas. A estas circunstancias se refirió, por ridiculizarme, cierto poetilla, antiguo novio mío, quien lo consiguió componiendo y haciendo circular por toda la villa un soneto que, si no me es infiel la memoria, decía de esta manera:

VADE RETRO!

Amaste á Pedro, á Ignacio, á Marcelino,
á Casto, á Gil, á Justo, á Pablo, á Diego,
á Anton después, á Restituto luego,
y á Lúcas, y á Ginés, y á Juan, y á Lino.

Y amaste á Cleto, á Félix, á Faustino,
y, aún abundante el amoroso fuego,
amaste á Blas el sordo, á Luis el ciego
y al Pancho aquel que de las Indias vino.

Hoy, vieja, pobre y fea,—¡guarda Pablo!—
te hace exhalar interminable queja
el insufrible solteril achaque.

Mas ¿quién te ha de querer, ¡llévete el diablo!
si además de ser fea, pobre y vieja,
tienes en vez de un *alma* un *alma-naque?*

Un tal don Juan, hombre que tenía fama de sabio en-

tre los ignorantes porque de todo hablaba con desprecio, dijo por aquel tiempo que el tal soneto era muy malo;—¡y eso, que aún no lo había leido, ni oido recitar!—yo por malo y defectuosísimo lo tuve; pero esto no fué obstáculo para que acabase de arruinar mis esperanzas, pues tal popularidad alcanzó, que hasta los chiquillos callejeros se hacían del ojo al verme y decían: *¿Vieja, pobre y fea...? ¡Guarda, Pablo!*

Corridas y abochornadas, y convencidas, tarde, desgraciadamente, de que una colcha, por chinesca que sea, es una prenda de más ó menos valor, pero en modo ninguno un anzuelo para pescar maridos, hicimos almoneda de gran parte de nuestros muebles, y abandonando la villa, en donde ya, en són de burla, nos llamaba todo el mundo *las de la colcha*, dimos con nuestros cuerpos en esta hermosa ciudad, de cuya riqueza y magnificencia conservábamos muy gratos recuerdos.

De allí á poco enfermó mi madre y, para colmo de desdichas, nos faltó la pensión que á la generosidad de su pariente debíamos por lo cual en breve tiempo consumimos los exiguos ahorros que de la venta de nuestros muebles nos quedaban. Un honrado vecino, á quien había interesado nuestra desgracia, habló en mi favor á una modista hermana suya y, gracias al buen corazón de entrambos, pude ganar un escaso jornal, sin apartarme del lado de mi madre, que tanto necesitaba de mis cuidados.

Agravóse ésta cierta noche, en términos que parecía acabársele la vida por instantes; envióse á llamar al primer médico á quien se hallara y, mientras venía, mi madre, entre suspiros y sollozos, á los cuales mi llanto contestaba silenciosamente, me dijo con borrosa y apenas perceptible voz:

—Te dejo sola y pobre; ¡doble desgracia que yo, á

tener más buen juicio, pude haber evitado! Esa maldita colcha, ahí donde la ves, no es solamente un pedazo de tela: es el orgullo; es la vanidad. A ella debes tu desdicha; á ella y á mis malos consejos. Ella nos deslumbró, porque el orgullo deslumbra; ella nos arruinó, porque la vanidad arruina. Conserva, sin embargo, esa prenda; pero ahora que vas á quedar sola en el mundo, léjos de esperar por ella un casamiento fastuoso, véndela tan luego como halles un hombre pobre y honrado que quiera casarse contigo: que más fácil será que lo verifique viendo que te dotas á tí misma en los dos ó tres mil reales que puede valer la colcha. Sé humilde; no hables á nadie de la nobleza de tu padre, pues no conseguirías por ella valer más que lo que por ti valgas, y en cambio la deshonrarías con tu pobreza. No te avergüences de trabajar, que valdría tanto como avergonzarte de ser virtuosa; y ahora, hija mia,—y aquí la pobre señora redobló sus sollozos—perdona á tu madre por el mal que con sus locuras te ha causado y recibe su último beso y su postrera bendición.

Esto dicho, y apenas hubo puesto sobre mi frente su marchita boca, la tomó un largo desmayo. Entretanto, nuestro caritativo vecino volvía acompañado de un médico. Entrar ambos en la pequeña habitación y quedar yo muda de asombro y de vergüenza, fué todo uno. ¡Ricardo y no otro era el médico!

A pesar de lo mucho que habían variado mi fisonomía años y viruelas, conocióme enseguida: que no á otra causa pudo deberse la emoción que se pintó en su semblante; pero recobrándose al momento, sólo se ocupó en que mi madre lo hiciese de su desmayo, lo cual conseguido, se apresuró á salir de la habitación, é hízome seña de que le imitase.

Le seguí, toda turbada y temblorosa. Agolpábanse á mi memoria aun los nimios detalles de mis primeros amores; las promesas de Ricardo, mis juramentos de constancia, su amorosa ternura para conmigo, el indigno pago que yo le había dado. Pensaba también—y todo esto en mucho menos tiempo que el que gasto en referirlo—pensaba en la indigencia á que me habían traído las malhadadas esperanzas que había puesto en mi colcha verde; consideraba lo feliz que hubiera sido optando por la modesta fortuna, por la tranquila dicha que me brindaba el sincero cariño de Ricardo, é imaginaba, por último, que bien podía suceder que él permaneciese soltero y que, sintiendo renacer en su corazón, á causa de nuestro inopinado encuentro, algo del primitivo fuego, me hiciese aún posible lo que ya por imposible yo tenía: el salir del odioso celibato á que, por malas de mis culpas, vivía condenada.

Pero ¡cuán desengañada y triste no quedaría yo, al oir de labios del mismo Ricardo la ratificación de mi condena! Así me dijo:

—Desde luego he reconocido á usted, y á fe que si lo siento por hallarla en tal estado de pobreza y de penalidad, me alegro, en cambio, por tener ocasión de contestar, brevemente, como lo exigen las circunstancias, á la última carta de usted. Estoy casado con una mujer á quien adoro y tengo cuatro hijos que, con ella, constituyen para mí la mayor felicidad que puede alcanzar un hombre. Tal es mi respuesta. En cuanto á la enferma, déselе enseguida lo que dejo recetado; y siendo peligroso, como indudablemente lo sería, que ella me conociese, creo conveniente marcharme y enviar en mi lugar un compañero en cuya experiencia y en cuyo saber pueda usted tener entera confianza.

Y añadió, dándome una tarjeta:

—Ahí están las señas de mi casa; no dude usted que tendré una verdadera complacencia en serle útil. A los pies de usted.

Dicho lo cual, se marchó sin esperar respuesta; bien es verdad que yo no hubiera podido dársela: tal era el estupor de que me hallaba poseída.

Para abreviar: mi madre murió á los pocos días y empezó para mí una nueva vida de amarguras, cuyos detalles harían demasiado larga mi relación. Bástele á usted saber que Ricardo, con generosidad que nunca alabaré como debo, me ha socorrido en distintas ocasiones; que á él he debido recomendaciones por cuya consideración he entrado á servir en varias casas de la primera nobleza de Sevilla; que la maldita colcha verde no ha sido bastante á proporcionarme un marido por pobre y miserable que fuera, por lo cual he de ir á la sepultura con la palma de la virginidad y la corona del martirio; pero que, sin embargo, algun poder diabólico me ha hecho retener y conservar esa ya ajada y descolorida tela, más bien que como á prenda de una esperanza, como á odioso y encantado talisman que había de conjurar sobre mí toda suerte de desventuras.

No de otro modo me explico que, en tres largas horas que hoy he permannecido en *el Jueves*, esperando que alguien me comprase lo que ya considero como causa y origen de todos los males que me han afligido durante toda mi vida, no haya habido alma viviente que á mí se acerque con tal objeto. Y eso que yo pensaba vender la tal colcha de un modo parecido á como el diablo vendió su suegra.

¿No sabe usted cómo fué...? Mejor: así acabaré con algo de diversión y de risa el relato de esta verídica his-

toria mía, que tantas lágrimas me ha hecho derramar. Pues fué el caso, según se cuenta, que, cansado el diablo de aguantar las impertinencias de su gruñona suegra, determinó venderla, para lo cual la trajo á un mercado del mundo.

—¡Mi suegra vendo! ¡Mi suegra vendo!—Iba gritando entre el gentío, mas nó mostrándola, como se hace comúnmente con todo aquello que se intenta vender, sino procurando esconderla de las miradas de la multitud, porque tenía por cosa segura que menos dable le sería hallar comprador si la dejasé ver.

—¡Mi suegra vendo...!—repetía amostazado por el temor de que nadie la comprase; y todos, al oir tales palabras, huían despavoridos y hacían la señal de la cruz, no al diablo, que disfrazado iba, sino á la suegra.

Al fin, un hombre, dando claros indicios de ser tonto de capirote ó suicida vergonzante, se acercó al diablo y le preguntó:

—¿Cuánto quieres por ella?

Y el diablo, sin aguardar á más, exclamó bailando de alegría:

—¡Tuya es! ¡Con tu pan te la comas!

Y echándosela á las barbas al infeliz comprador, desapareció en un santiamén, regocijadísimo por el buen negocio que había hecho.

Así la viejecita acabó de contar su historia, que hoy, puesta en letras de molde, dedico á las muchachas casaderas, quienes, de seguro, podrán hallar en sus desaliñados párrafos, si no amena y deleitosa distracción, práctica y utilísima enseñanza.—*Vale.*

Agosto, 1879.

EL NUEVO MACÍAS



EL NUEVO MACÍAS

> Un imposible me mata;
> por un imposible muero;
> imposible es alcanzar
> el imposible que quiero.
> *(Copla popular.)*

El interesante tipo del doncel Macías, de aquel popular poeta aún más célebre por sus desgraciados amores que por el mérito de las cantigas que nos ha legado, no es patrimonio exclusivo de una época ni de una nación, pertenece á todos los tiempos y á todos los países.

Mientras haya poesía en el amor—y ésto será siempre: porque, como ha dicho el malogrado Bécquer,

> Mientras haya esperanzas y recuerdos,
> habrá poesía—

y mientras el amor—y ésto no dejará de ser nunca—halle cabida, con todos sus recuerdos y sus esperanzas, con todos sus placeres y sus penas, en los humanos corazones, no faltarán sensibles Macías que consagren su vida á la adoración de un imposible; que retraten sus sentimientos en inspiradas aunque acaso incorrectas estrofas, y que, modelos de constancia y de amorosa abnegación, mueran, como el infortunado escudero del marqués de Villena, cantando la vehemente pasión para que vivieron.

Leed, si no, estas páginas: en ellas refiero una triste

y poética historia, de cuyo desenlace he sido testigo presencial.

I

«*** 12 de abril de 1875.

»Amigo mío: Voy á ser padrino de una boda y quiero que te halles en su celebración. Te espero para el día 15 lo más tarde, pues la boda se efectuará en la noche del 16. Te advierto que no sirven excusas.

»Deseo además que vengas, para que conozcas á un poeta popular; á un verdadero diamante, á quien no hace falta el pulimento para despedir rayos muy luminosos.

»Aguardo, por lo tanto, una carta tuya, en que me anuncies el día de tu venida, y después á ti en persona.

»Tuyo afectísimo,

Fernando.»

Leí esta carta y contesté enseguida:

«Querido Fernando: Tú sabes que las reuniones de boda me sumen siempre en meditaciones nada agradables; sin embargo, iré, por admirar ese diamante de que me hablas y, sobre todo, por complacer á un amigo á quien quiero tan de veras.

»Espérame el 15 á la caída de la tarde.»

En efecto, bajo los rayos de un hermoso sol de primavera emprendí mi viaje y en dos horas recorrí la distancia que separa á mi pueblo de la bonita aldea en que mi amigo ejerce la honrosa y humanitaria profesión de Esculapio.

Fernando me aguardaba á un lado del camino y como á un tiro de fusil de ***, cuyas casas, blancas como la nie-

ve, y cuyo esbelto campanario, pintado de ocre, se destacaban graciosamente de los caprichosos celajes del crepúsculo.

Eché pie á tierra y, después de los oportunos y cordiales saludos, nos dirigimos hacia el pequeño pueblo, entablando el diálogo siguiente:

—No me agradezcas que te haya hecho venir,—dijo mi amigo:—te necesito para algo más importante que asistir á una fiesta nupcial.

—Hombre, ¿ésas tenemos?—le repliqué, no creyendo en la seriedad que se pintaba en su semblante.

—No tomes á broma lo que te he dicho,—repuso Fernando, poniéndose más serio todavía.

—Pues habla pronto,—le contesté—y ya que es cierto que me necesitas, cuenta conmigo hasta la pared de enfrente.

—Deseo que celebremos una consulta médico-moral. Tengo un caso muy grave y quiero no omitir medio alguno para resolverlo satisfactoriamente. Por eso te he llamado.

—Pero ¿ignoras por ventura que desconozco en absoluto los principios de la ciencia de curar? ¿Qué podré yo hacer en beneficio de ese enfermo?

—Mucho más de lo que piensas. La verdadera enfermedad del individuo á que me refiero está en su alma, y tengo la esperanza de que un cambio favorable en las ideas y en los sentimientos de ese hombre, mitigaría y haría desaparecer en breve espacio de tiempo los males de su cuerpo, que no son otra cosa que una triste consecuencia del deplorable estado de su espíritu. Y he convenido con el cura, á quien he hablado de ti muchas veces, y que es un señor tan ilustrado como virtuoso, en que acaso tú podrás ayudarnos á realizar esta buena obra,

cuyos obstáculos nos traen, hace un mes, disgustados y meditabundos. Así, pues, esta noche te explicaremos el caso y los tres resolveremos lo que más oportuno nos parezca.

—Dudo—repuse—que mi inutilidad pueda emplearse en provecho de ese desgraciado, á quien por el mero hecho de serlo profeso ya viva simpatía.

Y entramos por las anchas calles de la aldea, ambos silenciosos y pensativos.

II

Habíamos concluído de comer y la bondadosa madre de mi amigo, después de servirnos un café riquísimo, nos dijo saliendo del comedor:

—Os dejo en vuestra consulta. Don Andrés no puede tardar.

Una vez solos, y saboreando, al par que el caliente Moka, el aromoso humo de un habano, díjome Fernando:

—Qué, ¿no me preguntas por el poeta popular de quien te hablé en mi carta?

—Francamente,—le contesté,—tanto me preocupa el objeto de nuestra consulta, que sólo en esto pensaba. ¿Me dirás al fin...?

—Que nuestro poeta popular es el enfermo. Mientras viene el cura te contaré la historia de aquél y te haré el diagnóstico de la enfermedad.

—Habla. ¿Hay amores? Apostaría á que sí.

—Los hay, en efecto, y ellos son la causa originaria del mal que deploramos y tratamos de combatir. Presta atención.

—Te escucho.

—Haría escasamente un mes que desempeñaba yo la titular de este pueblo. Una noche, ya me disponía á descansar, cuando sonaron recios y repetidos golpes en la puerta de mi casa. Abrí yo mismo, y una mujer me dijo entre sollozos:

—Señor médico, por caridad, venga usted á ver á mi hijo, que de pronto se me ha quedado como muerto.

Tomé un frasco de sales y echamos á andar á buen paso.

—¿Estaba en cama su hijo de usted?—pregunté á la mujer.

—No, señor,—me contestó llorando.—Pero apenas come, quiere estar solo, y está siempre tan metido en sí, que es en balde hablarle, porque no responde. ¡Dios mío, cuánto ha variado! Antes cantaba, que oirle era una gloria de Dios; y tenía amigos; y le gustaba la bulla; y quería á su madre; pero de dos meses á esta parte comenzó á entristecerse, y á ponerse flaco, y á esconderse para llorar como un chiquillo, y... ¡Ay, que me van á quitar la vida estos disgustos!

Y la buena mujer sollozaba, que era un desconsuelo oirla.

—Serénese usted—le dije—y confíe en la bondad de Dios. Por de pronto, es probable que sea un accidente pasajero y sin consecuencias lo que ha hecho á usted llamarme.

Y continuando la inquisitiva médica, le pregunté:

—¿Qué edad tiene su hijo?

—Veintidós años.

—¿Quiere ó ha querido á alguna joven?

—¡Quiá! No, señor. ¡Pues si aborrece á las mujeres y habla mal de ellas en toditas las coplas que compone! Porque ha de saber usted que mi hijo *levanta* unas coplas

y unas *décimas* tan bonitas, que se maravilla una de que el diantre del muchacho pueda *sacar* aquello *de su cabeza.* Algunas veces, por consolarle (y porque es verdad, pues el chiquillo es lindo como un oro), le he dicho que fulanita y menganita le miran con buenos ojos y le he aconsejado que *se lo diga* á cualquiera de ellas. Y ¿sabe usted cómo me ha contestado? Dando un bufido y volviéndome las espaldas, como si fuera yo una negra. ¡Qué! ¡Si esto, señor, no es para dicho! Y lo mismo hace con su pobrecita hermana.

En esto, la mujer se paró junto á una casa de mezquina apariencia, empujó la puerta, que sólo estaba entornada, y entramos.

La cocina estaba alumbrada, más que por la mortecina luz de un pequeño candil de hierro, colgado de un clavo en la pared, por los desiguales destellos que despedía la abundante leña que chisporroteaba bajo la ancha campana de la chimenea.

Lejos del fuego, un joven moreno, pálido, de ojos negros y grandes, y de facciones en cuyo conjunto se notaba una regularidad verdaderamente artística, sentado junto á una mesilla de pino sin pintar, apuraba lentamente el contenido de un vaso.

A su lado y de pie estaba una joven, casi una niña.

—Juan, hijo de mi alma, ¡gracias á Dios! ¡Buen susto nos has dado!—exclamó la madre al verle.

—No era nada; ya ha visto usted que no era nada;—contestó el joven tristemente, dando á su hermana el vaso vacío.

—Dejadnos solos y haced que se ventile esta cocina,—ordené yo.

Las dos mujeres obedecieron.

Los médicos nos familiarizamos con las enfermedades

y aun con la muerte, hasta el punto de presenciar con frialdad las escenas más conmovedoras. Sin embargo, te aseguro que no sé qué sentí al contemplar aquel simpático rostro en que estaban marcadas las huellas de profundos pesares devorados en silencio, y al ser objeto de una mirada sostenida y melancólica de aquellos ojos hundidos.

Sentí discurrir algo muy frío dentro de mí y perdí la serenidad, que al cabo, soy hombre antes que médico. Mas, al fin, un poco repuesto de aquella primera impresión, me disponía á hacerle algunas preguntas, cuando él, anticipándose á ellas, me dijo con profunda tristeza:

—¿Para qué ha venido usted? *Esto* se va, y Dios sabe que sólo me pesa el tiempo que tarda. Además, no tiene usted medicinas que me curen, que siquiera me alivien de mis males.

—¿Por qué?—le interrumpí, entre compadecido por su aspecto y resentido por su desconfianza.

—Porque las medicinas de usted no pueden curar el alma; porque para mi enfermedad sólo hay un remedio, exceptuando la muerte; y ese remedio es un sueño: ¡se llama *la felicidad!*

Esta contestación, no esperada por mí, me dejó absorto. En un momento comprendí toda la horrible ineficacia de la ciencia para sofocar la tempestad de las pasiones que batallan en un alma destrozándola, y sentí aversión hacia unos estudios con los cuales no alcanza á veces el médico ni aun la esperanza de curar ciertas enfermedades.

¿Quién puede dar la felicidad? ¡Felicidad! ¡Fantástica diosa de quien todos hablan y á quien nadie ve! ¡Oh, si la ciencia médica tuviera el poder de administrar la felicidad, sería omnipotente!

Sin embargo, había allí un enfermo y yo no debía olvidar que era médico. Sobrepúseme, pues, á mi difícil situación, y disimulando el profundo disgusto que me habían hecho experimentar las últimas palabras de aquel hombre, le dije en tono confidencial y afectuoso:

—Pues bien, ya que no tiene usted fe en el médico, tenga confianza en el amigo y cuénteme la historia de sus pesares. Yo, de antemano, le prometo guardar la más impenetrable reserva acerca de lo que usted me revele. Hable usted, y ¿quién sabe si hallaremos algún lenitivo á su melancolía? Cosas más difíciles se han conseguido. Por de pronto, la relación de sus penas le servirá de alivio y dulce desahogo.

—No tengo ni aun esa miserable esperanza,—me contestó con acento que revelaba una estoica resignación;—mas ya que usted lo desea, le contaré lo que á nadie, ni á mi propia madre, he contado; la historia de un querer que me lleva al sepulcro por la posta.

Y después de un momento de silencio, en que, seguramente, coordinaba sus ideas, lanzó un suspiro que parecía arrancado de lo más hondo de su alma y habló de esta manera:

—«Procuraré ser breve, señor médico, porque, tocándolas, se hacen más dolorosas las heridas de mi corazón.

»Yo soy pobre. La muerte de mi padre trajo perjuicios considerables á nuestra pequeña hacienda, y hoy apenas contamos con lo necesario para pasar la vida holgada, pero modestamente. En cambio, Aurora, á quien usted conoce, es hija del primer contribuyente de nuestra aldea, é hija única, por lo cual, á la muerte de sus padres, heredará cuantiosos bienes.

»La diferencia de nuestras fortunas había sido causa

de que nunca nos tratásemos; pero estaría escrito que yo había de verme como me veo y mi mala estrella hizo que, para celebrar la venida de un señor de Madrid, se preparara una fiesta en la casa de Aurora.

»¡En mal hora aprendí yo á cantar y en mal hora compuse la primera copla; que me llamaron para que alegrara la reunión, y perdiera, en cambio, y para siempre, toda mi alegría!

»Allí traté á Aurora; allí escuché su acento, que no puedo desterrar de los oídos de mi alma; allí comencé á amarla y á mirar en ella la realización de toda la inmensa felicidad que yo había vislumbrado en mis sueños de adolescente; allí dulcísimas ilusiones poblaron mi fantasía, ¡y allí también murieron estas ilusiones, nacidas apenas, al saber, de labios de la misma Aurora, que el señor forastero era padre de un joven abogado, con quien ella había de casarse dentro de pocos meses!

»Yo no sé lo que me pasó al escuchar esta terrible noticia. Una nube muy negra oscureció mi vista; quise hablar y no pude; sonó en mis oídos un zumbar espantoso; vacilé y, como si me hubieran dado en la cabeza un golpe de mazo, caí sin sentido.

»Mucho tiempo debí de permanecer en tal estado, pues cuando abrí los ojos sólo vi á mi alrededor á la familia de la casa y á mi madre, que humedecía mi rostro con su llanto. Y escuché la voz de Aurora, que decía á su futuro suegro:

—»¡Pobrecillo! ¡Quizá se ha desmayado de hambre!

»¡Oh, decía la verdad! ¡De hambre del alma, de una hambre que sólo ella podía saciar y que es mil veces más cruel que la del cuerpo, por lo mismo que su agonía es más lenta y mucho más dolorosa!

» Y ¿no leía en mis ojos aquella mujer los tormentos

que me martirizaban? ¿No percibió que al volver en mí, mi primera mirada fué para ella y no para mi pobre madre?

»Me incorporé y, cogido del brazo de ésta, nos dirigimos hacia la calle, escuchando palabras de conmiseración. Aurora nos seguía y, cuando su familia no pudo verla, se acercó y me llamó aparte. Dos lágrimas surcaban sus mejillas, rojas como la amapola, y tenía la vista clavada en el suelo.

»¿Para qué podía querer hablarme á solas? ¿Qué tenía qué decirme...? Un rayo de luz vivísima inundó mi espíritu; en un momento renacieron todas mis esperanzas, pero más alegres y radiantes, y mi corazón latió con pasmosa celeridad.

—¡Ah!—pensé.—¡Ella me ama! ¡Ella ha comprendido lo que siento y quiere decirme que espere y que piense en su cariño! Su rubor y su silencio lo dicen mejor que podrían decirlo sus palabras.

—»Mucha vergüenza me cuesta,—balbució al fin Aurora mirándome tímidamente;—pero á bien que esto no es malo, y dice el señor cura que amar al prójimo es una virtud...

—»¡Hable usted pronto! ¡Por la Vírgen...!—interrumpí en el colmo del delirio.

—»Pues bien,—repuso ella;—me atreveré... pero que no se entere mi padre. ¡Tome usted un duro!

»Un rayo que se hubiera desplomado sobre mí no me abrasara tanto como abrasó mi mano el helado contacto de aquella moneda. Sentí arder la sangre en mis arterias y un rugido de suprema rabia iba á estallar en mis labios; mas por un fenómeno que nunca he podido explicarme, pasé de pronto al estado de una serenidad absoluta y dije á Aurora con voz tranquila y afectuosa:

—»Mil gracias, caritativa niña. Mis coplas no son buenas; pero no son coplas de ciego, que por dinero se cantan. Dé usted á un ciego esa limosna.

»Y cogiéndome nuevamente del brazo de mi madre, seguí andando como un autómata.

»¿Qué más puedo decir á usted? Que desde aquella noche arrastro una vida de indecible martirio; que amar sin esperanza es el dolor de los dolores; que mi amor sólo tendrá por término la muerte, y que, por fortuna mía, mi amor terminará pronto.

»Esta es mi historia, pero aún no he acabado de hablar, porque tengo que pedir á usted un favor. Sé que es usted íntimo amigo del novio de Aurora, cuya boda va á apadrinar; pues bien, le suplico por lo que más ame en el mundo que haga á los novios irse á pasar la luna de miel en otro pueblo. ¡Antes que esa luna se eclipse, se habrá extinguido la poca vida que me resta! Concédame usted, por Dios, este favor que le pido; que yo no presencie la dicha de ese hombre. ¡Yo no quiero acabar en asesino!»

Y esto dicho, rompió á llorar amargamente.

En vano, amigo mío, intentaría describirte lo que sufrí escuchando esta sencilla pero sentidísima historia de un alma, que como de otra dijo cierto poeta,

«aún es blanco capullo que sus hojas
abre á la luz en el ardiente estío,
y, al abrirlas, recibe, en sus congojas,
gotas de hiel, no perlas de rocío.»

Fernando calló é inclinó la cabeza tristemente. Yo, que con profunda atención le había escuchado, quedé pensativo.

—¡Oh, se morirá, sin remedio!—exclamé al fin, como

hablando conmigo propio.—Corazones como el de ese pobre jóven no pueden latir por mucho tiempo sin que les haga estallar la violencia de sus latidos.

Un suave golpe dado en la puerta del comedor y una voz reposada y grave que pronunció la sacramental frase «¿se puede entrar?» vinieron á sacarnos de nuestras meditaciones.

—Adelante,—dijo mi amigo.

Y la puerta se abrió, dando paso á un anciano sacerdote.

III

Don Andrés, cura párroco de la aldea en que mi amigo es médico, era alto de cuerpo, enjuto de carnes, moreno, de frente espaciosa, nariz aguileña y grandes ojos negros que brillaban bajo la nieve de sus pobladas cejas, tan blancas como sus cabellos, cortados á rape. A pesar de que rayaba en los setenta años, se conservaba derecho, ágil y robusto como un joven, gracias á su sobriedad y á la sencillez de costumbres de toda una vida dedicada á la práctica de las virtudes, entre las cuales profesaba de tal modo la de la pobreza, que, fundándose en que el memorable cardenal Belarmino llamó ladrones á los clérigos que no dan á los pobres lo que les sobra, jamás guardó nada que no sirviese para satisfacer sus necesidades del día. Así no es extraño que todos le llamasen *el padre de los pobres*.

Nos saludó con afecto, me ofreció benévolamente su amistad y después de algunas breves frases de cumplido que entre nosotros se cruzaron, bebió un vaso de agua, que era para el buen cura el licor de los licores, y entramos de lleno en el asunto que motivaba nuestra reunión.

Juan, al decir de Fernando, estaba muy próximo á contraer esa terrible enfermedad que raras veces no lleva á su víctima al sepulcro: la tisis. Era menester, pues, no omitir medio alguno para evitar ese mal, que tan de cerca amenazaba. Y, según decía don Andrés, era preciso que Juan no muriera mientras no sustituyese el amor profano que á Aurora profesaba por el amor divino, único que puede evitarnos la eterna perdición de nuestras almas.

Mi amigo veía en Juan un enfermo, por cuya vida material debía velar con todos los auxilios de la ciencia médica. Don Andrés miraba en el pobre joven una oveja extraviada del rebaño de Jesucristo, á la cual debía hacer volver, como pastor amante, al abandonado redil.

El médico, después de conseguir del novio de Aurora (sin revelarle nada relativo al amor de Juan) que precipitase el día de su casamiento y que se decidiera á irse á Madrid con la desposada el día siguiente al de la boda, había obligado á Juan á que se alimentase convenientemente, á que hiciera higiénico ejercicio, á que buscara entre amigos de carácter expansivo y alegre el olvido de sus dolores; pero en vano: el enfermo recaía pronto en su estado de postración y de honda tristeza.

Por su parte, el cura había querido despertar en el alma de Juan sentimientos puros y suaves que, estimulados diestramente, pudieran llegar á sobreponerse á su desesperado amor; pero también el virtuoso anciano derrochó en balde el abastecido arsenal de sus sanos consejos: Juan vivía y moría por un amor, y fuera de este amor nada había en el mundo para él.

En suma: don Andrés y mi amigo tenían la conciencia de sus deberes y velaban sin descanso en su cumplimiento; mas tan rápidos progresos hacía el mal y amaba Juan á Aurora tan exclusivamente, que ambos médicos, el del

cuerpo y el del alma, desconfiaban mucho de obtener los resultados que apetecían.

En tal apuro, intentaban que yo probase á distraer á Juan de su único pensamiento; que adulando—por decirlo así—su extremada sensibilidad, le fuese poco á poco embebiendo en el estudio y la contemplación de bellezas superiores y contraponiendo en su corazón el amor particular hacia un sér terreno, el amor general y sublime hacia el infinito número de bellezas que el Sumo Hacedor ha sembrado, con pródiga mano, en su magnífica Obra. Porque decía el bueno del sacerdote, quizás con resabios de panteista, y sin quizás contradiciéndose, que el que ama á la naturaleza, que es el efecto, ama á la causa, que es Dios.

Con todo, no me prescribían el camino que debía de tomar para tratar de conseguir la realización de sus nobles deseos; por el contrario, dejaban á mi arbitrio la elección de los medios que había de ensayar con este propósito. Ellos eran desafortunados en la empresa que con tanto y tan infructuoso celo habían acometido é intentaban probar si era mejor mi suerte.

Yo les manifesté que mi desconfianza quizá superaba á la suya y que consideraba su laudable obra punto menos que irrealizable; que sabía por una dolorosa experiencia que ciertos sentimientos se adhieren al corazón

«como se pega el muérdago á la encina»

y que no hay poder humano que baste á arrancarlos. No obstante, la enfermedad de aquel hombre me había desde luego inspirado vivo interés y prometí hacer en bien suyo cuanto estuviera de mi parte, permaneciendo en la aldea todo el tiempo que fuera conveniente. Y después de manifestarme don Andrés y Fernando su agradecimiento por mi promesa, dimos por terminada mi primera consulta,

conviniendo en que á la mañana siguiente haríamos á Juan que nos acompañase á dar un paseo por el campo, con objeto de que, separándome yo con él, tomase el pulso, por decirlo así, á un corazón que todas las penas parecían haber escogido por guarida.

IV

Eran las diez de una hermosísima mañana en que la naturaleza, vestida con las espléndidas galas de la dulce primavera, parecía sonreir como una niña ufana y orgullosa de su lindo traje de día de fiesta.

Don Andrés y mi amigo delante, y detrás el enfermo y yo, tornábamos á la aldea, después de haber paseado más de una hora por el campo. Ellos iban hablando vivamente, discutiendo quizás algún punto de ciencias; nosotros caminábamos con lentitud, á cuál más tristes y pensativos.

El paseo había producido un resultado enteramente contrario al que nos propusimos en la noche anterior.

Dante, en su terrible pesadilla, no soñó un suplicio tan horrendo como el que martirizaba á Juan.

Y yo, escuchando de sus labios aquel sublime poema de amor y de sufrimiento, enmudecí y lloré.

Lloré por él y por mí. Entre nuestros corazones había una asombrosa semejanza: así fué que, en lugar de dar consuelo á su inmensa amargura, exclamé sin poder contener los sollozos:

—¡Es verdad: somos muy desgraciados! Nos mata el mismo amor que nos da la vida.

. . . .

—¿Qué hay?—me preguntaron con ansiedad el cura y el médico, luego que estuvimos solos.

Y respondí tristemente:

—¡Que él se muere de amor, y que yo estoy más enfermo de lo que imaginaba!

V

Era entrada la noche, y don Andrés, después de bendecir la unión de los novios, abandonó la casa de Aurora, diciéndome en voz baja al salir:

—Mi puesto no es éste. Aquí reinan la riqueza y la alegría y yo debo estar junto á los desgraciados.

Tampoco yo me encontraba bien allí. La embriagadora esperanza que se leía en la mirada del novio; el pudor que coloreaba las frescas mejillas de Aurora, preciosa morena en cuyos rasgados ojos negros brillaba todo un mundo de amor y de felicidad, y la bulliciosa alegría de los convidados, que estallaba en dichos agudos, en festivas canciones y placenteras risotadas, me hacían pensar que había un sér para quien todo este cúmulo de dichas era la puñalada de un asesino.

Las vibraciones de las guitarras llegaban á mi oido graves y tristes como las majestuosas notas de un órgano y me parecía escuchar, en vez de las ligeras seguidillas que cantaban los mozos, la canturía terrible y conmovedora del oficio de difuntos. En una palabra: asistiendo á aquella boda, asistía al entierro de las muertas esperanzas del infortunado Juan.

—¿Dónde estará él?—pensaba yo.—¿No resonarán en su alma, si no en sus oídos, las ruidosas manifestaciones de esta alegría como el seco golpe de un ataud que se cierra?

No estaba más alegre que yo mi amigo Fernando. Hablaba con todos, es cierto, y no paraba dos minutos en un sitio; pero alguna vez venía al rincón donde yo per-

manecía retirado de la bulla, y me manifestaba en sentidas frases la violencia que le estaba costando el cumplimiento de sus deberes de padrino.

Mientras tanto, se cantaba y se bailaba mucho, pero se bebía mucho más—porque en España no se sabe solemnizar nada sino bebiendo—y ya algunos de los convidados, y aun el novio mismo, comenzaban á prorrumpir en esas exageradas expansiones, en esas inconexas y extravagantes frases que son infalibles síntomas de la embriaguez que empieza y de la dignidad que huye.

—¡Que cante la novia!—aulló, más que gritó, uno de los convidados.

—¡Sí, que cante!—repitieron todos á coro.

Aurora se dispuso á cantar, y ya la guitarra, hábilmente tañida por uno de los circunstantes, preludiaba uno de esos cantos *sui generis* que son exclusivo patrimonio de la meridional Andalucía.

De repente, todas las miradas se volvieron hacia la puerta de la sala.

En el dintel había aparecido Juan, más pálido que nunca, que, con triste sonrisa y conmovido acento, dijo dirigiéndose á la concurrencia:

—¿Estorbará un convidado más? Estoy enfermo y quisiera desechar mis penas alegrándome con vosotros.

—¡Adelante! ¡Que entre!—gritaron todos á la vez.

—¡Con eso tendremos *bomba!*—añadió uno.

Fernando y yo nos miramos estupefactos.

—¡Pero ese desgraciado se ha vuelto loco!—me dijo.

—No lo creas,—le contesté:—está más cuerdo que nunca, porque quiere abreviar su lenta agonía.

—¿A qué viene usted aquí?—interrogó mi amigo á Juan en tono de amistosa reconvención.

—A divertirme,—respondió Juan sarcásticamente.—

¿Me negará usted ese derecho? Pues siento decirle que será en balde.

Y dejándonos asombrados, adelantó hasta el sitio en que, radiante de hermosura, estaba la novia y le dijo con acento indescriptible:

—Nunca he podido olvidar, caritativa niña, la compasión que inspiré á usted en cierta noche; y el recuerdo de la limosna que usted quiso darme vive y vivirá siempre grabado en mi alma. En recompensa de sus nobles sentimientos, y á pesar de que mi salud no es buena, he querido felicitar á usted por su matrimonio y contribuir con mis coplas á la celebración de este feliz acontecimiento.

—Mil gracias,—exclamó Aurora, con los ojos bajos y como aturdida por el no sé qué de extraño que había en la voz y en las palabras del joven.

Juan tenía fama en la aldea de consumado cantador; además, todos sabían que casi siempre cantaba coplas improvisadas por él, y esto hacía que generalmente se deseara escuchar las *cuartetas* del *compositor*; que estos nombres daban á él y á sus versos.

Así fué que, apenas los convidados escucharon las palabras que dirigió á la novia, se olvidó por todos que ésta iba á cantar y no se pensó en más que en hacer que Juan tomase la guitarra para acompañarse.

Sentóse al fin, recorrió diestramente el diapasón de la guitarra, y después de un breve preludio y de haber tosido dos ó tres veces, cantó:

—Ya no puede ser el cuervo
más negro que son las alas:
ya no pueden ser mis penas
más grandes que las pasadas.

Una tempestad de aplausos resonó en la sala. Juan había cantado esta copla con exquisito sentimiento, con

voz de tenor magnífica y con artística afinación. A mí me pareció su canto un gemido, un desgarrador gemido en que se condensaba un dolor más intenso que todos los dolores imaginables.

Fernando seguía temiendo por la razón de aquel desgraciado, que parecía complacerse en desgarrar su propio corazón. Yo rebuscaba, sin hallarlo, un medio eficaz para alejarle de aquel lugar, de aquel indefinible potro de tortura.

No se hizo esperar la segunda copla. Juan cantó, con lágrimas en los ojos:

—No hay corazón como el mío,
que calla y sufre su pena:
¡corazón que sufre y calla
no se encuentra dondequiera!

No era humana aquella voz. Tenía toda la suavidad del suspiro, todas las inflexiones de la brisa, todo el encanto misterioso de los primeros sueños; había en ella algo del rumor que producen las hojas secas al morir bajo nuestra planta; algo de un mundo desconocido que se adivina por medio de intuición maravillosa; aquella voz hacía pensar en lo que sucederá á la pobre alma, cuando el cuerpo sirve de pasto á los gusanos.

La concurrencia aplaudía frenéticamente; Aurora lloraba de ternura; Fernando contemplaba á Juan y movía la cabeza tristemente; y yo... ¡yo no sabía lo que me pasaba!

Una tercera copla, suave, dulcísima, de arrebatadora melodía, salió de los labios de Juan:

—A aquel que le pareciere
que mi penita no es *ná*,
siquiera por un momento
que se ponga en mi lugar,

Y entónces sucedió una cosa terrible.

Las manos de Juan soltaron la guitarra, que dió en el suelo, produciendo un golpe seco, que hizo vibrar las cuerdas con tristísimo gemido. El infortunado cantor se llevó ambas manos sobre el corazón y cayó de espaldas sobre el pavimento.

Un ¡ay! atronador llenó la sala; corrimos todos hacia Juan; Fernando le observó, inclinándose sobre su cuerpo, y luego levantó los ojos al cielo, con ademán de desesperación.

¡Juan estaba muerto! ¡Su amor había terminado!

. . . .

. . . .

—Pero ¿de qué ha muerto?—nos preguntaba llorando Aurora.

—¡De pena!—contestó mi amigo tristemente.

—¡De hambre!—exclamé yo, recordando el desmayo de Juan en la primera noche de su desventura.

Y abandonamos mohinos y silenciosos aquella casa en que, tan inopinadamente, se habían mezclado á las dulces alegrías de una boda todos los espantos, toda esa serie de ideas tristísimas que son el cortejo de la muerte.

Mi amigo lloraba, como hombre sensible que presencia una catástrofe y como médico impotente que ha visto morir al más interesante de sus enfermos.

Yo, dando forma en una frase á todos los amargos pensamientos que bullían en mi cabeza, repetía mentalmente y con terror aquel verso de una de mis más queridas poesías:

«¡La fuente del olvido está en la tumba!

Marzo de 1876.

UN EPITAFIO



UN EPITAFIO

I

Mi amigo...—llamémosle *H*,—no era rico: tenía, cual por aquí se dice, un pasar; pero esto no bastaba á satisfacer las aspiraciones de grandeza de cierta señora tan orgullosa como pobre, madre de un pimpollito de diez y ocho abriles, en quien mi amigo *H* había creído hallar su media naranja. Hubo, pues, oposición y reprensiones por parte de la mamá, y telégrafos y miradas furtivas y billetitos de contrabando por parte de los jóvenes, hasta que Dios quiso que, tiempo andando, la niña llegara á esa edad en que la ley permite hacer á las niñas su santísimo gusto en lo que al matrimonio atañe, en cuya ocasión declaró *sub judice* que deseaba contraerlo con *H*, dando con mil amores por bueno y aceptable aquello de *contigo pan y cebolla*. Compadezcamos á la pobre muchacha; pero admirémosla también. *Rara avis in terra!*

Hechas análogas declaraciones por *H*, y trascurrido el corto plazo—para los amantes casi siempre larguísimo—que la ley señala á favor de los padres, sin que la señora tan orgullosa como pobre prestara su consentimiento para el aborrecido matrimonio, éste se verificó.

¡Qué luna de miel! Todos creyeron á puño cerrado que *H* y su esposa habían conseguido toda la felicidad que es dado disfrutar en este valle de lágrimas; la señora tan orgullosa como pobre se mordía los labios de coraje

al oir de todo el mundo que su hija era completamente dichosa al lado de *H*, y hasta yo, que tengo mis puntas y ribetes de escéptico en materias amorosas, di en pensar si al fin y al cabo sería verdadera una teoría amatoria, un tanto *cursi*, que yo había profesado en mis tiempos de poeta de auras y pajaritos: la teoría de las almas gemelas.

Pero ¡estaba escrito que tanta dicha no había de ser durable! ¡Era aquello mucho amor y mucha poesía para este mundo de mezquindad y prosa! Un médico y una enfermedad aguda apostaron á cuál mataba más pronto á la mujer de *H* y, aunque no ha llegado á ponerse en claro quién ganó la apuesta, yo tengo para mí que fué el médico. Sea de ello lo que quiera, el caso es que *H* quedó viudo á los seis meses de su casamiento.

Pintar los extremos de dolor de mi pobre amigo, repetir las desconsoladas y aun impías frases que le arrancó la desesperación, tarea es que, por lo difícil, no tomo á mi cargo. Figúrese el lector las unas y píntese los otros como Dios le dé á entender.

Durante algunos días temí por la vida de *H*, ó, al menos, por su razón. Estaba tan sombrío, tan nervioso, tan inquieto, que, á pesar de que nunca había sido muy estrecha la amistad que nos unía, creí deber mío visitarle con mucha frecuencia, y no dejar de prodigarle los consuelos por la religión establecidos, ya que la señora tan orgullosa como pobre no había querido dar á torcer su brazo, ni aun teniendo conocimiento de la rápida enfermedad y de la muerte de su hija. Doloroso es decirlo, pero no por eso es menos cierto, que no faltan ejemplares de madres sin entrañas.

Uno de aquellos días, después de haberme hecho en acaloradas frases, por la centésima vez, el encarecimiento

de las virtudes que adornaban á su esposa, y por la millonésima la apología del cariño que le había profesado y el juramento de permanecer siempre fiel á su memoria y de no intentar en la vida reanudar tantos perdidos goces, mi amigo *H* me dijo, con los ojos arrasados en lágrimas y la voz entrecortada por los sollozos:

—Cuentan que la reina Artemisa mandó erigir para su esposo Mausolo una sepultura tan suntuosa, que desde entónces se llama *mausoleos* á esos monumentos funerarios en cuya construcción se derraman á manos llenas el oro de los príncipes y la inspiración de los artistas. Yo no soy rico y no podré dedicar á la memoria de mi idolatrada é inolvidable compañera un sepulcro de tal valor; pero estoy dispuesto á emplear en tan sagrado objeto las dos terceras partes de mi caudal, porque...

—¿Estás loco?—le interrumpí.—¿Crees tú que llevando á cabo ese pensamiento habrás dado una prueba de otra cosa que de ridícula vanidad? Para demostrar tu profundo dolor, más vale una de las lágrimas que miro correr por tus mejillas que todos los sarcófagos del mundo. ¿Crees cumplir tu deber emprendiendo tan costosa obra...? ¡Error! Faltarás á él si no atiendes á conservar tu modesta fortuna, con preferencia á empresas que á nada meritorio conducen. Erige un túmulo á tu esposa, en buen hora; pero erígeselo en tu corazón; que para satisfacer al mundo debe bastarte con dedicarle una lápida con un nombre y una fecha.

—Tienes razón: el dolor turba la mía y no sé lo que me digo,—murmuró *H* con desaliento.

Y continuó, exaltándose gradualmente:

—¡Era tan buena mi pobrecita mujer! ¡Me quería tanto...! ¡Nunca la lloraré bastante! Y ¡pensar que existen hombres que se olvidan de sus deberes y de su conciencia,

hasta el extremo de contraer segundas nupcias...! ¡Infames, y aún más infame la ley que autoriza esas nefandas uniones! Admiro yo esas tribus en que es de rigor que la viuda se arroje á las llamas! ¡Y llaman bárbaras y salvajes á tales gentes! Los salvajes y los bárbaros son los que no llevan la fe prometida hasta más allá de la tumba; los que, cediendo á las viles sugestiones de la concupiscencia, rompen traidoramente el sagrado lazo...

—¡Vamos, cálmate!—volví á interrumpir á mi pobre amigo, compadeciéndole con alma y vida por el lastimoso estado á que su amor le había traído.

Y después de unos momentos de silencio, que pudieran haberse contado por los suspiros que *H* exhalaba, me dijo más tranquilo:

—Desisto de mi primera idea: así como así, aunque invirtiera todo mi caudal en erigir un monumento á mi adorada esposa, no llamaría la atención sino sobre mi pobreza. Mandaré, pues, labrar una modesta losa... y ¡á propósito...!

Este *á propósito* me hizo estremecer. Con la rapidez del rayo adiviné á qué podía referirse.

—A propósito,—repitió *H*.—Tú eres poeta y es preciso que hagas un epitafio para mi pobrecita esposa.

—¿Yo...? Pero...—balbuceé, buscando una evasiva por todos los rincones de mi magín.

—¡Nada, no hay pero que valga!—repuso *H* resueltamente.—Lo has de hacer, é interpretando en él todo mi inmenso cariño y todo mi infinito pesar. ¡Vamos, que parezca que lo he hecho yo!

Esta última frase me hizo concebir una leve esperanza de eludir la red que *H* me tendía.

—Hombre,—le dije con acento persuasivo,—¿por qué no lo haces tú? ¿Quién mejor?

—¡Quita allá!—repuso tapándome la boca.—¡Pues no faltaba más sino que estando tú aquí...! ¡Lo dicho! Escribirás el epitafio, ¡y pronto! porque quiero que enseguida el lapidario ponga manos á la obra.

—¡Yo estoy ahora tan ocupado...!—articulé, ya sin asomo de esperanza.

—¡Te desocupas!—me contestó *H* encogiéndose de hombros, como aquel á quien nada importa lo que se le dice.

—¡Hombre, por Dios, mira que yo no sirvo...!

—¡Sí; hazte ahora el chiquito! ¡Si sabré yo...!

No hubo remedio. Tuve que prometer que el epitafio se haría; cogí el sombrero y, sin compadecer ya otra desgracia que la que me había caído encima, me fuí á la calle, renegando de la hora en que hice el primer verso, y repitiendo para mi capote:

—¡Me clavó! ¡Me clavó!

II

Aquí donde ustedes me ven, ó, mejor dicho, aquí donde ustedes no me ven, queridos lectores, y lo mismo en todas partes que aquí, yo soy—para que lo sepan ustedes—la más acabada personificación de la pereza; la expresión más genuína del sedentarismo. Dejo pasar mis días y mis noches en el reposo más tranquilo; doy una extensión lata y acomodaticia á la refranesca copla que dice:

«No por mucho madrugar
amanece más temprano,»

y á veces exclamo como no sé quién de la nación vecina, ni á qué objeto:

«*Heureux les morts, eternels paresseux.*»

Podría excusar, pues, el decir que habían transcurrido dos meses desde el anterior diálogo y el epitafio no se había escrito, á pesar de las repetidas visitas de *H*—y de las frecuentes cartas que con objeto de estimularme me dirigía.

—Lo haré mañana,—le contestaba siempre, imitando á aquel individuo de quien se cuenta que, habiéndole impuesto su confesor la penitencia del ayuno y dado (porque era el tal penitente olvidadizo) una cedulita en que había escrito: «Mañana ayunará Galvez,» pasó toda su vida leyendo y releyendo cotidianamente el papelito y diciendo muy formal para sus adentros:

—¡Tengo que ayunar mañana!

A veces, cansado de no hacer nada y recordando el entrañable amor que *H* profesaba á su difunta, sentía hormigueos en la conciencia, maldecía mi falta de actividad, y desasiéndome por algunos instantes de mi habitual pereza, cogía la pluma y me preparaba á escribir el malhadado epitafio; pero—en honor de la verdad sea dicho—nunca se dió el caso de que llegara á escribir siquiera el primer verso.

—¡Lo haré mañana sin falta!—decía al fin, soltando la pluma.

Y así pasaron tres ó cuatro meses, y *H* dejó de visitarme y de enviarme cartitas recordatorias, seguramente cansado, y más que cansado, de esperar hasta un mañana, que, á juzgar por las muestras no había de llegar nunca.

Una tarde iba yo muy de prisa (iba á cobrar unos cuartos) por una de las calles más concurridas de la ciudad, cuando héte aquí que al volver una esquina, ¡zás! tropecé de manos á boca con mi amigo *H*, que caminaba en sentido opuesto. ¡No hubo escapatoria posible!

—Adiós, chico; ¿cómo te va?—le pregunté.

—Bien; ¿y á ti?

—¡Psch! No más que regular.

—¿Dónde andas? No hay quien te vea.

—Salgo poco; estoy muy atareado.

—¡Bah! Acaso con tus aficiones literarias.

—¡Hombre, á propósito de aficiones literarias...! ¿Qué estarás pensando de mí? Me confieso culpable y te prometo la enmienda. El epitafio...

—Bien... ¡Si yo no te pido explicaciones!

—¡Pero yo te las doy sin que me las pidas! El epitafio...

—¡Dale! Ya lo harás cuando puedas.

—Te prometo que de mañana no pasa...

—¡Bueno, hombre, bueno! ¡No es puñalada de pícaro! Y adiós, chico, que tengo mucho que hacer.

Y dándome un apretón de mano, se escabulló como deudor á quien persiguen sus *ingleses*.

Yo quería hallar algo de ironía en aquel *no es puñalada de pícaro:* pero ¡cá! me lo había dicho con toda la naturalidad del mundo.

—¡No tiene prisa! ¡Tanto mejor!—iba yo pensando, mientras continuaba mi interrumpida caminata.—Pero ¿será posible que *H* haya olvidado á su mujer hasta el extremo de decirme que no es puñalada de pícaro hacer el epitafio para su sepulcro? No; no es posible. Un hombre que tanto amaba á su esposa; que quería imitar á Artemisa; que elogiaba á los salvajes porque se arrojan al fuego cuando enviudan... No; es que ha querido engañarme; que está resentido conmigo por mi maldita pereza... cualquier cosa, menos indiferencia hacia la muerta. Me enmendaré; recordaré con todos sus detalles aquella sensible desgracia; me inspiraré en ella, y escribiré un

epitafio tan sentido cual si yo me hubiera casado, y mi mujer, tan buena y cariñosa como la de *H*, hubiera pasado á mejor vida. Sí, sí, escribiré el epitafio. Tengo el deber de hacerlo: lo prometí, y lo escribiré... ¡mañana mismo!

III

Pasaron seis meses más.

Durante ellos, tuve anginas; hice algunos viajes de esos que, quizás por antífrasis, se llaman *de recreo*; jugué á ese juego, no prohibido, conocido por el nombre de lotería nacional; estuve á punto de dejarme casar—esta vez sinónimo de *cazar*—por *cierta licurga*, madre de *incierta* doncellita trasnochada; consentí que me sacaran dos muelas, echando en olvido aquel soneto de Quevedo que termina:

«Pues quitar el dolor quitando el diente,
es quitar el dolor de la cabeza
quitando la cabeza que lo siente;»

presté veinte duros á un amigo y, gracias á ellos, me convertí en *primo* suyo; fundé un periódico literario que llegó á tener tantos suscritores como redactores, ¡y éramos cinco!; compré papel de la Deuda, que más me hubiera valido comprarlo de estraza; tomé dinero al módico interés de un sesenta por ciento, si bien es verdad que el interés era *compuesto*, siendo yo solo el *simple*, é hice otras mil majaderías por el estilo; pero no el epitafio de marras.

—¡Mañana lo haré!—seguía pensando diariamente.

Hasta que llegó *mañana*, y se escribió el epitafio: que sabido es que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, por más que acerca del último extremo

del adagio hay mucho que hablar antes de resolverse á darlo por verdadero.

Comparo yo la construcción de ciertas obras literarias con la de las obras de arquitectura. ¿Se trata de edificar una casa? Mal podrá fundarse un piso sobre otro, hasta dejar terminada la azotea ó la bohardilla, si antes no se levanta una andamiada, subidos en la cual puedan los albañiles ir colocando piedra sobre piedra. ¿Es usted escritor, está alegre y regocijado porque se ha muerto su suegra, porque ha conseguido un destino de seis mil reales con descuento, ó por otra cosa análoga, y tiene, sin embargo, necesidad de escribir una elegía que rebose suspiros y lamentaciones por todos sus versos? Pues no hallará á mano otro recurso que el de ponerse en condiciones de sentir lo que ha de ser escrito, y entristecerse y afligirse, bien pensando en los hijos de la pérfida Albion—vulgo *ingleses*,—bien imaginando que la suegra de usted ha resucitado, ó bien haciéndose cuenta de que es usted mujer, soltera y fea, y pobre por añadidura, y ha llegado á los

«Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños,»

sin hallar un cristiano que tenga el mal gusto de decirle: «Buenos ojos tienes.» En una palabra, tiene usted precisión de construir un aparato imaginario, que podríamos llamar *andamio moral*, si ha de fabricar con algún acierto su edificio literario, terminado el cual, puede usted echar por tierra el andamio y volver á pensar con la delicia de las delicias en la muerte de mamá-suegra ó en la consecución de su pingüe destino.

A esta inspiración artificial recurrí yo, al año justo de haber muerto la joven esposa de *H*, para escribir el malhadado epitafio.

Comenzaba la noche. La indecisa luz del crepúsculo y

la de mi pequeño quinqué se mezclaban y confundían, bañando mi habitación en una extraña claridad. Puestos los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, cerré los ojos; solté, mediante un esfuerzo de mi volundad, las endebles ligaduras con que amarrada estaba *la loca de mi casa* á los barrotes de la razón y empecé á construir el andamio moral.

Fantásticos panoramas, cánticos inauditos, ruidos de alas, chasquidos de besos lejanos, procesiones de recuerdos vestidos con sendas túnicas del color de la aurora; ayes de desesperación, lucecillas pequeñísimas, de mil formas y colores, mares de lágrimas, sin fondo y sin orillas, mónstruos, nunca vistos ni calificados por ningún naturalista, que abrían y cerraban acompasada y descomunalmente sus disformes y deformes bocazas; cohortes de ángeles que, esbeltos y resplandecientes, tendían las sonrosadas alas por la diáfana bóveda del firmamento; todo esto y un millón de cosas más comencé á oir y ver con los oídos y los ojos de la fantasía.

Después, todo desapareció; de aquel revuelto y confusísimo caos sólo quedó ante mí una niebla obscura é impenetrable, que, desvaneciéndose poco á poco, me permitió contemplar un fúnebre cortejo que acompañaba á la última morada al cadáver de una preciosa joven, cuyos rasgados ojos, que los entreabiertos párpados dejaban admirar, parecían dos soles apagados. El doblar de las campanas contestaba tristemente y desde lejos á los fúnebres cantos de los clérigos que precedían al ataud.

Imaginé que yo conocía á aquella niña; que la había amado con locura; que ella me había querido con delirio; que yo la había conducido al altar, á despecho de mil contrariedades; que ninguna dicha humana había podido igualar á la que habíamos disfrutado, ella llamándome

suyo, y yo llamándola mía, y que ella ¡ingrata! me había dejado en el mundo, sin otra compañía que mis recuerdos y mi desesperación, y, tendiendo sus alas de ángel, había volado al cielo, que era su patria.

Hecha esta fantástica lucubración, levantado ya el andamio moral, abrí los ojos, di rienda suelta á los sollozos que me ahogaban, y con el corazón desgarrado realmente por un gran pesar ficticio, cogí la pluma y con mano nerviosa escribí, mezclando con la tinta las abundantes lágrimas que resbalaban por mi rostro:

«Tú, dulce esposa, que mi pena miras,
Dile al Señor mi férvido deseo
De respirar las auras que respiras...
¡Qué dichosa eres tú, que á Dios admiras!
Y ¡qué infeliz soy yo, pues no te veo!

—*¡Eureka!*—exclamé cuando hube escrito el último verso; y enjugándome los ojos y volviendo á mi primitivo buen humor, salí á la calle, dispuesto á buscar á mi amigo *H* tan luego como tomara un par de copas del añejo, para desinfectarme interiormente del olorcillo á viudo que pudiera haberme quedado.

H no estaba en su casa: había ido al teatro, y allá me fuí.

Representaban aquella noche *El nudo gordiano*; ese drama que siempre me hace pensar con Bentham que *prohibición de salir*, *es prohibición de entrar;* esa notable obra, á la cual, indudablemente, van á deber algunas solteras el quedarse para vestir santos. Había comenzado el acto segundo; yo me sé la obra de memoria, y á verla *ejecutar* por malos cómicos preferí observar los involuntarios gestos que aquellos pensamientos llenos de verdad y de poesía arrancaban á algunos espectadores.

¡Cuántas perversas infidelidades, cuántas negras ingratitudes, cuántas horribles historias sorprendí en el terror, en la vergüenza, en el anonadamiento con que muchas, muchas damas oían, sin querer escucharlos, los magníficos versos de Sellés! En cambio, sus maridos escuchaban hechos unos bobos, y se sonreían como unos angelitos, admirando las bellezas de la obra, pero sin dirigir á sus hermosas mitades ni siquiera una mirada de desconfianza.

¡Oh candor! ¡Oh bienaventurada ignorancia, nunca bastantes veces alabada y bendecida!

Terminó el acto: busqué con la vista á *H*, y al fin le vi, tranquilamente sentado en una butaca. Llegué hasta él y dándole una palmada en el hombro le dije rebosando satisfacción:

—Te andaba buscando.

—¡Hola! ¿Eres tú?—me contestó fríamente, poniéndose de pie.

—Yo, que vengo á cumplirte mi promesa. Aquí tienes el epi...

—¡Calla!—me interrumpió vivamente mi amigo, apretándome con fuerza la mano, que aún conservaba entre las suyas.

Y alejándose conmigo cuatro ó seis pasos de su asiento, prosiguió, acompañando sus palabras con un ademán misterioso:

—¡Que no se entere ésta!

—*¿Ésta...?* ¿Quien es *ésta?*

—Mi mujer, hombre, mi mujer. Me he vuelto á casar.

—¡Ah! No sabía...

Entónces reparé en una señora, muy hermosa por cierto, que ocupaba la butaca inmediata á la de *H*, y que me miraba con esa descocada curiosidad que es patrimonio exclusivo del bello sexo.

—*Eso* no hace ya falta,—me dijo *H*, haciendo un esfuerzo por sonreirse.

—¿*Eso...?* ¿Qué es *eso?*—volví á interrogarle, no queriendo dar crédito á lo que oía.

—¡Pareces tonto!—exclamó *H* con impaciencia.—¿Qué ha de ser *eso?* ¡El epitafio!

—¡Ya...! ¿En vista de mi tardanza, has recurrido á otro amigo...?

—No; sino que he pensado que á los muertos nada les hace falta,—contestó *H*, con visibles muestras de mal humor.—Ya se le dijeron sus misas...

—¡Bien pensado!—exclamé yo, haciendo á mi vez un esfuerzo para sonreírme.

En esto la nueva esposa de *H*, con toda la empalagosa dulzura de las señoras que están en la luna de miel, y pensando quizás que entre su marido y yo mediaba alguna explicación desagradable, dijo con tonillo de niño mimado y voluntarioso:

—*H*, vén, con permiso de ese caballero.

—¿Quieres que te presente á *ésta?*—me preguntó entonces mi amigo, con acento en que se traslucía el temor de una contestación afirmativa.

—Otra vez será,—le contesté secamente.—Adiós.

Y pensando en *aquélla*, salí del coliseo como alma que lleva el diablo, repitiendo unos versos del malogrado Bécquer:

—«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»

Julio, 1879.



EL LIBRO AZUL



EL LIBRO AZUL

La vie est un combat dont
la palme est aux cieux.
(DELAVIGNE.)

I

Yo le conocí á la caída de las hojas.

Todas las tardes le encontraba en la misma solitaria alameda, que era mi paseo predilecto. Siempre le vi solo y vestido de riguroso luto.

Era de mediana estatura, delgado, muy pálido; sus ojos negros y grandes, algo hundidos, miraban con la fijeza de la distracción, y á pesar de que no tendría más de veinticinco años, comenzaban á encanecer sus cabellos y dos arrugas surcaban su espaciosa frente.

Importuno testigo debía yo parecerle, pues pude notar algunas tardes que, al verme pasar cerca de él, fruncía levemente los labios, como en señal de disgusto por mi presencia.

Yo adivinaba algo muy extraño en la mirada, en la soledad, en la perpetua distracción de aquel hombre, y lo que al principio fué mera curiosidad, llegó á convertirse poco á poco en verdadero interés por conocer á fondo á aquel sér extravagante, que debía de ser un loco, un filósofo, ó, cuando menos, un enamorado.

El desconocido sufría indudablemente; yo sufría tam-

bien, y, como él, buscaba la soledad para abismarme á mi sabor en mis meditaciones. ¿Quién sabe si el desconocido no experimentaba penas análogas á las que laceraban mi alma? ¿Quién sabe si las hojas secas que pululaban á nuestros pies, y las desapacibles brisas que azotaban nuestros rostros, y los pardos nubarrones que se cernían sobre nuestras cabezas no despertaban y alimentaban en nuestras mentes y en nuestros corazones análogos recuerdos de tristeza y parecidos sentimientos de melancolía?

El misterio, esa espuela de la curiosidad, ejerce un poderosísimo ascendiente sobre nuestro espíritu; y cuando, después de ver pasear largo rato al enlutado, le miraba sentarse y escribir por espacio de algunos minutos en un pequeño libro con pasta azul, que guardaba luego, yo no sé qué sacrificio no hubiera sido capaz de hacer con tal de leer aquellas notas. Ellas debían de expresar la causa del ensimismamiento del joven; de contener el fruto de sus profundas meditaciones; de encerrar la fotografía —permítaseme la expresión—de aquella alma misteriosa.

Yo buscaba en vano, hacía algunas tardes, un medio para satisfacer mi curiosidad; para entablar conversación con aquel desconocido, cuyo libro azul creía ver hasta en mis sueños. Dos veces le había saludado con este propósito; pero ambas, por distracción ó por conveniencia, dejó de contestar á mi saludo. ¡Estaba visto! Érame preciso renunciar á ingerirme en la confianza de aquel hombre.

Una casualidad, que no vacilé en llamar dichosa, pareció favorecer mi tenaz deseo.

Una tarde, él enlutado abandonó su asiento, dejando olvidado sobre él su libro de memorias.

Me apresuré á asirme al pelo de esta ocasión, y ¿á qué

negarlo? en aquel instante cruzó por mi mente la malévola idea de posesionarme de aquella prenda, causa de mis desvelos; mas, en honor de la verdad sea dicho, rechacé enseguida, como hombre honrado, aquel pensamiento diabólico, y, sin acercarme siquiera al sitio en que el libro estaba, grité al desconocido, que se retiraba lentamente:

—¡Caballero, que olvida usted su libro!

—¡Mil gracias!—me contestó con la cortesía y la frialdad más grandes del mundo.

Y guardándolo en un bolsillo interior de su levita, añadió con una ceremoniosa reverencia:

—Beso á usted la mano.

Y me volvió la espalda, dejando burlada mi curiosidad.

II

El misterioso joven no volvió á pasear por la solitaría alameda.

Era seguro que había traslucido mi empeño de hacer conocimiento con él y que esto no convenía á sus miras.

Me puso de mal humor esta contrariedad; pero poco después contrariedades mayores vinieron á hacer de mi vida un mar turbulento, y al cabo llegué á olvidarme enteramente del enlutado dueño del libro de memorias, quien acaso no era, después de todo, sino uno de esos seres á quienes alude en su último verso la copla popular que dice:

«Un loquito del hospicio
me dijo en cierta ocasión:
—Ni son todos los que están,
ni están todos los que son.»

Y como nada hay estable en el mundo,—ni aun la desgracia, que es quizás lo más estable que en él existe,—pasó el otoño con sus aplomadas nubes y sus hojas secas, pasó también con sus lluvias y sus fríos el invierno, y llegó la primavera, con sus brisas, sus aves, sus flores y todas las innumerables galas que componen el delicioso cortejo de la encantadora reina de la alegría.

¡La primavera: esa florida estación en que por todas partes se respiran aromas, y se escuchan himnos de amor, y se espacia la mirada en mares de luz y de colores! ¡La primavera: ese tiempo dulcísimo en que palpita más apresurado el corazón; esos encantados días en que la mente no concibe la existencia del odio, en que todo lo creado alienta y vive para amar, y en que la juventud se exalta y la vejez se rejuvenece!

Dos dichosas golondrinas que en un corredor inmediato á mi dormitorio fabricaban el nido que había de ser su tálamo y cuna de sus hijuelos, me despertaban al amanecer con la melodiosa jerga de su canto. Vestíame y salía á dar un paseo por el campo; á admirar la magnífica Obra del Supremo Artífice; á inspirarme en la contemplación de ese gran modelo de los artistas, de ese inmenso poema que

«*A pour versets les bois et pour strophes les monts,*»

como ha dicho el inimitable Víctor Hugo.

Después de mi paseo, que se prolongaba indefinidamente, volvía á mi casa, en donde leía ó escribía hasta la hora del almuerzo.

Una de aquellas mañanas, preparábame á leer un rato, cuando escuché que preguntaban por mí.

—Adelante,—grité, y un caballero desconocido penetró en mi estudio.

Hícele tomar asiento, después de un breve saludo, y me expuso el motivo de su visita en estos términos:

—He venido desde muy lejos, con el exclusivo objeto de cumplir la última voluntad de un hermano querido, entregando á usted este recuerdo suyo.

Y diciendo esto, puso sobre mi mesa una pequeña caja, de la cual, con indescriptible asombro mío, sacó un libro: ¡el mismo libro azul en que seis meses antes escribía el enlutado misterioso!

Y sin aguardar á que me repusiera de mi sorpresa, añadió:

—Inútil sería interrogarme, caballero. Yo mismo ignoro lo que este libro contiene. Además, mi desgraciado hermano me recomendó que no diese á usted explicación alguna y debo obedecerle. Así, pues, cumplida la misión que me ha traído á esta ciudad y á esta casa, me retiro.

Y dándome una tarjeta, se marchó.

Imagine el lector cuál sería mi sorpresa al verme dueño legítimo, de una manera tan extraña é inopinada, de aquel libro de memorias cuyo ignorado contenido tanto me había preocupado. Al fin iba á saber los secretos de aquel hombre especial con quien, tan obstinada como infructuosamente, había yo querido trabar conocimiento.

En un instante renació en mi espíritu el interés, la poderosa simpatía que aquel sér extravagante me había inspirado; pero renació mucho más viva, por la originalísima manera de venir el libro á mi poder.

¿Cómo el enlutado paseante había sabido mi nombre? ¿Por qué me legaba su libro de memorias? ¿Qué lazos podían ligarle á mí? Y si le ligaban los de la simpatía, ¿por qué en sus paseos vespertinos hacía, al verme, un gesto de desagrado, y por qué cometió la desatención de no contestar á mis saludos...?

Me abismaba en un mar de confusiones y miraba con cierto terror supersticioso aquel encantado libro, en que,

con seguridad, se encerraba la clave de todo el misterio.

Largo rato permanecí sin resolverme á abrirlo: mi fantasía me lo hacía parecer otra caja tan funesta como la que Júpiter regaló á Pandora, y temía yo ser el Epimeteo de la fábula helénica; pero al fin mi curiosidad se sobrepuso á mi temor; rompí con mano trémula tres grandes sellos de lacre negro que unían y cerraban por los cantos las hojas del libro, y una vez abierto éste, devoré, que no leí, el contenido de sus páginas.

Hélo aquí transcrito íntegramente.

III

10 de marzo, 187...

Deja que una vez más, hermosa mía,
te diga cuánto el alma enamorada
en tu amor se deleita y se extasía.
Estoy lejos de ti: desapiadada
quiere la suerte, para darme enojos,
que no pueda mirarme en tu mirada,
y, del destino adverso por antojos,
no pudiendo, mi bien, vivir sin verte,
cuando te quiero ver cierro los ojos.
Mas estoy resignado con mi suerte:
porque es tal nuestro amor, tan firme y puro,
que extinguir no podrá sino la muerte,
y estoy de tu constancia tan seguro
como estoy de la mía: que es tu pecho,
por su firmeza, diamantino muro.
Alguna vez, en lágrimas deshecho,
maldigo la cruedad de mi fortuna,
que de ti me separa á mi despecho.
Mas la pena que entonces me importuna

cede su puesto á la ventura grata,
tus cartas al leer una por una.
¡Cómo en ellas, mi rubia, se retrata
tu amante corazón! ¡Cómo la historia
contienen de este nudo que nos ata!
Ellas mi dicha son, mi única gloria;
¿preguntas si las leo...? Tanto y tanto,
que ya sé repetirlas de memoria.
Ellas alivio son de mi quebranto;
ellas me dan contra la pena abrigo:
¿pudiera no leerlas, cielo santo?
Transportarme á tu lado así consigo
y, al repetir sus frases bienhechoras,
me parece, mi bien, que hablo contigo.
Y me traslado á las felices horas
en que inmóvil, de pie junto á tu reja,
miraba tus pupilas seductoras;
y pienso oir tu candorosa queja,
tan dulcemente triste, en que la palma
de tu amor bendecido se refleja;
y después imagino que, sin calma,
con suspiros ardientes te contesto,
que son brisas del mayo de mi alma,
y que luego mi amor te manifiesto
con deliquio besándote en la boca....
sólo de pensamiento, por supuesto.
¡Oh inexplicable amor! ¡Cuántas evoca
imágenes risueñas de ventura,
con exaltado afán, mi mente loca!
Y ¿dudarás aún de la ternura
que el ánima al bañarse experimenta
en la luz de tu amor plácida y pura?
¿No sabes tú que si mi pecho alienta,

lo debe sólo á ti, cuyo cariño,
cual por ensalmo, mi pesar ahuyenta?
¡Ah, no puedes dudarlo! Desde niño
te confesé mi amor en tiernos versos
hechos con candoroso desaliño.
No eran sonoros, es verdad, ni tersos;
pero expresaban mi pasión naciente
de mil ingenuos modos y diversos.
¿Te acuerdas...? Tú aguardabas sonriente,
y, trémulo al llegar á tu ventana,
entornabas sus puertas de repente.
Luego, la faz con el color de grana
asomabas al fin, y me decías:
—«Hoy hablar no podemos: vén mañana.»
¡Huyeron para siempre aquellos días
y sombríos vinieron, entretanto,
éstos de interminables agonías!
Con aquella ventura este quebranto
compara, y, como yo, dulce bien mío,
contener no podrás el triste llanto.
En hora bien fatal el hado impío
sobre ambos descargó con mano fuerte
el acero de ausencia aleve y frío.
En vano... Mas no debo entristecerte:
¿por qué anublar tus ojos la tristeza,
si sabes que te adoro hasta la muerte?
Espera resignada y con firmeza:
juntos los dos muy pronto lloraremos,
ya que llorar de gozo no es flaqueza.
Y ¡con cuánta emoción recordaremos
de esta ausencia terrible los enojos!
¡Cómo entónces, bien mío, charlaremos!
¡Cómo, al mirarme en tus azules ojos,

me extasiaré de modo que no advierta
las dulces frases de tus labios rojos!
¡Cómo el amante corazón la puerta
tendrá á todo pesar siempre cerrada
y á la ventura y al placer abierta!
Mientras tanto, mi rubia idolatrada,
sueña conmigo; que también yo sueño
con tu amor, y tu acento, y tu mirada.
Piensa en que es vano el inclemente empeño
con que este lazo deshacer pretenden
que anudó el Hacedor, supremo dueño.
Almas como las nuestras no se venden;
nada es para comprarlas un tesoro,
y más y más en santo amor se encienden.
Adios, mi amada de cabellos de oro;
con mi amorosa epístola te envío
entera el alma con que fiel te adoro.
Espero en impaciente desvarío
de tu fe la expresión, libre de agravios,
y, pues beso tus cartas, ángel mío,
bésalas, y creeré besar tus labios.

---

12 de marzo.

Estoy lejos de ti; estoy condenado á no escuchar la dulce melodía de tu acento, y, sin embargo, mi alma sigue inundándose en la purísima luz de tu mirada.

¿Cómo se explica este extraordinario fenómeno?

Por un fenómeno de la naturaleza. Tampoco veo el sol durante la noche, y, no obstante, su luz, reflejando en la luna, llega á mis ojos.

¡Sublimes misterios que sólo puede realizar Aquél que con un maravilloso *fiat* creó y lanzó al espacio millones de mundos!

Como veo en la luna la luz solar, así en todas partes te ve mi amor, por obra de una óptica prodigiosa.

---

16 de marzo.

¡Todo te me recuerda! Miro un rayo de sol y exclamo: «¡Tan rubios son sus cabellos!» Las flores me hacen pensar: «¡Así sonríe ella!» Alzo la vista al cielo y me digo: «¡De ese color son sus ojos!» Las auras me recuerdan tus suspiros; las aves, tu voz; el rocío, tu llanto. ¿Cómo podré olvidarte, si estás en todo?

No, la ausencia no es la fuente del olvido, como dicen los que no saben amar. Más bien la ha definido el pueblo, ese gigante poeta anónimo, en uno de sus cantares, diciendo que

«La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y aviva el grande.»

---

25 de marzo.

El trino de una avecilla, un capullo que se abre, el aura que le acaricia; una gota de rocío que resbala entre las hojas hasta perderse, son un canto, un beso, un suspiro y una lágrima de amor.

¡Dios y Amor llenan el universo!

Dulce primavera, tú eres el amor de la naturaleza; prendas de tu amor son las canoras aves, las perfumadas flores, las brisas bulliciosas, el tibio sol de mayo, las líquidas perlas del rocío y las pudorosas alboradas risueñas.

El amor es la primavera del alma: como tú, tiene sus auroras, las sonrisas; sus aves, las ilusiones; sus brisas, los suspiros; su sol purísimo, las miradas; su rocío, las lágrimas; y sus flores, los besos.

¡Con cuánto afan te esperaba la primavera de mi alma!

¡Oh, encantadora estación, bien venida seas!

¡Tú eres un magnífico beso que envía á su Hacedor la Creación enamorada!

---

29 de marzo.

¡Era entonces feliz! Loco de dicha,
de tu amor las protestas escuchaba,
y, por mirar tus ojos, á los míos
se asomaba mi alma.
Pasaron cual relámpago mis glorias,
y hoy que el destino aciago nos separa,
tu retrato contemplo... ¡En tu retrato,
no me miras, no hablas!
Mas no viene un mal solo, y ya medito
que aun ese alivio no tendré mañana...
¡Ay, pronto borrarán tu imagen bella
mis besos y mis lágrimas!

---

2 de abril.

¡Albricias! ¡He recibido su carta!

¡Al fin ha podido escribirme!

Dice que está muy contenta; mas parece que sus lágrimas han querido impedir que yo dé crédito á tan dulce mentira y han tratado de borrar algunas de sus frases.

«Soy muy feliz,» me dice, ¡y una lágrima ha caído sobre la última palabra!

¡Bah! ¡Soy un niño! ¡Parece que no sé que se llora de felicidad! ¿Qué otra cosa hago yo al leer sus cartas, en que se reflejan, como el sol en el espejo de los mares, los dulcísimos sentimientos de su alma?

Acaso, ¿puedo asegurar que esos borrones son producidos por su llanto y no por mis lágrimas?

¡Ah! ¡Yo quiero creer que ella es feliz! Mi amor necesita creerlo, y lo cree efectivamente, porque ella no es capaz de engañarme. ¿Cómo engañar á quien se ama? Por ventura, ¿existe algo más opuesto al amor que la mentira?

¡Albricias, otra vez; albricias, corazón mío, porque he recibido su alma dentro de un sobre!

---

3 de abril.

He estado contestando á su carta hasta las cinco de la mañana. He escrito mucho y, sin embargo, mi carta es muy breve, porque he roto casi todo lo que he escrito.

Si estuviera cerca de ella, en mis ojos le daría á leer todo el amor que se alberga en mi alma, como yo leería en los suyos el inmenso poema de su ternura; pero sin vernos... ¿Qué puede decirse en una carta?

Ciertos sentimientos son plantas que pierden en lozanía y en hermosura si se trata de aclimatarlos lejos de donde nacieron. Así sucede al amor: vive bien en el alma, que es su elemento; vive bien en los ojos, que son las ventanas á que el alma se asoma; pero vive mal en la lengua y peor aún en la pluma.

¡Qué mezquino concepto tendría ella de mi amor, si en vez de medirlo por el suyo, lo midiera por mis ineficaces expresiones!

---

8 de abril.

He escuchado esta mañana el canto de una avecilla, y desde entonces no puedo recordarte sin recordarla,

Y es que su canto y tus suspiros son dos cosas iguales, si no una cosa misma; son dos gemidos de una sola

brisa, dos notas de un solo himno: del grandioso himno de amor que conmueve la creación entera.

---

15 de abril.

¡Qué tristes son los interminables días que paso lejos de ti!

Mi amor no puede alimentarse con la felicidad del *hoy*, y se alimenta con los recuerdos del *ayer* y con las esperanzas del *mañana*.

¡Recuerdos y esperanzas!

¡Dichas que se fueron y dichas que no han venido!

Nada real queda de ias de ayer: sólo el recuerdo.

Nada real hay todavía de las de mañana: sólo la esperanza.

¿Esto es nada? Pues bien: ¡esto es todo!

Con esta pseudo-nada vive el que vive alimentándose de esperanzas y de recuerdos.

Así vive mi amor: recordando y esperando.

---

19 de abril.

Es tan singular la tristeza en que vivo lejos de ti, que la tengo por más dulce que una alegría; y sentiría tanto perderla, que sin ella estaría mi alma aún más triste de lo que está con ella.

Alegre estoy enmedio de mi tristeza, y enmedio de mi alegría estaría triste.

¿Son compatibles los términos antitéticos del sentimiento...?

---

21 de abril.

No vivo en mí, porque en tí vivo; pero como en mí vives, vivo en mí.

---

25 de abril.

¡Resignación y esperanza!

Al triste y aterido invierno sucede la alegre primavera; donde había nieve, hay pintadas flores; donde esqueletos de ramas, verdes hojas; donde plomizas nubes, éter trasparente. *Post nubila, Fhœbus!*

¿Ha de ser eterna nuestra separación?

¡No; llegará *mañana!* Dios es amor y Él bendice el amor de nuestras almas.

Él enjugará nuestro llanto y trocará cada lágrima en una mirada de ternura; cada suspiro en una sonrisa de felicidad.

Esperanza, ¡bendita seas!

---

28 de abril.

¿Qué se oculta á los ojos del alma?

Ellos te ven, y la ilusión es tan completa, que hasta pienso verte con los ojos materiales.

Grabada está tu imagen en el interior de mis párpados: cuando tengo abiertos los ojos, veo los objetos que me rodean; pero bajo los párpados, y tu imagen desciende al nivel de mi pupila. Cuando quiero verte, cierro los ojos.

¡Oh, maravillosa óptica! ¿Qué no ven unos ojos cerrados por el amor?

---

30 de abril.

No estoy lejos de ti; estoy contigo.

¿Cómo separar lo inseparable? Nuestros cuerpos son dos, pero nuestras almas son una sola.

Un soplo del Omnipotente las ha aproximado y las ha fundido.

Cuando me hablo á mí mismo, te estoy hablando; cuando te hablo, me estoy hablando á mí mismo.

---

3 de mayo.

¿Qué es el amor?

El amor es la escala que une los cielos y la tierra.

Por ella baja Dios hasta las almas; por ella suben las almas hasta Dios. ¡Felices los que aman!

Y ¿qué es la noche?

La noche es la ausencia del sol, y el sol del alma es el amor.

¡Qué sombría debe de ser la noche del alma!

---

8 de mayo.

Y ¿he de amarte no más tiempo que el que dure esta vida caduca?

Y ¿en plazo tan breve podría saciar la sed de amar que siento?

¡Oh, no! Dichas de eternidades, mundos de luz indeficiente hay más allá del sepulcro!

¡Muriendo naceremos para no morir!

Los que no creéis en la existencia de otra vida, ¡amad! y os será esta creencia tan necesaria como el aire que respiráis.

---

12 de mayo.

¡Cómo acaricia el alma ese recuerdo!
¡Eran tan melancólicas, tan dulces,
tan llenas de pasión vuestras miradas,
grandes ojos azules!
Velaba á veces la argentada luna,
envidiando mi dicha, alguna nube,

y yo lloraba porque no os veía,
bellos ojos azules.
Mas luego avergonzada disipábase
en el viento impregnado de perfumes,
y ¡con cuánto embeleso os contemplaba,
claros ojos azules!
Mudo, extático, absorto, por miraros,
mi sér entero en mis pupilas tuve,
porque... porque ¡Dios mío! sois tan bellos,
dulces ojos azules!
Hoy, ¡que horrible ceguera! no distingo
el divino esplendor de vuestras luces...
¡Qué triste está mi alma sin la antorcha
de mis ojos azules!

---

14 de mayo.

Adorada mía: esta vez tu pluma ha sido un puñal que ha traspasado mi corazón.

¿Conque eso quieren? ¿No les bastaba para martirizarnos esta odiosa ausencia, y pretenden alejarnos más aún, hacer imposible para siempre nuestra felicidad, unirte á un hombre á quien debes de aborrecer, labrar, en una palabra, la desventura de toda nuestra vida, acaso nuestra eterna condenación?

¡Insensatos! La ambición los ciega, y sus corazones de arcilla no laten á otro impulso que al de la codicia. Amor, virtud, abnegación, son para ellos palabras sin sentido. ¡El negocio! ¡La utilidad! Hé ahí el blanco de todas sus aspiraciones. Viles mercaderes, nada les importa desgarrar dos almas, si reciben por precio de su crimen un puñado de oro. ¡Compadezcámosles, y que Dios les perdone!

Han llegado los días de terrible prueba. Las lágrimas serían hoy un signo de vergonzosa debilidad. Ten ener-

gía; piensa que se pretende pisotear lo que hay en ti de más valor: los preciosos sentimientos de tu alma; piensa que se te quiere convertir en una *mercancía*, que se vende al que más dinero da por ella, y arda tu pecho en generosa indignación, á vista de tan ruín proceder.

¡Qué! ¿Serías tan débil, que, accediendo á los torpes designios de esa familia desnaturalizada, te unieses á un hombre que quiere comprar tu belleza? ¿Piensas que no te odiaría yo si tal sucediese? Y ¿te habré entregado mi alma, para que la despedaces con la más negra de las ingratitudes...?

No; bien claro me lo dices en tu carta. No puedo esperar esa traición de quien mira en mi cariño la única, pero inmensa felicidad de su vida.

Un sabio ha definido el amor diciendo que es *el egoísmo de dos;* pues bien: amémonos, y que nuestro egoísmo esto es, nuestro amor, sepa despreciar como merecen esos planes con que se quiere supeditar al mezquino poder del oro lo que hay en nosotros de más noble y sagrado; lo que nos eleva de este suelo en que pululan tantas pasiones ruines: ¡nuestro amor!

Será preciso sufrir; ¡no importa! Tú, bajo la tiranía de esos mal aconsejados parientes, y yo, con la tristísima idea de tus pesares, arrastraremos una vida de indecible martirio. ¡Tampoco importa! El amor se aquilata en el sufrimiento: nos amaremos más todavía; y cuando Dios, que vela por los que bien aman, quiera poner término á nuestra desventura, el recuerdo de ella hará más dulce nuestra felicidad. El náufrago se estremece de alegría cuando desde la salvadora playa contempla el proceloso abismo en que estuvo á punto de perecer.

---

16 de mayo.

¿Por qué dudo de ella? ¿Por qué no ha de hallar en su amor la firmeza necesaria para rechazar obstinadamente tan inicuas proposiciones? Acaso, ¿mi amor es más grande que el suyo?

No; ella me ama; ella no puede querer que la pena me mate, y ni promesas ni amenazas conseguirán convertirla en mi asesino.

¡Pobre niña! ¡Qué penosos deberes impone á su debilidad el eterno cariño que nos une! ¡Cuánto estará llorando, bajo la inaudita crueldad de sus opresores! ¡Oh, si yo pudiese animarla con mi acento y recoger en mis labios el tesoro de sus lágrimas...!

¡Y sin embargo, dudo! No se qué instintivo terror se apodera de mi alma.

¿Qué es lo que temo? ¿Qué sucederá...?

¡Dios mío, ten piedad de ella; ten piedad de los dos, y disipa las lóbregas nubes que encapotan el cielo de nuestra dicha!

---

19 de mayo.

Dios, cuya voluntad omnipotente
hizo brotar los mundos de la nada;
Dios, que sustenta y rige el universo;
Dios, causa de las causas;
Dios, infinito y sabio, eterno y justo,
por quien las aves en los bosques cantan,
por quien las flores brindan sus perfumes,
por quien vuelan las auras;
Dios, ese Dios tan grande y tan benigno,
desde el cielo anudó nuestras dos almas,
y dispuso que nuestros corazones
acordes palpitaran.

No temas que á romper tan santo nudo
baste la miserable fuerza humana:
almas que Dios ha unido desde el cielo,
¿quién podrá separarlas?

---

20 de mayo.

¡Quieren arrancar de tu corazón el purísimo sentimiento que lo inunda, que es tanto como querer que las semillas no germinen, que no alumbre el sol y que no canten las aves!

¡Quieren desatar lo que Dios ha atado! ¡Tan inmensa es su satánica soberbia!

Pobre niña, alienta, sin embargo; no desfallezca tu espíritu; que Dios está sobre los que desconocen su ley y al lado de los que la cumplen.

También los gigantes de la mitología quisieron rebelarse contra el poder de los dioses; audaces y esforzados eran y pusieron tres veces el monte Osa sobre el Pelión para escalar el Olimpo; pero otras tantas desbarató Júpiter con el ígneo rayo la atrevida obra.

Espera y no llores, alma de mi alma, que Dios velará por nosotros.

¿Quién se opone con buen éxito á la voluntad de Dios?

---

25 de mayo.

¡Oh! ¡Qué horrible ensueño el de esta noche!

La realidad de mis penas, con ser tan horrible, lo es infinitamente menos que la pesadilla que me ha martirizado.

Iba yo andando por un camino muy tortuoso y muy largo; tan largo, que nunca se llegaba al fin, porque ese camino era el que conduce á la felicidad en esta vida.

Los abrojos ensangrentaban mis pies descalzos; pero seguía... seguía...

Era de noche y las estrellas alumbraban el camino; lanzaban las cornejas su monótono y agorero canto. Y en torno de mí, revoloteaban chirriando ásperamente los murciélagos y azotaban mi rostro con sus alas membranosas.

Á mi lado caminaban, tan aprisa y tan silenciosos como yo, muchos fantasmas, todos vestidos de color de ceniza.

Pero eran muy punzantes las espinas que erizaban el camino, y mis compañeros de viaje se paraban acá y allá para restañar la sangre que de sus pies brotaba.

Yo seguía, seguía, regando los abrojos con mi sudor y con mi sangre.

Anduve toda la noche; toda una noche tan larga como la vida humana.

De repente, al dejar atrás un recodo del camino, hirió mis pupilas un vivísimo resplandor. El templo de la felicidad, con sus puertas de oro, se presentaba á mi atónita vista, pero lejos, muy lejos.

¡Al fin alcanzaba á vislumbrarlo! ¡Pronto iban á convertirse en hermosa realidad todas mis esperanzas!

Aceleré el paso.

Los abrojos se espesaban y crecían prodigiosamente, y ya no herían sólo mis pies, sino también mi pecho, penetrando á veces hasta mi corazón.

Y yo seguía..., seguía con febril delirio...

Llegué á una hondonada del camino, y una montaña altísima y muy negra se interpuso entre mis ojos y el templo de la felicidad.

Las estrellas, de color de sangre, se volvieron más rojas todavía.

Había que escalar la montaña, y yo corría hácia ella, presa del vértigo.

El camino era cada vez más áspero, y enmedio de él había un abismo; un abismo tan ancho y tan profundo como el que separa esta vida de la otra.

¡Ó saltarlo, ó renunciar á la posesión de la felicidad! ¡No había término medio!

¡Y salté, en alas de mi frenesí, y me tragó la horrible boca del abismo!

Estuve rodando mucho tiempo, ¡mucho tiempo! hasta que llegué al fondo.

Una falange de lívidos esqueletos acudió á mi alrededor, danzando fantásticamente, enmedio de una tempestad de estridentes carcajadas.

Y de entre ellos se adelantó hasta mí una sombra, que, tendiéndome su descarnada mano, me levantó y me dijo con voz más dulce que los gemidos del arpa:

—¡Al fin nos encontramos! ¡Con cuánta impaciencia te esperaba!

¡Era *ella:* mi primero y mi último amor!

¡Ella también había ensangrentado sus débiles plantas! ¡Ella también había dejado pedazos de su corazón entre las zarzas del camino, y antes de llegar al esplendoroso templo de la felicidad, había caído, como yo, en el tenebroso abismo de la muerte!

---

2 de junio.

¿Cuándo me escribirá?

¡Cuánto ansío salir de esta cruel incertidumbre!

Mi carta la habrá hecho llorar mucho. Son muy duras las frases con que califico á su familia, y aunque ésta las merece, he debido omitirlas. ¡Estaba loco de dolor y ra-

bia! Otra vez, procuraré que la cabeza modere los ímpetus del corazón.

¿Habrá recibido mi carta?

¿Será tan escrupuloso el espionaje de su familia, que ella no encuentre ocasión para escribirme...?

¡Qué dudas tan angustiosas!

¡Dios mío! ¿cuándo me escribirá?

---

8 de junio.

Seguían amargando mi sueño las horrorosas pesadillas y he tomado el partido de no dormir.

Sentado junto á mi mesa de estudio, abro un libro, que no leo, é invierto las noches en pasar revista al ejército innumerable de mis recuerdos.

En cuanto á mis esperanzas, vislumbro el porvenir tan negro, que no quiero pensar en ellas.

Me traslado con el pensamiento á aquellos alegres sitios que recorríamos juntos; miro con los ojos de mi alma aquellos deliciosos paisajes; pienso escuchar el murmullo de aquella fuente y los cantos de aquellos pájaros, y creo contemplar cerca de mí aquella pequeña ventana por cuya reja trepaban, en estrechos y amorosos abrazos, las verdes enredaderas; aquel pequeño marco, del cual solía ser gracioso cuadro tu hermosa cabecita rubia.

¿Te acuerdas? Hablaban mucho nuestros ojos, y, embebidos en nuestra gratísima charla, ni escuchábamos el eterno rumor de la fuente, ni sentíamos el suave soplo de las nocturnas brisas. ¡Nuestro amor absorbía todas nuestras facultades!

¿Te acuerdas? La pálida luna iluminaba tu rostro; yo sentía sobre mi frente el blando aliento de tus suspiros y desfallecía de ventura.

Y luego, el cielo, azul como tus ojos, se teñía por el oriente del color de tus mejillas, y despertaban las aves y las flores, poblando el viento de aromas y armonías.

—¡Tan pronto el día!—exclamábamos á un tiempo con profunda tristeza.

Y una noche,—¿lo recuerdas bien? era la noche anterior al día de nuestra separación;—te dije al mirarte llorar:

—¿A qué esas lágrimas? ¡Ten valor! La ausencia no es un peligro para los que se aman tanto como nosotros.

Y procurando contener mis sollozos, añadía:

—Yo también te amo infinito, y ¡ya ves qué sereno estoy!

—¡Ojalá mi corazón me engañe!—me respondiste entre gemidos.—¡Cuántas penas presiento que seguirán á nuestra pasajera dicha!

¡Ah, tu corazón te era fiel! ¡Pluguiera á Dios que te hubiese engañado!

---

12 de junio.

¡Voy á verla! ¡Después de un año de forzosa separación!

Ella me esperará en la noche del día 15; su amor sabrá burlar siquiera esta vez la excesiva vigilancia de su familia.

Mas ¿por qué es tan breve la carta en que me comunica esta noticia? ¿Por qué casi me impiden leer las manchas de su llanto?

«¡Hablemos *quizás por última vez!*», dice.

¿Qué significa esto?

¿Acaso habrán conseguido que asienta á los inicuos planes..? ¿Sería ella débil hasta ese culpable extremo...?

¡Dios mío! ¿qué debo pensar?

¡Siempre este infierno de dudas!

¡Oh! No quiero pensar nada; ¡nada, sino que voy á verla!

---

14 de junio.

Al fin ha partido el tren, pero con cuánta lentitud! ¿Por qué no volará con la rapidez de mis pensamientos?

Estos caminos de hierro son detestables, y más detestable aún la precisión de viajar acompañado.

¡Qué perpetuo charlar el de las dos señoras que van en mi coche!

Apenas he contestado á sus insulsas preguntas, y esto con tono descortés.

—¡Qué grosero!

—¿Estará loco?—se han dicho al oído.

¡Oh, sí, estoy loco! ¡Loco de impaciencia!

---

15 de junio.

¡Más despacio, corazón, más despacio!

Hay que habituarse á resistir las emociones violentas.

¿Quién sabe lo que te espera?

Si tan aprisa lates porque estás cerca del objeto á quien amas, ¿cómo no latirás cuando estés en su presencia? ¿Cómo no latirás, pobre corazón mío, si el dardo de la ingratitud te hiere?

Revístete de todo el valor que mi cabeza quiere prestarte; aguarda aún una hora, y, sobre todo, ¡calma, calma, que vas á romperme el pecho!

Ya sé que estamos cerca; no me lo avises más con tus fuertes aldabadas!

Corazón mío, más despacio, ¡más despacio!

---

16 de junio.

¿Qué quieren esos miserables...? ¿Quieren asesinarla...?

¡A ella, tan buena, tan bella, tan delicada?

¡Y la justicia humana no puede impedirlo! Pero ¿y la divina?

¡Creo que voy á volverme loco!

¡Que se la llevarán á París hasta el año venidero! ¡Que por abril la unirán á ese hombre aborrecido! ¡Que no tendrán piedad de ella y que preferirán verla muerta, matarla ellos mismos, á mirarla enlazada conmigo...! ¡Qué horror!

¡Ah! ¿por qué soy pobre?

En esta sociedad, el oro vil lo es todo.

Con él no se compra ni un átomo de dicha, es cierto; pero sin él, mundos de dichas se convierten en infierno de desesperación.

¿Por qué soy pobre...? ¡Maldigo mi pobreza!

Yo quisiera tener mucho oro... ¡mucho oro! Yo diría á esa horda de fieras:

—¡Tomad, miserables; todo esto es para vosotros; pero dádmela en cambio! ¡Una sola de sus pestañas vale infinitamente más que todos los tesoros del mundo!

---

27 de junio.

Ya libre de la importuna fiebre que me ha postrado en cama durante algunos días, vamos á cuentas, pobre alma mía, vamos á cuentas.

Se trata de tu asunto más importante; se trata de dar una solución á tu amor de toda la vida, y es preciso tener mucha prudencia para resolver con acierto, y es necesario intentar la consecución del equilibrio más difícil de todos los equilibrios: el de la cabeza con el corazón.

Vamos á cuentas, pobre alma mía, vamos á cuentas; y si, por acaso, de este congreso de tus tres facultades resulta que debes despedazarte, que debes renunciar á lo que te es más caro en este mundo, sufre en silencio y no te subleves contra la ley, por muy cruel que te parezca.

Ella padece, y padece horriblemente.

El amor, que debía ser rica fuente de la dicha, es para ella manantial inagotable de indecibles tormentos.

¿Quién ocasiona su martirio?

¿Las violencias de una familia desnaturalizada? Sí indudablemente.

Pero ¿estoy yo exento de culpa?

¿Puedo asegurar que en mi conciencia no ha vivido en estado latente el remordimiento?

Pues qué, ¿no hice yo nacer ese amor?

¿No lo he alentado en todo tiempo con el mío?

¿No lo he agigantado con mi constancia, con mis desvelos, hasta hacerle tomar inmensas proporciones?

Y ¿no la he impulsado yo, desde un principio, á la desobediencia hacia sus parientes, predicándole, en mi ciega exaltación, la autonomía absoluta de ese senti miento que nos engrandece, nos sublima y hasta nos diviniza...?

Conciencia, ¿qué respondes?

¿Ignoraba yo, por ventura, las aspiraciones de fausto y de grandeza de esa orgullosa familia?

¿Ignoraba que soy pobre, que no puedo llevarles la cantidad de oro que han señalado por precio de la mano de *ella*?

Acaso ¿no adivinaba, desde que la conocí, que nuestro nunca consentido amor había de ser, andando el tiempo, fecundísimo semillero de las penas más crueles?

Y sabiendo todo ésto, ¿por qué me he complacido en alimentar en el corazón de esa pobre niña tantas irrealizables esperanzas, que no pueden salir de él sin desgarrarlo?

¿No soy yo, pues, la legítima causa de su desgracia?

¿No soy el verdadero asesino de su dicha?

¿Qué contestas, conciencia culpable? ¿Por qué has estado dormida por tanto tiempo, y ahora llamas con tanta angustia á las puertas del arrepentimiento?

¡Ha caído la venda que cegaba los ojos de mi alma!

¡He estado trabajando con ardor incansable durante toda la noche del error, y, cuando la luz de la verdad ha brillado, quisiera quedarme ciego para no espantarme en la contemplación de mi horrible obra!

¡Yo no la amaba!

El verdadero amor se alimenta de supremos sacrificios, de abnegación heroica, de sobrenatural desprendimiento.

¿Cuáles han sido mis sacrificios y mi abnegación? ¡Posponer á mi dicha la suya; consentir, á trueque de escuchar su acento y de extasiarme en su mirada, que arrastre su preciosa vida en la desesperación...!

¡Avergüénzate, alma mía! ¡Tú no la amabas!

¡Tú no ansiabas su felicidad! ¡Ansiabas la tuya!

¡Tú te habías convertido en ídolo de ti misma, y, torpe y egoista, no vacilabas en sacrificar en holocausto de tu ventura la tiernísima alma de esa niña inocente!

Y bien.,. ¡ahora la amo!

¿Qué me reclamas, conciencia? ¿Un sacrificio?

Con entusiasmo lo haré, y tan grande, que sólo será comparable con la inmensidad de mi amor.

¡Plegue á Dios que no sea tarde!

---

30 de junio.

Dudo y tiemblo, y me espanto de mi resolución.

Una lucha titánica despedaza mi alma: la inaudita lucha de mis sentimientos contra mis ideas.

¿Cuáles vencerán?

¡Ay, es preciso que la victoria se declare por las últimas!

¡Valor, pobre amor mío!

¡Voy á arrasar en un momento el magnífico palacio de tus esperanzas, y tantas preciosas galas y tantos ricos adornos serán, primero, fuego y humo; después, livianas cenizas que, en alas del huracán de la desgracia, irán pregonando, esparcidas por toda la haz de la tierra, la instabilidad de las miserables dichas humanas!

¡Pobre amor mío, ten resignación! ¡Aún quedará en pie el sombrío castillo de tus recuerdos, y á él te acogerás para llorar tu inmensa desventura!

---

2 de julio.

He pretendido escribirle; pero la pluma abrasaba mis dedos y las lágrimas nublaban mi vista.

¡Pensar que ella, tan buena y tan sensible, va á saber mi dolorosa determinación...!

Pensar lo que en su alma sucederá cuando lea la funesta palabra...!

Y mi resolución es irrevocable. ¡Con ella le daré la última prueba, la prueba suprema de mi amor!

¡Le escribiré mañana!

¿Mañana...? Y ¿por qué no hoy mismo...?

¡Ay, me falta valor! ¡Mañana, mañana!

Corazón mío, tú que eres tan fuerte para resistir la alegrías, ¡qué débil eres para soportar las penas!

---

5 de julio.

Era, al fin, preciso, y he escrito.

Ella saldrá para Paris el día 10, y mi carta llegará á tiempo para darle mi eterna despedida.

¡Deber, deber, cuánto me cuestas!

Antes de dejar mi carta en el buzón, me he parado muchas veces, presa de indecible angustia.

Vacilaba todavía, y el corazón me palpitaba con extraordinaria violencia, como preguntándome: ¿Qué vas á hacer, desgraciado?»

Y estrujé la carta entre mis manos, y sentí vehementes deseos de hacerla añicos: pero por fin venció mi deber, y la sepulté llorando en el buzón. ¡He enterrado la esperanza de toda mi vida!

Para recordarme que nunca, nunca, debo hacer su exhumación, traslado aquí el texto de mi carta.

¡La leeré religiosa y gravemente todos los días, y su lectura será el triste *De profundis* que entonaré á mi dicha muerta!

«Yo te adoro, mi bien, hasta el delirio,
y tu pena al mirar, lleno de espanto,
mayor que tu martirio es mi martirio.
Y ¿yo la causa soy de tu quebranto?
¿Por mí derraman tus azules ojos
las purísimas perlas de su llanto?
Y ¿yo te adoraré si tus enojos
no procuro calmar, si no destierro
de tu áspero camino los abrojos?
¿Piensas, hermosa mía, que es de hierro
mi pecho, que en amar lleva la palma,
y en que tu imagen bendecida encierro...?
¡Oh, vuelva á ti la bienhechora calma!
¡Yo embotaré en tu senda las espinas,

siquiera las despunte con mi alma!
  De nuestro amor las flores peregrinas
velaron á mis ojos el abismo
de profundo dolor por que caminas,
  y en dulce y amoroso paroxismo,
no vi tu pena, por mirar mi gloria...
¡no era mi amor, amor; era egoísmo!
  Mas pasó mi ceguera transitoria;
te amo al fin, y te digo, hoy que te amo:
«¡Destiérrame, por Dios, de tu memoria!»
  En nombre de mi amor te lo reclamo;
olvídame, mi bien, y no te importe
el llanto que al decírtelo derramo.
  ¿Dónde la nave mísera, sin norte,
irá á parar...? ¡No lejos; que es probable
que mi existencia mi dolor acorte!
  No te apene la vida miserable
que arrastraré; no peses mi amargura,
que ¿quién puede pesar lo imponderable?
  ¡Olvídame! Aún existe la ventura
para tu corazón; mi amor inmenso,
al par triste y alegre, te lo augura.
  Dichas para ti restan, y hasta pienso
¡pensamiento crüel! que ha de agradarte
de nuevos amadores el incienso.
  Yo, mientras, viviré para adorarte,
sin que el recuerdo de tu amor bendito
de la memoria un punto se me aparte,
  Y te diré mil veces por escrito,
para que yo lo lea, y sin más fruto,
que prosigo adorándote infinito.
  Y á tu muerta pasión daré tributo,
llevando, como signo de mi pena,

las vestiduras de perenne luto.
¡Olvídame, ay de mí! Mi amor lo ordena:
¡no merece mi amor tu llanto impío,
y á tan terrible prueba me condena!
¡Adiós, por siempre adiós, bello ángel mío!
¡Procura ser feliz...! ¡En estos trazos,
los últimos, mi vida, que te envío,
te mande el corazón, hecho pedazos.»

---

11 de julio.

He caído en un estado de insensibilidad absoluta; dos días seguidos me he negado á tomar alimento y el médico ha temido por mi razón.

El golpe ha sido superior á mis fuerzas.

Ayer, una reacción violentísima me ha sumido en el frenesí, y según me ha dicho la buena mujer que me asiste, estuve á punto de cometer una atrocidad: intenté suicidarme.

Hoy me encuentro bien, aunque en extremo débil, y he estado llorando toda la mañana.

Por fortuna, aún me queda el más triste de los consuelos: ¡el consuelo de las lágrimas!

---

13 de julio.

¿Qué podía yo hacer?

¡Era tan duro para mi pobre alma renunciar á la inefable dicha de su amor!

Además, ¿quién creía que esa desalmada familia llevara su crueldad á tal extremo? ¿Quién podía pensar que el continuo llanto de la inocente niña no llegase á ablandar los corazones de esas hienas?

¡Ah! Yo deseaba seguir inundándome en la purísima luz de sus miradas; seguir escuchando de sus dulces la-

bios aquellos ternísimos suspiros; yo deseaba, en una palabra, conservar su amor, que era toda mi dicha. ¿Hay deseo más natural en un amante?

¡Sí, sí, me he juzgado mal; yo no soy un infame; me alma no tiene la culpa de su infortunio! ¿Cómo podría tenerla cuando tanto la veneró siempre?

He obrado en todas ocasiones estrictamente como debía: mientras las circunstancias fueron normales, reclamé de ella una correspondencia á que mi cariño me hacía acreedor; cuando comenzaron á llover sobre el alma de mi alma los injustos castigos, las atroces violencias, he demostrado que mi amor es tan grande, que no ha vacilado en sacrificarlo todo por ella: dicha, esperanzas, tranquilidad, quizás hasta la misma vida.

¡Reposa, reposa, pues, conciencia mía!

---

18 de julio.

Ella lo era todo para mí, y sin ella todo me falta; mejor dicho, todo me sobra.

Se han agotado mis lágrimas; estoy muy triste y siento un profundo hastío de la vida.

¿Qué espero?

Nada, absolutamente nada; y la muerte debe de ser un bien inapreciable para los que nada esperan.

¡Qué fastidioso aburrimiento!

---

21 de julio.

¿Llegará un día en que ella me olvide completamente; en que, enlazada con otro hombre, comparta con él las inefables delicias de su amor?

¡Oh! si he renunciado á todas mis esperanzas, ¿por qué esta idea hace rugir en mi alma la violenta tempestad de los celos?

¿Por qué, lejos de alegrarme de que ella sea dichosa con otro amor, siento accesos de rabia, al pensar que otro hombre escuche de sus labios aquellas dulcísimas frases que yo escuchaba embebecido?

¡Qué funesto poder del egoísmo!

---

24 de julio.

Ya nunca escucharé aquel acento más dulce y amoroso que el arrullo de las tórtolas; ya no volveré á sentir en mi frente el agradable calor de su aliento suavísimo; ya, cuando lleguen las tardes de la primavera, no me extasiaré contemplando en sus ojos la serenidad y el color de los cielos, ni podré regalarle ramos formados con violetas y rosas, con azucenas pálidas y campanillas azules.

Triste y solo, recorreré con lento paso aquellos sitios queridos; la buscaré inútilmente por todas partes; la llamaré con indecible angustia, y ¡ni aun el eco hará caso de mis dolientes ayes!

---

29 de julio.

¡Nunca hubiera salido á pasearme!

He encontrado un entierro: el del cadáver de un pobre joven.

Iba descubierto, y lo conducían sus amigos, con rostros que revelaban profunda tristeza.

Lo he mirado sin compasión; lo he contemplado con envidia, y he vuelto á mi casa pensando: «¡Qué felices son los que se van!» Y este pensamiento no se aparta un punto de mi imaginación.

Hombres de la ciencia, ¿á qué consumís vuestras vidas en las vigilias y el estudio, en busca de una medicina que tenga la virtud de curar todas ó las más enfermedades?

¡Trabajo inútil! Dios, el *non plus ultra* de la sabiduría, se ha adelantado á vosotros y ha dado al hombre esa panacea por que tanto suspiráis.

¡La panacea es la muerte!

---

4 de agosto.

Mis lúgubres pensamientos han tomado forma en esta frase: «el suicidio».

Las golondrinas, cuando se acerca el otoño, emigran á otros países, buscando una temperatura más templada. ¿Por qué el hombre, que es el rey de la creación, no ha de hacer una vez lo que las pobres golondrinas hacen todos los años?

¿Qué obstáculo puede haber para que se abandone este mundo cuando se está á disgusto en él?

¡Ay! yo no puedo soportar el peso de mi desgracia, y al apurar hasta las heces el cáliz de la desesperación, exclamo como el Divino Mártir:

—*Deus meus, Deus meus! Ut quid dereliquisti me?*

---

7 de agosto.

¡No, no lo haré!

¿Quién es el hombre para arrebatarse la vida?

¿Qué es la vida, sino un sagrado depósito que se nos ha confiado, y del cual tendremos que rendir estrecha cuenta al Supremo Juez?

El suicidio es un crimen y una cobardía: un crimen, porque por medio de él destruímos lo que no es nuestro, lo que no podemos reedificar; una cobardía, porque revela un corazón apocado y mezquino, que carece del más santo de los valores: del valor para hacer frente á la desgracia.

Rechazaré en absoluto este traidor pensamiento.

Y luego, ¿á qué poner fin por la violencia á una vida que no ha de molestarme mucho tiempo? ¿A qué adelantar un hecho que acaecerá pronto?

En la religión, en el trabajo, hallaré medios para alejar de mí la funestamente halagadora idea de una muerte comprada á expensas de mi eterna salvación.

Me dedicaré con prolija asiduidad al estudio; volveré á mis alegatos y á mis demandas, abandonados tan injustamente, y el ejercicio de mi honrosa profesión aliviará un poco el terrible peso de mis penas.

Y después de todo, ¡quiero vivir!

¿Quién sabe las vueltas que dará la rueda de la fortuna? ¿Ha de estar clavada en mi desgracia...?

No, *ella* no dejará de amarme, porque habrá comprendido que, en realidad, no tengo fuerzas para consumar mi sacrificio.

Acaso sus lágrimas y su constante sufrir recaben, por fin, de su familia la aprobación de nuestro amor; acaso ésta llegará á convencerse de que es una infamia lo que pretende, y...

¿Quién sabe, infortunado corazón mío, si aún restarán para ti días de ventura!

---

15 de agosto.

Con razón se queja mi pobre madre de mi prolongadísimo silencio.

¡Iré á verte, sí, madre mía, y te besaré los pies llorando de arrepentimiento!

En la crueldad de mis dolores, me había olvidado de ti... ¡Perdón, perdón, madre mía!

Si, iré á verte. Yo quisiera volar á tu lado hoy mismo, pero es imposible; se me ha confiado la defensa del honor

y de los bienes de una virtuosa familia y el deber me impide, por ahora, abandonar esta ciudad.

Ten paciencia, madre mía; y por si piensas estrechar contra tu corazón á tu hijo de hace dos años, bueno será que te saque de ese error, para que te espantes menos cuando me veas.

No vas á conocerme; mis cabellos se van volviendo tan blancos como los tuyos; estoy muy pálido y muy delgado, y en aquella tersa frente que tú besabas con tanta delicia, han marcado los sufrimientos sus huellas indelebles.

En una palabra: ¡soy un anciano de veinticinco años!

---

2 de septiembre.

¡Mi pobre libro de memorias! Me he dedicado á trabajar con ardor febril y has dormido diez y siete días, relegado en un cajón de mi escritorio.

No creas por eso que te haya olvidado; no pienses tampoco que he olvidado á la purísima niña á quien están dedicadas todas tus notas, ni que es menos intenso que antes el dolor que lacera mi pecho.

Ella era todo mi bien sobre la tierra; con ella, los ángeles hubieran envidiado mi felicidad; sin ella, los condenados del abismo se horrorizarían de mis tormentos y se tendrían por dichosos con su eterna condenación!

¿Cuándo lloraré bastante su pérdida? ¡Nunca, aunque llorara por mil eternidades!

---

6 de septiembre.

¡Cuanto puede la costumbre!

Ya no pienso en el suicidio y me he connaturalizado de tal modo con mis pesares, que los amo como á amigos inseparables.

Hallo una dulcísima tristeza en pensar en mi desven-

tura, y evoco, con melancólica delicia, las queridas sombras de mis recuerdos.

¿Y mis esperanzas...?

¡Ay, no me atrevo á evocar mis esperanzas!

---

12 de septiembre.

¿Olvidarla...? ¡Imposible! ¡Es imposible!
No puedo conseguirlo;
su rostro, á mi pesar, en todas partes
ve, sin mirarlo, mi tenaz delirio.
¡Imposible! Su voz constantemente
vibrando está en mi oído,
y las errantes brisas de la noche
fingen sus melancólicos suspiros.
¡Imposible! Su plácido recuerdo
está siempre conmigo;
todo, todo en el mundo me habla de ella:
el cielo, el sol, la brisa, el bosque, el río...
¿Olvidarla...? ¡Imposible! ¡Nunca, nunca!
¡Si no puedo, Dios mío!
¡Si al mismo tiempo que me está matando,
es mi vida, es mi sér este cariño!

---

20 de septiembre.

Estoy muy débil y no puedo trabajar demasiado.

He notado que mis compañeros de bufete me miran con mal disimulada lástima y tratan de repartirse el trabajo que me corresponde.

Ayer, uno de ellos, notando mi insistencia en hojear unos autos, me dijo con tono de compasión:

—Descanse usted, hombre, y no se ataree tanto. ¿No ve usted que se va á matar como siga de esa manera?

—¡Gracias, mil gracias, amigo mío!—le contesté es-

trechando su mano con efusión.—¡Me ha dado usted una excelente noticia!

---

23 de septiembre.

He leído esta mañana todas las hojas de mi libro de memorias.

No son hojas de un libro: son hojas del árbol de mi vida, que han caído unas tras otras, secas y arrancadas por el huracán del infortunio.

Y he llorado sobre ellas, como se llora sobre el cadaver de una persona querida. *¡Sangre del alma* ha llamado á las lágrimas San Agustín! ¡San Agustín era un gran sabio!

¡Qué pocas hojas en blanco restan en mi libro de memorias!

¡Qué pocas hojas tiene ya el árbol de mi vida!

¡Qué pocas y qué amarillentas!

¡Ni siquiera una conserva el color de la esperanza!

---

28 de septiembre.

¡El otoño!

Gigantescas nubes del color del plomo velan la límpida extensión del azulado cielo.

¡Esas nubes pesan sobre mi afligido espíritu como una inmensa lápida mortuoria!

¿Y las flores...? ¿Y las aves...?

¿Qué ha sido de las aves y las flores?

¿Y mis esperanzas...? ¿Y mis ilusiones...?

¿Qué se ha hecho de vosotras, pobres aves y flores de mi alma?

---

5 de octubre.

¡También viene todas las tardes, pensativo y solo como yo!

Este importuno joven, cuya presencia turba á veces el curso de mis meditaciones, tampoco debe de ser feliz; porque hay en su mirada ese *algo* que delata la tristeza.

He notado que me mira á menudo.

¿Le habré inspirado interés, ó mera curiosidad?

¡Bah! ¿Qué me importa?

---

11 de octubre.

¿Y ella? ¿Qué hará ella mientras tanto?

¡Quizás recuerda nuestras fugaces dichas, con el llanto en los ojos y la desesperación en el alma!

Acaso escucha las lisonjas de sus adoradores, con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón.

¡No tengo celos, y la adoro más que nunca!

¿Cómo explicarme este misterio?

¡Es que, cuando se está cerca de la otra vida, se miran las cosas de este mundo con cierto sobrenatural desprendimiento!

---

14 de octubre.

Mi desconocido compañero de paseo ha acabado por hacérseme simpático, y le miro con interés cuando él no puede observarme.

Ayer vino un cuarto de hora más tarde de lo que acostumbra y estuve con cuidado por su tardanza; cuando le vi aparecer entre los últimos árboles de la alameda, no pude reprimir un suspiro de satisfacción.

Él, por su parte, parece corresponder á la viva simpatía que me ha inspirado y trata de hacer conocimiento conmigo. Me ha saludado dos tardes consecutivas y me ha costado gran violencia hacerme el distraído para no contestarle.

¿Para qué hemos de hacernos amigos?

Él parece muy triste, casi tanto como yo, y nos lastimaríamos recíprocamente contándonos nuestras desventuras.

Además, ¡quiero estar solo, y por nada y á nadie revelaré la historia de mis dolores!

¡Bien dijo el que dijo que la soledad es el egoísmo supremo del dolor!

---

18 de octubre.

El sol ha sepultado su rojo disco tras la parda colina. Todo ha quedado en calma, en esa calma misteriosa que precede á la noche, y sólo se escuchan el leve rumor que producen al moverse las hojas secas, y los lejanos pasos de mi pobre amigo, al perderse entre los desnudos árboles. Allá, enmedio del azulado cielo, comienza á ostentarse, purísimo y reluciente, el lucero de la tarde.

¡Oh, melancólico lucero! También tú miraste nuestras pasajeras dichas, y, cogidos de las manos ella y yo, nos juramos un amor tan eterno como tu lumbre.

Mi corazón me lo dice: ¡no faltará ella á tan sagrado juramento!

---

21 de octubre.

¡Adiós para siempre, misterioso compañero de mis tristes meditaciones!

La hoja seca prosigue su incierta ruta, arrastrada por el vendaval de la desgracia.

¡Pronto caerá en un hoyo del camino!

Silencioso amigo, con pena prescindo de abrazarte y con pena siguen mis llorosos ojos, por la última vez, el curso de tus lentos pasos.

Una casualidad me ha hecho conocer tu nombre y tu historia, y no me han engañado mis presentimientos.

¡Tampoco para ti ha tenido más que hiel la copa de la vida!

Una palabra mía sería bastante para que cayéramos llorando el uno en brazos del otro; pero no pronunciaré esa palabra.

¿Á qué anudar al borde del sepulcro lazos que la muerte habría de romper, apenas anudados?

Separémonos, pues, y si, por acaso, algún día llegas á conocer mi historia, yo sé que tú, alma sensible y desgraciada, derramarás una lágrima á mi recuerdo.

---

6 de noviembre.

He vuelto á contemplar los pintorescos sitios en que transcurrieron los primeros años de mi vida; las hermosas alamedas que recorría jugando incansablemente con los alegres niños de mi edad; los viejos árboles cuyo fruto derribábamos á pedradas, y allá á lo lejos, destacando su graciosa silueta sobre las nubecillas rojas del crepúsculo, el esbelto campanario del pueblo en que vi la primera luz.

—¡Allí veré la luz postrera!—me he dicho.

Después he entrado en mi aldea.

He encontrado á mi paso muchas personas; pero no he conocido á nadie.

Varios muchachos que jugaban en la plaza, se han dicho, señalándome con extrañeza:

—¡Un forastero...! ¡Un forastero!

El corazón me latía apresuradamente.

He llegado al fin á mi casa: mi anciana madre hacía labor, sentada junto al hogar.

Me he arrojado sollozando á estrecharla contra mi pecho, y al notar que ella gritaba rechazándome, he exclamado presa de una amargura indescriptible:

—¡Madre mía, madre mía! ¿No me conoces...? ¡Aquí tienes á tu Hijo Pródigo!

---

25 de diciembre.

¡Regocíjate, madre mía, y en vez de brotar de tus ojos ese importuno llanto, luzca en tus labios la más dulce de tus sonrisas!

¿No me quieres...? Pues ¿por qué te apesadumbra la idea de mi muerte?

Para los que viven como yo he vivido, la muerte es el más grande de los consuelos.

---

2 de enero.

Encendido sol, que sepultas tu frente en el ocaso, bañando con tu postrera luz el lecho del moribundo, ¡tú volverás á aparecer mañana!

Por si es ésta la última vez que mis ojos te contemplan, por si mañana están cerrados para siempre, detén tu curso un instante: que yo clave en ti mi amorosa mirada, ¡oh eterna hoguera de los cielos!

Y cuando las brisas de la tarde acaricien con su blando soplo los árboles del cementerio, baña mi sepultura con tus rayos melancólicos.

---

10 de enero.

¡La última hoja!

¡La hora postrera de mi vida!

Una y otra se llenarán con tu suavísimo recuerdo, ¡oh único amor de toda mi existencia!

Tras la carta que hoy te envío, llegará á tu poder este libro de memorias: lee una por una sus notas, que son pedazos de mi alma; riégalas con tu dulce llanto; estréchalas sobre tu corazón, y perdóname si en mis últi-

mos momentos no tengo valor para abandonar este mundo sin darte mi despedida.

¡Oh encantadora niña, en cuyo amor adiviné las dulcísimas delicias de la gloria! ¡No llores por mi muerte, que será la última de nuestras ausencias!

¡Nos volveremos á hallar!

¡Fénix es nuestro amor, que renacerá de entre nuestras cenizas para volar al eterno cielo!

IV

Hasta aquí las memorias.

Una fotografía y una carta acompañaban á esta historia de lágrimas. La primera era el retrato de una lindísima joven; en la segunda, dirigida á mí y escrita con la misma casi ilegible letra de la última página del libro, me suplicaba el moribundo, en nombre de lo que más amo sobre la tierra, que cuando hubiese leído su libro de memorias, hiciese entrega de él á aquella niña siempre amada, cuyo nombre y domicilio probable me decía en el *post scriptum* de su carta.

El infortunado joven me encomendaba este asunto, según añadía, por darme la primera y última prueba de su amistad.

Yo leí esta carta, en que palpitaba un poema de sufrimientos y de tierna melancolía, con la misma afanosa emoción, con el mismo doloroso llanto con que había leído la conmovedora historia, y en la tarde de aquel mismo día comencé á hacer pesquisas acerca del paradero de aquella joven, á quien había de entregar el más triste é inapreciable de todos los legados: un corazón despedazado por la desventura y vaciado sobre las hojas de un libro de memorias.

Tenía febril impaciencia por cumplir el sagrado encargo de aquel extraordinario sér que sólo al borde de la tumba me había confesado su amistad; la idea de que aún permanecía el libro en mi poder me quitaba el sueño; y esto unido á mi vehemente deseo de conocer á la desgraciada niña que había inspirado el inmenso amor que se retrataba en aquellas páginas, me hizo activar de tal manera las diligencias, que aún no habían trascurrido tres días desde el recibo del libro, y ya tenía yo averiguado todo lo necesario para el feliz desempeño de mi cometido.

Un comerciante de M*** satisfizo á todas mis preguntas.

La joven, pocos días después de su regreso de París, iba á casarse, violentada por su familia, con un hombre á quien nunca había amado; mas recibió una carta, escrita por su antiguo amante en los últimos momentos de su vida; desmayóse al leerla; la familia tuvo conocimiento del caso, y, después de súplicas y llantos por una parte y castigos y crueldades por la otra, la pobre joven adoptó una resolución heroica, y cuando iba á efectuarse ese acto solemne por el cual se unen dos personas con indisoluble vínculo, por tres veces pronunció un *no* claro y rotundo al pie del altar, añadiendo que protestaba ante todos los circunstantes contra las atroces violencias de que era víctima por parte de sus parientes, y manifestando, por último, su firme determinación de retirarse á un convento. Fué vana la oposición de su familia: desde el día siguiente la niña había trocado sus lindos trajes y sus ricos adornos por el modesto sayal de una órden religiosa, y vivía, entregada á su dolor y á sus meditaciones, en el convento de ***, de la misma ciudad en que yo residía. Se decía además que la cruel familia ni siquiera una vez había ido á visitarla en su retiro.

Tan luego como adquirí estas noticias, corrí á mi casa, cambié de traje, y, guardando cuidadosamente la pequeña caja que contenía mi sagrado depósito, me dirigí á buen paso hacia el convento. Sentía un ansia ardiente por conocer, por venerar á aquella mártir, que todo lo sacrificaba á su desgraciado amor.

Llegué al fin. Las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par; un numeroso gentío macizaba las góticas naves: sentí curiosidad y entré. Todas las miradas se dirigían hacia el coro, junto á cuya doble reja se apiñaba la multitud. Me abrí paso á empujones, y, no sin dificultad, logré ponerme en sitio donde pudiese ver lo que atraía la atención de todos.

Un espectáculo triste y solemne se ofreció á mi vista.

Tras de las rejas y enmedio del coro, un ataud contenía el cadáver de una joven. Su mortaja era el hábito blanco de las monjas concepcionistas, y ceñía su frente una corona de rosas tan blancas como el hábito. A su alrededor, los curas repetían aquellas sencillas y á la vez terribles palabras del libro de Job:

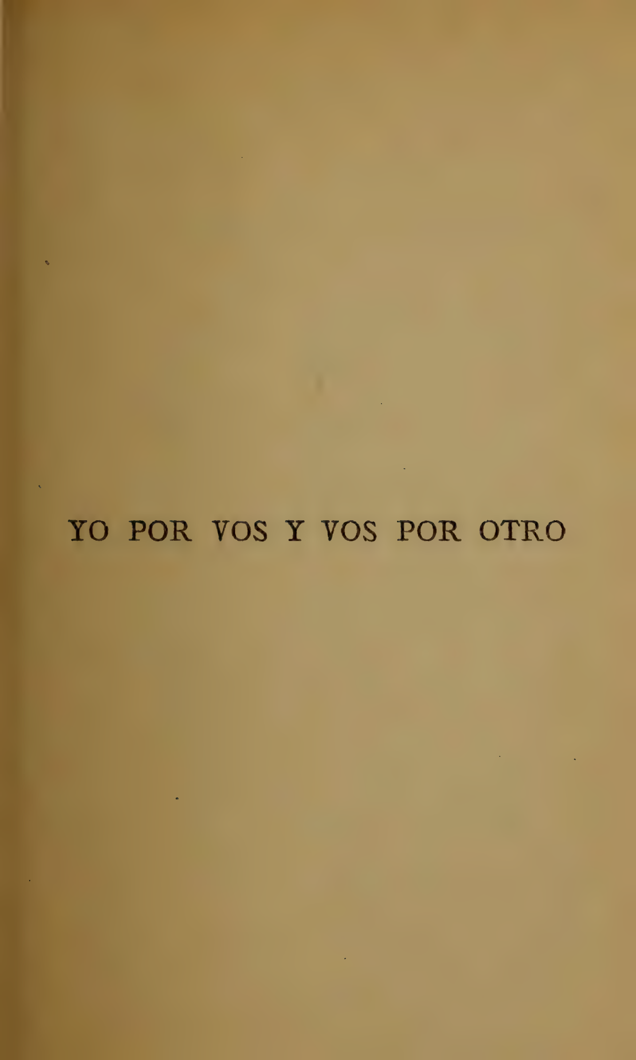
—«*Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me.*»

Más allá, recatadas bajo sus velos negros, las monjas oraban en voz baja y con actitud que revelaba tristeza y abatimiento.

Sentí una emoción indescriptible á vista de cuadro tan conmovedor; fijé los ojos en aquel rostro oval y pálido, de cuya delicada belleza había tenido piedad la muerte, y «¡Oh, qué desgracia!»—exclamé con profunda desesperación.

¡Aquel cadáver era el de la misma desventurada niña cuyo retrato acompañaba al libro azul!

Abril de 1876.



YO POR VOS Y VOS POR OTRO



YO POR VOS Y VOS POR OTRO

Es la constancia una estrella
que á otra luz más densa muere;
y á quien más con ella quiere,
menos le quieren con ella.

(Campoamor)

I

Decidor y alegre, á consecuencia de haber estado mucho tiempo ensimismado y melancólico (que sabido es que en el alma se suceden las estaciones como en la naturaleza), subía yo una mañana por la estrecha, empinada y larguísima escalera que conduce á la modesta habitación de mi joven amigo Eduardo, y gritaba, procurando remedar la voz gangosa del cartero:

—¡Señor don Eduardo, carta, y de mujer, por más señas!

—¡Ah! ¿Eres tú, buena pieza?—preguntó mi amigo, saliendo á mi encuentro.

—¡De mujer, de mujer!—repetía yo, mirando y remirando la carta que para él acababa de entregarme la portera, y mientras me sentaba familiarmente sobre el catre de Eduardo.

—¿De mujer...?—preguntó éste con tono de incredulidad.

—Sin duda alguna. No hay miedo de que me equivo-

que: el olor á queso y la letra de mujer son un olor y una letra *sui generis.*

—Dame acá,—dijo Eduardo con impaciencia, arrebatándome la carta.

Mas al ver la letra del sobre, se quedó un momento pensativo y murmuró, como contrariado:

—¡Es extraño! Pensaba que no volvería á escribirme.

—¿Sí? Pues te equivocaste de medio á medio. Bien lo dice el cantar:

«La mujer y la sombra
tienen un símil:
que buscadas, se alejan;
dejadas, siguen.»

En esto, Eduardo, que empezaba á leer la carta, interrumpió asombrado la lectura, se restregó los ojos como no queriendo dar crédito á lo que veía, y tan pálido se puso, que con verdadero sobresalto le dije, abandonando mi asiento:

—Chico, ¿qué te sucede? ¿Acaso en tu familia...?

—No lo creas,—me contestó un tanto repuesto de su emoción.

—¿Entonces...?

—Es esta una carta que me sé de memoria hace mucho tiempo. Tómala, y á ver si no es cierto lo que te digo.

Era muy cierto: al paso que yo iba leyéndola para mí, Eduardo me la recitó de pe á pa, como recita el padrenuestro un chico de la escuela.

—¡Hombre, por quien soy, que me dejas estupefacto! —exclamé.—¡Parece esto cosa de brujería! ¿Cómo te sabes de memoria una carta que no puedes haber leido?

—Ahí verás tú,—dijo Eduardo por toda contestación.

—Repito que no lo entiendo. Aquí por fuerza debe de haber intríngulis.

—¡Y tanto como hay!—respondió mi amigo, sonriendo tristemente.

—Y la chica no redacta mal,—observé, leyendo de nuevo la carta.—Hecha abstracción de algunos defectillos ortográficos, sin los cuales dudaría de la autenticidad del escrito, reparo que hay en él sintaxis más que regular, pensamientos algo originales, y, sobre todo, arranques de verdadera pasión. ¡Mucho debe de querer quien así escribe!

—¡Oh, sí, mucho, mucho!—exclamó mi amigo con entusiasmo, en tanto que guardaba la carta en un bolsillo.

—Pues Eduardo, si así lo reconoces, ¿cómo das lugar á que esa muchacha te dirija cargos tan graves? Escríbele enseguida... Pero ante todo, explícame este misterio, porque no adivino...

Eduardo permaneció silencioso unos instantes, y ya parecía disponerse á satisfacer mi curiosidad, cuando, haciendo un gesto de desagrado, me dijo:

—Ten paciencia y espera algunos días. Haré las averiguaciones necesarias y te prometo, para cuando vuelva, contarte una historia curiosa y original.

—Pero qué, ¿te marchas fuera?

—Sí, en el primer tren. El asunto bien merece un viajecillo.

Y diciendo y haciendo, sacó de un armario un empolvado saco de noche, mientras yo le decía, sonriendo maliciosamente:

—Pues chico, buen viaje... y que te alivies.

Y después de darle un apretón de manos, me lancé á la escalera, cantando á media voz:

—Del carro de los locos
todos tiramos,
unos con tiros cortos
y otros con largos.

II

Pocos días después, á eso de las tres de la tarde, entraba Eduardo en el café Suizo, donde yo, noticioso de su vuelta, le esperaba tomando mi cotidiana copa de ginebra.

No bien se hubo sentado y pedido café y recado de escribir, le pregunté con impaciencia:

¿Qué tenemos? ¿Has averiguado lo que te proponías? ¿Se arreglaron tus diferencias con esa pobre joven que demuestra quererte tanto? ¿Me dirás al fin...?

—Sí, te contaré la historia de su carta, y verás cuán facilmente te explicas que yo me la supiera de memoria antes de leerla. Oye y no me interrumpas.

—Soy todo oídos.

Y después de dar un tiento á su taza y de encender un cigarro, mi amigo me contó la siguiente embrollada cuanto breve historia:

—Antes que conmigo, la joven que suscribe la carta en cuestión tenía amores con un estudiante de Derecho. Ignorante yo de esta circunstancia, y no creyendo, por lo tanto, causar perjuicio á un tercero, la hablé en la tertulia de H, y después de las consabidas excusas de *Soy muy jóven... No sé si mamá consentirá... Los hombres sois muy malos*, etcétera, me dió el anhelado *sí*, pero sin decirme palabra acerca del pobre muchacho á quien yo, sin saberlo, acababa de desbancar. Éste, que tenía á su cargo idéntico pecadillo, cometido meses atrás, contra la hija de no sé qué médico, al enterarse de la traición de su amada, le dirigió una agresiva carta, concebida en los mismos términos en que lo estaba la que él, en ocasión análoga, había recibido de su antigua amante.

Pero es el caso que la hija del médico, para entablar relaciones amorosas con el estudiante, había terminado las que la ligaban con cierto oficial de artillería, quien, dado á los diablos al verse objeto de tamaña infidelidad, se quejó amargamente á la veleidosa joven en una carta, de donde ésta copió después la que hubo de dirigir al ingrato jurista, y que, á su vez, era, ni más ni menos, copia literal de otra epístola que había sido enviada al militar por la hija de un magistrado, de la cual el voluble artillero se había despedido á la francesa, al ser hechizado por los gachones ojos de la hija del Esculapio. Aún no para aquí el enredo: para alojar en su corazón al apuesto oficial, la hija del magistrado tuvo precisión de despedir con viento fresco á otro infortunado mortal, y ese infortunado mortal era yo: yo, que la amaba como se ama por la primera vez; yo, que al ver desvanecida por su ingratitud la dorada pléyade de mis ilusiones, loco, delirante, escribí á la perjura una carta que no tenía pies ni cabeza, porque toda ella era corazón. La tal carta ha servido de modelo para las suyas á toda esa serie de falsos amantes, que, careciendo de verdadero sentimiento y de espontánea desesperación, han tenido necesidad de pedirlos prestados á aquella pobre epístola mía, dictada por el inmenso dolor de mi alma y regada con mi llanto. He aquí la historia que te había prometido contarte. ¿Qué te parece?

—¡Estupenda!—exclamé, prorrumpiendoi en una rudosa carcajada.—Tu carta ha venido haciendo los oficios de ministerio fiscal contra todos esos ladronzuelos de dicha. Es una letra de cambio que, de endosante en endosante, vuelve hoy á poder del librador. En resumidas cuentas: ¡has girado contra ti mismo!

Y mientras que yo, apurando mi copa de ginebra,

procuraba recomponer en mi memoria la enredada historia que acababa de escuchar, Eduardo encendió de nuevo su cigarro y comenzó á escribir con mano nerviosa.

—¿A quién escribes?--le pregunté cuando hubo firmado.

—A ella,—contestó secamente.

—¿A cuál de las dos? ¿A la abandonada Ariadna?—volví á preguntar, sin poder contener la risa.

—No, sino á la pérfida que ha hecho un documento endosable de un pedazo de mi corazón.

Y con tono de reconvención amistosa, añadió, soltando la pluma:

—Escucha, y ríete luego cuanto se te antoje.

«Señorita:

»Mi última carta, copiada cien veces por otros tantos amantes abandonados, me ha sido dirigida por una infeliz con quien he cometido la misma villana acción que usted cometió conmigo. Ya sé por mí propio cuánto pesará el remordimiento sobre la conciencia de usted. Nos hemos vengado los unos á los otros, y no tenemos qué echarnos en cara. Somos igualmente miserables.

»Cuando la mujer por quien he desdeñado á la que me devuelve los cargos que á V. hice, olvide mi amor por otro nuevo,—que sí lo olvidará,—la funesta carta irá á sus manos, copiada nuevamente, para que ella la dirija á su vez, en caso idéntico, al hombre que me haya sustituido en su corazón. ¿No está la humanidad jugando á ese juego infantil de *dale á quien no te de...?* Pues ¡ande la rueda!»

Eduardo me miró fijamente cuando acabó de leer la carta.

Yo... no me reía.

Agosto de 1879.



SÍSIFO

SÍSIFO

Dejo á un lado, sobre mi mesa de estudio, un *Tratado de Mitología* que estaba leyendo, y tomo la pluma para escribir una *Historia vulgar.*

El suplicio sin término á que fué condenado Sísifo, aquel perpetuo empujar hasta la cima de una montaña una gran roca, que, por su propio peso, rodaba hasta abajo una y otra y mil veces, me ha recordado la historia de un hombre cuyo cadáver he acompañado, no há mucho tiempo, á la última morada.

No hay que extrañar esta relación de semejanza entre un personaje fabuloso y un individuo real: ¿acaso cada hombre es más que un Sísifo, cuyos trabajos sólo acaban para comenzar de nuevo?

I

Mediaba la tarde. El sol descendía perezosamente hacia el ocaso; grandes nubarrones de color plomizo velaban á intervalos su disco amarillento; soplaban las desapacibles brisas de otoño. Yo caminaba solo y pensativo por una de las calles del pueblo, y dirigíame, siguiendo mi antigua costumbre, á dar un paseo por las afueras.

Andaba despacio, dando vueltas en mi imaginación á no sé qué pesares que entonces me afligían y que luego han desaparecido para dejar lugar á otros, que también van desapareciendo sucesivamente, como desaparecen esas fantásticas figuras que proyecta sobre el obscuro fondo la linterna mágica.

De pronto, sentí detras de mí el ruido, cada vez más distinto, de los precipitados pasos de algunas personas. Paréme en la acera para dejarlas pasar, volví la vista maquinalmente y la contemplación de un extraño espectáculo vino á arrancarme de mis meditaciones.

Detrás de un monaguillo que enarbolaba una mediana cruz, y de un cura rechoncho y mofletudo, revestido con una vieja capa de coro, cuatro hombres conducían en hombros un féretro que *había estado* pintado de verde, al que seguían, cerrando la comitiva, sólo dos séres: un hombre y un perro; un anciano ciego, cubierto de harapos, y un pequeño gozque, que le servía de lazarillo.

El clérigo aceleraba el paso cada vez más; imitábanle el monaguillo y los hombres que conducían el ataud; el perro intentaba seguirles de cerca, tirando, casi hasta ahorcarse, del cordel á cuyo extremo iba cogido el mendigo, y éste, guiado por el noble animal y apoyándose en un nudoso garrote, también andaba tan aprisa como le permitían sus endebles fuerzas, su cansancio y ese miedo especial con que anda todo el que ignora en donde va á poner el pie.

—Señor cura, por caridad, vaya usted más despacio, —dijo al fin el anciano, con voz temblorosa y suplicante.

Y no obteniendo lo que deseaba, añadió con acento en que se revelaba más humildad todavía:

—Considere usted que soy ciego y anciano, que estoy enfermo, y que no podré seguir el féretro, si no caminamos menos aprisa.

—¡Gran pena me dará de eso!—contestó el cura, con una dureza que contrastaba notablemente con el tono de súplica del mendigo. ¡Seguramente piensas tú que yo voy á andarme en contemplaciones contigo y á llevar despacio y con ceremonia el cadaver de un descamisado

como tú! Aprieta el paso, ó párate cuando no puedas andar más.

Los que conducían el ataud se rieron como unos estúpidos al oir las frases del cura; en cambio, el mendigo suspiró dolorosamente, y el perro aulló, como protestando contra aquella falta de caridad.

El anciano se paró un momento, falto de fuerzas; el perro volvió los inteligentes ojos hácia su amo, y lanzando un nuevo aullido, tiró del cordel con marcada insistencia, y yo, que enternecido é indignado á la par, había presenciado la escena que dejo bosquejada y oído el breve diálogo del cura y el ciego, no pude contener un impulso de mi alma, y me acerqué á este último, diciéndole:

—Buen hombre, no desmaye usted; apóyese en mi brazo, y continuemos andando. A veces, la caridad no falta sino á aquellos que tienen mayor obligación de ejercerla. Apóyese sin cuidado y cumplamos los dos la última de las obras de misericordia.

Volvió la cabeza el cura al oir mis palabras y lanzó sobre mí una mirada de mal reprimido enojo. El perro, comprendiendo, con el prodigioso instinto de los animales de su especie, que ya era inútil su oficio de lazarillo y que yo había hecho un bien á su dueño, dejó de atirantar la cuerda y vino saltando á saludarme como á un antiguo conocido, mientras el anciano me decía con voz que embargaba el agradecimiento:

—Dios le pague esta buena obra: nunca faltan almas caritativas que se interesen por los desgraciados.

Continuamos andando en silencio detrás del féretro.

Luego que llegamos á las últimas casas del pueblo, el cura se volvió y, precedido del monaguillo, comenzó á desandar el camino que habíamos llevado.

El abandono y el desprecio pesan sobre los pobres

aun más allá de la muerte: ¿para qué había de acompañarse al cadáver por más tiempo?

—Id más despacio y os daré para un trago;—dije entonces á los cuatro hombres.

Ellos obedecieron, y poco después llegábamos á las puertas de la sombría ciudad de los muertos.

II

El hombre empequeñece cuanto toca.

Ha querido personificar á Dios, al *Causa causarum*, al Sér en quien reside la noción absoluta del bien, de la verdad y de la belleza, y no ha sabido hacerlo sin suponerle revestido de todas las pasiones y de todos los defectos humanos, pintándole unas veces débil y pusilánime como un niño, y otras colérico y vengativo como una Furia. Ha querido avalorar la idea de la muerte, cuya mayor majestad estriba en su austera sencillez, y para ello ha erigido marmóreos mausoleos, sarcófagos suntuosos y gigantescas pirámides, que sólo significan «vanidad.»

Prefiero al lujoso cementerio de la ciudad, á sus panteones de alabastro, á sus pomposas inscripciones, á sus coronas de flores artificiales, que valen tanto como lágrimas fingidas, la modesta fosa cubierta por el césped y señalada con una pequeña cruz de madera; la tosca losa de barro en que no hay grabados más que un nombre y una fecha; el emblemático manojo de humildes siemprevivas, regadas con el llanto de unos ojos hundidos por el pesar y depositadas con trémula mano sobre el escondido sepulcro de una persona querida; el rústico cementerio de aldea, en donde, como en ninguna otra parte, se comprende á la muerte en toda la augusta sencillez de su grandeza.

Por eso, al pisar los umbrales del pequeño cementerio en la tarde á que se refiere esta historia vulgar, descubrí mi cabeza respetuosamente y quedé abismado por unos instantes en un melancólico recogimiento, que bien podía valer tanto como la oración más devota.

Avanzaron los hombres que conducían el féretro; seguímoslo silenciosamente, y, costeando zanjas repletas de restos humanos, llegamos á uno de los rincones más apartados del camposanto. Allí estaba, estrecha como la miseria y oscura como el porvenir de los desgraciados, la fosa que había de servir de último asilo al amigo ó pariente del anciano ciego.

El sepulturero, hombrecillo de rostro macilento y flaco, en cuyos pequeños ojos sin brillo se leían los estragos de la embriaguez habitual, se acercó á nosotros refunfuñando; y, cuando hubo sacado el cadáver del ataud y puéstole al borde de la fosa, dijo en tono de mal humor, en tanto que yo daba unas monedas á los conductores:

—¡Mal rayo sobre tanto muerto pobretón! No parece sino que este año hay diluvio de esta canalla, que da mucho trabajo y ningún provecho. No, pues yo no puedo enterrarle ahora; que voy á preparar el alojamiento á uno de los que dejan *monises*. Lo primero es lo primero.

Y nos volvió la espalda, echando á andar pausadamente, mientras que los cuatro hombres se llevaban por otro lado el ataud vacío.

—¡Pobre tio Blas!—exclamó el mendigo tristemente, después de oir las palabras del sepulturero.—¡Anda con Dios!—prosiguió diciendo con un suspiro;—¡habías de ser desgraciado aun después de muerto!

Y de sus ojos sin luz brotaban abundantes lágrimas, que, rodando por sus tostadas mejillas, iban á perderse entre los blancos hilos de su desaliñada barba.

Lo misterioso de las frases del ciego, tras de las cuales debía de ocultarse una historia interesante y conmovedora; el extraño bienestar, no exento de cierta amargura indefinible, que yo experimentaba; el rostro demacrado y venerable de aquel cadáver cubierto de harapos, que yacía tendido delante de nosotros; la inusitada compañía de aquel mendigo, no menos harapiento; la acendrada lealtad de aquel perrillo, que, echado á los pies del ciego, miraba al muerto de hito en hito, con ojos tristes y llorosos; la imponente soledad del cementerio; la luz amarillenta con que el sol iluminaba tan extravagante cuadro; todo, todo despertaba en mí el deseo de permanecer en aquel lugar.

—Aún tardará la noche,—dije al anciano—y, pues por esas palabras que usted acaba de decir se infiere que no le es desconocida la historia del hombre á cuyo cadáver hemos venido á dar sepultura, ¿tendrá usted inconveniente en contármela, mientras vuelve el enterrador?

—Señor, ninguno; ¿como podría negarme á ello? Así como así, la relación de las desventuras del tío Blas, en presencia de su cuerpo inanimado y al borde de su fosa, será la mejor oración fúnebre que yo pudiera dedicarle.

—Pues empiece usted; pero antes sentémonos en este cerrillo que forma la tierra sacada de la fosa.

Y una vez sentados sobre aquella tierra, vasija rota de tantas almas, el viejo comenzó su relato de esta manera:

III

Blas perteneció á una gran raza; gran raza digo, por lo extendida, y no por lo elevada y poderosa; á una raza que muchos dejan de considerar como humana, según la

aversión con que la miran; á mi raza, en fin: á la de los desheredados por la fortuna.

Hijo de un pobre campesino que carecía de otros medios de subsistencia que el escaso jornal que ganaba á cambio de incesante y rudo trabajo, creció entre todo ese cúmulo de incomodidades y privaciones que son el harapiento cortejo de que va acompañada la miseria.

Tuvo cinco años, y ya fué preciso que el niño ganara su sustento. Su padre había caído enfermo de una de esas largas y terribles enfermedades con que el destino parece complacerse en llevar al extremo su crueldad para con los pobres; faltó, pues, quien proporcionara á la familia el mezquino alimento de que vivía, y la madre del niño tuvo que trabajar más que nunca, y Blas trabajó también, cuidando de unas ovejas, mal vestido, medio descalzo y sufriendo todas las inclemencias del cielo.

Un pedazo de pan negro, del que comían los mastines de su amo, y un montón de paja por lecho eran toda la recompensa que se daba al pobre niño por tanta y tan anticipada fatiga.

Pasaron algunos años. Blas crecía sano y robusto y trabajaba á par del padre, ya anciano, pero repuesto, mucho tiempo hacía, de su penosa enfermedad.

La familia había disminuído por la muerte de la madre, y Blas, que tenía un corazón de oro y amaba con idolatría al pobre viejo, esforzábase por evitarle toda faena pesada; y cuando, después de grandes sacrificios, lograba proporcionar algún descanso al autor de sus días, ¡cuánto le hacía disfrutar la idea de que recompensaba, amante y bueno, sus pasadas privaciones!

—¡Dios mío!—exclamaba en sus oraciones sencillas y llenas de fe;—conservadme la vida de mi padre; que yo pueda mantenerle siempre con mi trabajo; que le vea

muchos años, como ahora, feliz y contento de su hijo, y ¿á qué quiero yo otra felicidad, si la suya es la mía propia?

Esto pedía á Dios Blas, que era el mejor de los hijos. Pero en los altos designios de Aquél no entraba el conceder á Blas por mucho tiempo lo que pedía: su padre murió poco después, y cuando las lágrimas del joven, que fueron muchas, dejaron de nublar sus ojos, miró en torno suyo y comprendió toda la inmensidad de su desgracia. Estaba solo en el mundo y era pobre!

¡Doble y horrible soledad!

¡Infeliz Blas! ¡Había soplado el huracán del infortunio, y había echado por tierra el castillo de naipes de su dicha!

IV

Blas cobró una aversión invencible á los trabajos del campo, que le traían á la memoria una lúgubre procesión de tristísimos recuerdos.

Tenía diez y ocho años: dos después, la ley le haría soldado. Blas pensó en esto y se dijo:

—Estoy solo como un hongo; he perdido toda mi felicidad y no amo tanto la vida que tema mucho exponerla. Voy, pues, á servir á mi patria antes que ella me reclame; no soy cobarde ni torpe; estudiaré, aprenderé, procuraré distinguirme entre la mayoría de los soldados, y ¿quién sabe si llegaré á crearme un honroso porvenir? Si esto se realiza, gano mucho; y si me matan, poco pierdo. Así como así, la vida me da más enojo que placer desde que se ha muerto mi pobre padre, que era lo único que yo amaba en el mundo.

Y sin pena y sin alegría, abandonó el pueblo una mañana y sentó plaza de soldado.

Por aquel entonces los hijos de nuestra España no se llamaban españoles, sino liberales y carlistas. La guerra civil diezmaba los ejércitos, talaba los campos, arrasaba las ciudades y hacía nula la riqueza pública, dando al mundo el feroz espectáculo de una lucha de Caínes.

Pronto se distinguió Blas entre todos los soldados de su batallón, por su exactitud, por su valor y por su talento. Nadie como él sabía y cumplía la ordenanza, y nadie como él defendía un puesto y atacaba un reducto. Así sucedió que á los seis años de servicio, y después de haber sido herido y hecho prisionero dos veces, Blas era sargento primero, se veía respetado por los soldados y querido por los jefes, comparaba las consideraciones de que ya gozaba con el desprecio con que todos le ha bían tratado cuando sólo era un infeliz bracero, y sentía desarrollarse en su alma los gérmenes de la ambición; pero de esa ambición noble y legítima, que, para verse satisfecha, no emplea otro medio que el esfuerzo propio; de esa ambición, en fin, que es inequivoco distintivo de las almas no vulgares.

Por otra parte, Blas no tenía el corazón insensible á las desdichas de su patria; la amaba como á una madre desventurada, y, aun sin la esperanza de premio, hubiera sido capaz del heroismo por amenguar sus males.

Una acción de guerra más, y Blas sería subteniente. si ella le brindaba ocasión para realizar alguna proeza, ¿Qué más podría desear el hijo de un humilde labriego?

Pronto hubo esa ocasión; que nunca falta por mucho tiempo la de derramar sangre, cuando flamea siniestra entre los hombres la devastadora tea de la discordia. Se empeñó una nueva batalla entre carlistas y liberales, y, enmedio de los horrores de la pelea, Blas dió una muestra más de su serenidad y de su valor, asaltando él solo

una trinchera carlista é hiriendo ó haciendo huir á los pocos soldados que la defendían, pero recibiendo un balazo en la pierna izquierda.

Y cuando, después de dos meses de penosa curación, esperaba ver recompensada con un ascenso su bravura, le entregaron, no la credencial de subteniente, de que tan digno se había hecho, sino la licencia absoluta por inutilidad para el servicio, y una de esas cruces honoríficas que todos los gobiernos reparten tan pródigamente.

Una leve imperfección que había quedado á Blas en la pierna fué reputada como causa bastante para despedirle, mientras que el general de división, en un parte que había remitido al ministro de la Guerra, atribuía la heroica acción de Blas á un protegido suyo, para quien pedía un ascenso y la gran cruz de San Fernando.

Otra vez se vieron desvanecidas como humo todas las esperanzas de Blas, quien solo, á pie, lamentándose de la crueldad de su suerte, y llevando bajo las varias cruces que cubrían su corazón el triste cementerio de sus ilusiones, emprendió el viaje hacia su pueblo.

Llegó á él una noche, después de muchos días de camino, y en ocasión de hallarse maciza de gente la pequeña plaza de la villa.

—Paisano, ¿qué fiesta se celebra?—preguntó á uno.

—Pues qué, ¿no lo sabe usted siendo militar? La conclusión de la guerra civil.

En esto comenzaban á arder unos fuegos de artificio que enmedio de la plaza estaban colocados; tronaron los cohetes, encendiéronse, al fin, con variados colores, unas letras en lo alto del castillejo de cañas y pólvora, y Blas leyó con amargura estas palabras, que le parecieron un sarcasmo:

¡Viva el Pacificador!

V

Mucho tardó Blas en resignarse á ver sus esperanzas defraudadas é infructuosas sus fatigas de siete años; pero el tiempo, que nunca pasa en balde, es un lenitivo para todas las penas, y Blas olvidó la ingratitud con que le había pagado su patria y comenzó á trabajar de nuevo, con ardor incansable, en la obra, dos veces destruída, de su felicidad.

Y á fe que por esta vez no podía comenzarla con mejores auspicios. Entró á servir á un rico marqués, que, hastiado de la vida cortesana, había tomado vecindad y hacendádose en la modesta villa, y tan buen manejo se dió Blas, y tanto se interesó por los bienes de su amo, que á los dos años era ya su hombre de confianza.

Por otra parte, Blas no había amado todavía con ese amor dulcísimo que es fuente de delicias inefables y origen, al par, de la familia, y tal amor llamó, no en vano, á su virgen corazón, dormido hasta entonces para ese tierno sentimiento.

Amó y fué correspondido. Juana, una graciosa joven, doncella de la marquesa, fué el objeto del amor de Blas, quien, acostumbrado á no experimentar otras emociones que las que son hijas de la desgracia, abría ahora su alma, con nunca sentido bienestar, al suavísimo calor que la inundaba, como abren sus pétalos las flores para recibir los besos de las auras primaverales.

En secreto se querían Juana y Blas; que nada hay que agrade tanto á los que aman como el misterio, y por eso la noche es la confidente de los enamorados. Pero Blas era de suyo vehemente, tenía veintisiete años, y quería hacer su esposa á Juana cuanto antes mejor; la pro

tección del marqués le aseguraba un porvenir modesto, pero tranquilo y desahogado, y, tras una larguísima entrevista, que para los amantes pasó como un soplo, resolvieron confesar su amor á los señores y pedirles la venia para contraer el anhelado matrimonio.

Tan faustos sucesos hacían creer á Blas que la felicidad no era un imposible para él; que había logrado clavar la voltaria rueda de la fortuna; veía, en fin, tan cerca, tan á su alcance, la completa satisfacción de sus aspiraciones, que no imaginaba que sus risueñas esperanzas pudieran dejar de convertirse en hermosas realidades. Embebido en sus fantásticos sueños, no pensaba que el cielo parece unirse con la tierra en el cercano horizonte, pero que si corremos y corremos para tocar el cielo, éste huye y huye eternamente delante de nosotros, sin dejarse alcanzar jamás.

Era el marqués uno de esos hombres adulados por la fortuna que creen que cuanto les rodea debe obedecer automáticamente sus caprichos; y esta circunstancia, ó la de que acaso el buen señor tuviese cierta especie de miras acerca de la muchacha, hizo que, al escuchar á Blas la confesión de sus amores, frunciese el ceño y dijese con mal simulada jovialidad:

—¡Hola! ¡Conque había secretitos en mi casa, y nada sabía yo! Pues bien, Blas, yo no me opongo á que te cases con Juana, si tal es tu gusto; pero no me conviene tener á mi lado servidores tan reservados como vosotros, y os despido desde ahora.

Y añadió, tomando violentamente otra postura en el sillón que ocupaba, y soltando las riendas á su mal reprimido enojo:

—¡Esta gentecilla, nacida del polvo de la tierra, pien-

sa que puede enamorarse sin contar con el permiso de sus señores!

Suplicó Blas, pero sus súplicas sólo sirvieron para aumentar el enfado del marqués, y cuando fué á contar á Juana el desconsolador resultado de sus gestiones, Blas inclinó la cabeza sobre el pecho para ocultar sus lágrimas.

—Y bien,—dijo al fin, en un arranque de amoroso entusiasmo;—si nos amamos, si este amor constituye nuestra felicidad, ¿qué puede bastar á arrancarlo de nuestros corazones? Si estás dispuesta á compartir mis alegrías y mis pesares, salgamos de esta casa, en donde se nos niega un derecho que nace con todos los séres sensibles: el dulce derecho de amar. Yo volveré á ocuparme en las faenas del campo; trabajando para ti, el trabajo más rudo me parecerá blando y agradable, y al pensar en tu amor, que todo lo sacrifica por el mío, el sudor de mi fatiga fecundará la tierra, mezclado con las lágrimas de mi ternura.

—¡Qué bueno eres!—exclamó conmovida la joven por toda contestación.

Pocos días después, el párroco bendecía la unión de Blas y Juana; aquella unión que se realizaba á costa del pan de los dos.

Durante la solemne aunque modesta ceremonia, Blas lloraba y sonreía al mismo tiempo: le hacían llorar sus recuerdos; le hacían sonreir sus esperanzas.

VI

—¡Ahora sí que he conseguido la felicidad!—pensaba Blas una tarde, ocho años después, mientras, con la azada al hombro, se dirigía hacia su modesta casita.—Verdad es que no soy rico; que no poseo más que lo que gano

con el sudor de mi frente; pero, ¿acaso es el dinero el padre de la dicha? ¡Cuantos millonarios darían de buena gana todas sus riquezas por tener una compañera tan fiel y amorosa como la mía, y dos niños tan hermosos como los que la providencia me ha dado en recompensa de mis afanes! ¡Y yo, que había creído que era imposible alcanzar una dicha duradera y estable, y hasta había llegado á dudar de la bondad divina! Dios ha querido darme una dulce lección, y, por todo castigo de mis malos pensamientos, me ha impuesto la penitencia de ser feliz. ¡Penitencia agradabilísima, bastante por sí sola á hacerme arrepentir de mi pecado! Llegaré á mi casa; mis hijos, que, como todas las tardes, me estarán esperando á la puerta, gritarán al verme, corriendo hacia mí, con los bracitos abiertos: «¡Ya viene papá!» Mi mujer, en tanto, cubrirá la mesa con un mantel remendado, pero blanco como la nieve, y apartará del rescoldo de la chimenea una comida pobre, pero sabrosa, porque la paz, el amor y la alegría se sientan á la mesa con nosotros. ¡Oh, cuánto quiero á mi mujer y á mis hijos!

Y en estas dulces imaginaciones, el bueno de Blas andaba y andaba, deseoso de llegar al pueblo.

Llegó por fin; pero, con gran sorpresa suya, sus hijos no le esperaban en la calle. Presa de cruel incertidumbre, entró en su casa, y la halló desierta como un nido abandonado.

—¡Juana!—gritó con toda la fuerza de sus pulmones, y á este grito sólo respondieron, de lejos, los sollozos de los niños.

—¡Juana!—volvió á gritar, con voz que debilitaba el terror de que se hallaba poseído, y estremecido ante los negros pensamientos que cruzaban por su imaginación.

Y Pedro, el mayor de los niños, dijo desde el fondo de una habitación, cuya puerta estaba cerrada:

—Aquí estamos. Mamá nos ha pegado mucho y nos ha encerrado aquí para irse con un hombre que vino en un caballo.

—Hijo, ¿qué dices?—balbuceó Blas en el colmo de la angustia, y mientras se abalanzaba á abrir la puerta.

—Sí, papá,—añadió la niña llorando.—Y se ha llevado la ropa y el dinero que tú le ibas á dar al mayordomo del señor marqués.

—¡Dios mío, perdonadme!—murmuró Blas con la expresión de un demente, y corrió á tomar del rincón en que estaba, la enmohecida escopeta, resuelto á poner fin de una vez á sus desventuras. Y ya la tenía entre las manos, ya iba á consumar el crimen, cuando los niños se abrazaron fuertemente á sus rodillas y Pedro le gritó con acento sobrenatural:

—¡Padre...! ¿Qué vas á hacer? ¿Quién dará de comer á tus pobrecitos niños...?

—¡Hijos del alma!—exclamó Blas, instantáneamente arrepentido de su criminal determinación y arrojando horrorizado la escopeta.

Y estrechándolos amorosamente contra su pecho, cubrió de besos sus hermosas cabecitas y estalló su dolor en un copiosísimo llanto.

VII

¿Cómo aquella mujer, que ocho años antes lo había sacrificado todo por el amor de Blas, había ahora podido olvidarse de él, de sus hijos, de su honor, de todos sus deberes, hasta el punto de obrar tan villanamente?

¡Quién sabe! El corazón de la mujer es un abismo, en cuyas lóbregas profundidades no es dado á nadie pene

trar. Síntesis de todo lo bueno y todo lo malo, inconcebible amalgama de todo lo noble y todo lo abyecto, vasija en cuyo fondo se contienen y se mezclan el bálsamo de la virtud y el cieno del vicio, la mujer tiene algo de Dios y no poco de Satanás. No es, pues, extraño ver que las alas de ángel de la mujer más ideal desaparecen de un instante á otro, para convertirse en el rabo del diablo.

Pero vuelvo á la historia.

Inconsolable estuvo Blas por mucho tiempo; buscó inútilmente á su mujer, con ansia de vengar su deshonra; mas, al cabo, refundió todos sus sentimientos en el amor de sus dos hijos, de aquellos dos seres inocentes, de quienes era el único apoyo en el mundo. Comprendió que enteramente se debía á ellos; que el abandono en que les había dejado su perversa madre venía á añadir á sus deberes los que ella había dejado de cumplir; recordó las privaciones que por él, siendo niño, se había impuesto su anciano padre; miró en ellas un santo ejemplo digno de ser fielmente imitado, y, como resultado de estos pensamientos, trabajó con alma y vida por sus dos hijos, repitiendo en lo profundo de su corazón:

—Yo fuí el báculo de la vejez de mi buen padre: sea yo tan bueno como fué él, y estos niños serán el sostén de la mía.

Y trabajaba con ardor incansable, con un ardor tal, que se iban menguando sus fuerzas de día en día, tanto, que ya á veces no encontraba trabajo; y, cuando esto no sucedía, le daban un jornal mezquino, incapaz por sí solo para cubrir sus modestas atenciones.

Pero su hijo, que ya contaba diez y nueve años, era bueno y trabajador y fuerte, y al contemplar el tío Blas sus desvelos, y al recibir de su mano al fin de cada se-

mana el jornal íntegro de los seis días de trabajo, sollozaba de ternura y se decía:

¡Ya conseguí toda la dicha que me era dado anhelar!

Y olvidaba de buen grado sus pasadas amarguras, y no se ocupaba de pensar en el porvenir, para mejor saborear su felicidad del presente.

Pero, ¿qué dicha es duradera? ¿Cuándo las sombras de la noche no siguen á la alegre luz del día?

Pedro cumplió veinte años y la patria se apresuró á arrancarle del lado de su padre, que aún no había cumplido la edad que, para librarle por ella, exigía la ley. Ésta, implícitamente, condenaba al pobre viejo á morir de hambre.

¿Qué podía importarle á la ley esta insignificante desgracia?

VIII

Pidió trabajo el viejo y no se lo dieron. Había servido á la seguridad de la patria, defendiéndola contra bastardas aspiraciones; había servido á la riqueza pública, haciendo productiva la tierra, ayudando á Dios en la tarea bienhechora de convertir el grano en espiga; sin embargo, todavía no había adquirido el derecho al pan. Hubiera vagado durante algunos años por las oficinas del Estado, hubiera perjudicado á la nación ocupando algún alto puesto, y entonces tendría derecho á seguir mermando sus intereses con una jubilación ó una cesantía.

En estas reflexiones y en otras parecidas abismábase á veces el bueno de Blas, compartiendo el tiempo entre ellas y los pesares que le ocasionaba la forzosa ausencia de su hijo, cuyo recuerdo le servía á la vez de consuelo y de pesar.

Sín embargo, no estaba aún completamente sólo: le quedaba su hija, hermosa muchacha de diez y ocho años, que amaba á su padre con delirio y que, viéndole en la mayor miseria, entró á servir á una familia rica, consiguiendo de ella que el anciano habitase un zaquizamí en la misma casa.

En él vivió más de tres años el pobre Blas, entregado á sus melancólicos pensamientos. Todas las mañanas, el sol, ese gran símbolo de la caridad, enviaba al anciano un rayo de su primera luz, que penetraba por la pequeña ventana de su desmantelada habitación; después, iba á darle los buenos días su cariñosa hija: otro sol, que inundaba en la purísima luz del consuelo el alma del infortunado Blas, quien, inconsolable en un principio y resignado después, acabó por habituarse á vivir lejos de su hijo, y empezó á considerarse feliz por la centésima vez en su vida. Ya se le veía sonreir alguna vez, y más de una, al ser interrogado con amorosa solicitud por su hija, exclamaba:

—Estoy contento, hija mía, estoy contento. Veo satisfechas mis aspiraciones, que se reducen á verte tan honrada y tan cariñosa para con tu padre. La falta de noticias de tu hermano me sobresalta algunas horas; pero confio en que Dios no le abandonará y le devolverá bueno y sano á nuestro cariño. Por lo demás, ya te digo que estoy contento, más que por otra cosa, porque es tan pequeña y tan insignificante mi felicidad, que de seguro ha de esconderse á las miradas del destino y éste no podrá arrebatármela.

¡Cuán equivocado vivía el pobre viejo! ¡Qué ajeno estaba, al pronunciar estas frases, de que una nueva decepción, un nuevo y terrible desengaño había de arrancarle muy en breve aun aquella mezquina felicidad que disfrutaba!

La joven fué seducida y deshonrada por el hijo de su señor. Falsos juramentos, reiteradas promesas de sacarla y sacar á su padre, mediante un concertado matrimonio, de la miseria en que vivían; la inexperiencia de la joven, su amor filial, la edad de las pasiones, la naturaleza misma, con esas galas que deslumbran y esos perfumes que marean, todo fué red en que se dejó aprisionar la pobre niña.

Después..., después ella se sintió madre, pidió á su amante el cumplimiento de sus repetidas promesas, le fué negado rotundamente, súpose todo, y el idilio terminó en tragedia: la joven se volvió loca, y el anciano se encontró sin su hija, sin casa, sin pan, sin nada más que una vida para sentir todo el terrible peso de su desgracia.

IX

Solo, desamparado, inútil para vengar su afrenta, y sin fuerzas para soportar sus desventuras, al pobre viejo se le hizo la vida una carga irresistible y odiosa, y forjó la idea de dejarse morir de hambre. Salióse al campo y, tendido al lado de un camino, aguardó la muerte entre los delirios de la calentura. Así pasó toda la noche y todo el día siguiente, sin que variase de resolución.

Caía la tarde; el sol se ocultaba lentamente tras los montes lejanos, y Blas le miró como quien no había de volver á verle.

Las fuertes brisas del otoño azotaban con sus soplos desapacibles el sudoroso rostro del inmóvil anciano, y amontonaban sobre él las hojas secas de los árboles y el polvo de los caminos, como si, secundando la crueldad de los hombres, quisiesen enterrarle vivo.

De pronto, Blas se incorporó cuanto se lo permitía su

estado de postración: había visto venir hacia el pueblo á un soldado, que, con su mochila á la espalda y un canuto de hoja de lata colgado del cuello, avanzaba cantando alegremente:

—Ya he cumplido con mi rey,
y aquí traigo la licencia;
voy á cumplir con mi padre,
que es mi Dios sobre la tierra.

—¡Hijo mío!—balbuceó el tío Blas, extendiendo sus brazos trémulos hacia el soldado.

Pero éste no era su hijo.

También Pedro vendría dentro de algún tiempo, quizás cantando la misma copla. Esta idea cruzó con la celeridad del rayo por la mente del viejo.

—¡Quiero vivir!—exclamó, concentrando en esta frase toda la energía de su alma.

El soldado levantó al tío Blas é hízole tomar un trago de vino, con el cual, algo reanimado, pudo volver al pueblo.

Desde entónces pidió limosna de puerta en puerta; y cuando la caridad de los hombres—que nunca es mucha—le hacía, en las frías noches del invierno, acurrucarse aterido y con hambre, bajo un pedazo de manta vieja, pensaba en la caridad de Dios, que le concedería la felicidad de abrazar á su hijo antes de morir.

—Ya ves, Dios mío, con qué poco me contento,—decía llorando.—Quiero seguir pasando hambre y frío, abrazar á mi hijo y morirme luego.

Ni esta mezquina dicha había de alcanzar el pobre viejo. Anteayer ha sabido que su hijo ha muerto, y desde entónces hasta ayer, momentos antes de morir, no ha cesado de pedir á Dios que le quitara la poca vida que podía restarle. Dios ha sido clemente y misericordioso y ha

concedido al tío Blas esa dicha, que, siendo la última, ha sido quizás la primera que ha disfrutado completa, y, sin quizás, la única que no podrán arrebatarle.»

X

Así acabó el pordiosero la historia del tío Blas.

El sol había hundido su disco en el ocaso y la luz indecisa del crepúsculo bañaba el flaco y venerable rostro del cadáver de aquel anciano.

Yo contemplaba en silencio aquel cuerpo inerte, cárcel en donde por tanto tiempo había gemido un alma que ya se veía libre de sus pesadas cadenas, y, mientras el sepulturero se acercaba con lentos pasos para dar eterno lecho á la materia, pensaba yo...no sé á punto fijo lo que pensaba; pero era algo parecido á esto:

«¡Sísifo ha logrado asentar la gran piedra en la cima de la montaña!»

Marzo de 1878.

ÍNDICE



